

N PREMIO
NADAL
2014

 **Carmen Amoraga**
La vida era eso



Lectulandia

La vida era eso trata sobre la pérdida y la superación. Y contarlo es la mejor manera de superarlo a pesar de que, con las redes sociales, las formas de contarlo hayan cambiado.

Es la historia de Giuliana, una mujer argentina que «pierde lo más importante que puede perder una mujer, que es su compañero» y decide afrontar la muerte haciendo suya la pasión de su marido por las redes sociales. Y así, tirando del hilo de esa nueva forma de comunicación y adentrándose en un mundo que le resulta «hostil», Giuliana empieza a escribir sus impresiones en Facebook para relatar cómo ha sido la muerte de su marido.

Lectulandia

Carmen Amoraga

La vida era eso

Premio Nadal - 2014

ePub r1.0

Artifex 16.08.14

Título original: *La vida era eso*
Carmen Amoraga, 2014
Ilustración de cubierta: Vitaly Sokolovsky

Editor digital: Artifex
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A Viviana, Kayla y Chelsea y a la memoria
de Walter Esteban Wainsztein.
A Carlos, Carmen y Joana.*

Ella me daba la mano y no hacía falta más. Me alcanzaba para sentir que era bien acogido. Más que besarla, más que acostarnos juntos, más que ninguna otra cosa, ella me daba la mano y eso era amor.

MARIO BENEDETTI, *La tregua*

¿Serás, amor, un largo adiós que no se acaba? Vivir, desde el principio, es separarse.

PEDRO SALINAS, *Razón de amor*

Perquè hi haurà un dia que no podrem més i llavors ho podrem tot.

VICENT ANDRÉS ESTELLÉS

Whitney Houston suena en la radio mientras William prepara café. La cocina está desordenada y todavía conserva los restos de la cena de ayer. No les gusta Whitney, pero es lo que hay, y canta ajena a la indiferencia.

William no sabe que pronto esa canción será importante. Para ellos.

La caja de la pizza está sobre la encimera, aún con las dos porciones que Giuliana dijo que metería en el frigorífico.

William respondió:

—Eso, metelas esta noche y así las tirás mañana.

Ella le miró, molesta por el comentario, pero al verle la cara se dio cuenta de que sonreía y le contestó:

—Boludo.

Había sido una buena tarde. Fueron juntos a la tutoría de la clase de Marie, que últimamente andaba poco fina con las matemáticas y en casa estaba a menudo como melancólica. La profesora los tranquilizó. Tiene nueve años, les dijo, es normal que se descentre de vez en cuando. Todavía es una niña.

Hablaron de eso mientras paseaban camino de vuelta. Del tiempo, tan veloz, tan efímero.

Él se puso un poco triste.

Ella quiso decirle:

—Tu hija se te parece en la melancolía.

Pero le dijo:

—Nosotros ya hemos dejado huella, Will. Las niñas nos llevan. Permaneceremos pase lo que pase.

Él sonrió.

Quiso decirle:

—A veces esta rapidez me da vértigo.

Pero le dijo:

—Pidamos pizza para cenar.

Ana aplaudió entusiasmada. Dijo que se la comería toda entera de un bocado. Pero al primer mordisco, tal vez al segundo, se despistó con los dibujos de Disney Channel y se olvidó de comer. Tampoco Marie tomó más de una porción. Giuliana no

quiso repetir y él, por lo suyo, se había acostumbrado a las cenas sobrias.

Por eso, esa mañana, la cocina está desordenada.

Ahora William recuerda que, ese día, le molestó el barullo de platos y vasos sucios, de bolsas de Mercadona por aquí y por allá, algunas aún con la compra dentro; las migas de pan, la coca-cola medio abierta, desventada.

Recordaría que, ese día, al poner el café en la cafetera, pensó:

«Joder, esto parece una pocilga.»

También se le pasó por la cabeza este otro pensamiento:

«Menudo ejemplo para nuestras hijas, tanto desorden.»

Y este otro:

«A ver si baja de una vez Giuliana. Tenemos que hablar, poner normas, ser estrictos con las nenas. Esto no puede seguir así.»

Recoge un poco el desastre. Con el enfado, se olvida de reciclar y lo tira todo, la caja, la comida, la botella, en el mismo cubo.

Refunfuña.

Recuerda ese recuerdo, y lo lamenta.

Querría haber tenido otros pensamientos y no esos. Quizás algo más amable. Quién sabe.

Giuliana entra en la cocina. Lleva el pijama todavía puesto. Reconoce los pantalones, con ese estampado de ranas que saltan en la charca y que tanta gracia le hacen a Ana.

Su mujer parece cansada. Tal vez no ha dormido. Mira a su alrededor, puede que preguntándose qué habrá pasado con la basura y con el desorden, cómo es que la cocina está ya impecable, cómo es que huele a café.

Whitney Houston sigue cantando en la radio. «*I look to you. And when melodies are gone, in you I hear a song. I look to you.*»

Ya no le importa el desbarajuste. Sólo quiere abrazarla.

Le ve. Sonríe. Camina hacia él, despacio, como a cámara lenta.

Se lo dice:

—Pero cuánto tardás.

Vuelve a sonreír.

Por fin llega.

Se lo dice:

—Por fin llegaste.

Abre los brazos y Giuliana se le mete dentro. Siente su respiración. Le huele el pelo y piensa que huele a buenos días, a planes, a trabajo, a prisa, a vida.

Ella le mira y quiere decirle tantas cosas que no dice nada.

Él la mira y quiere decirle tantas cosas que no dice nada.

Whitney, que no les gusta a ninguno de los dos, sigue cantando en la radio, ajena

a la falta de atención de sus oyentes, viva en las ondas aunque la muerte se la llevó hace unos meses.

Él le acaricia el pelo y hunde una vez más su nariz en esa mata oscura, medio rizada, que permaneció lisa y tiesa como un palo hasta que nació su hija mayor.

—Apurate —le dice.

Le mira, desconcertada.

—Andá. No llegués tarde a mi funeral.

Giuliana despierta, sobresaltada.

Y se echa a llorar.

Negación

Mira la fotografía. Está sonriendo. Se ha hecho unos anteojos con el pulgar y el índice y saca la lengua. No se ve, pero le dedica el gesto a Ana, su hija menor, que acaba de quitarle el móvil a su madre y le ha dicho:

—Venga, Tati, que voy a hacerte una foto.

—Dejame que la vea. —La niña se la muestra—. Está relinda. La voy a poner en mi perfil de Facebook y así siempre que la vea me voy a acordar de vos y de este día. Traga saliva y lee el texto que acaba de escribir.

William Kesselman

30 de julio de 2011

En la madrugada del 29 de julio de 2011, a las 3.10 a. m. hora espaniola, me despedí de este mundo, ya que no quise sufrir más, llevándome en mi alma y mi corazón todo el amor de mi mujer y de mis hijas, junto con todo el carinio de todos ustedes, que me apoyaron para luchar desde el momento en que caí enfermo.

No hubo tiempo para muchas cosas, entre ellas, ver crecer a mis hijas, compartir mi vejez con Giuli y muchas muchas más, pero hubo momentos hermosos que compartí con ellas, y eso nunca lo olvidaré.

Gracias por todo de nuevo, gracias de verdad, ahora sí que pude alcanzar la paz y el descanso que necesitaba, disfruten de cada día y celebren la alegría de vivir, no estén tristes, que esto es un hasta luego, ya nos encontraremos en algún lugar y compartiremos más momentos hermosos.

Los quiero mucho.

Giuliana mira el ordenador. Hace calor, pero lo que siente es frío, dentro y fuera. De ella.

Lee lo que ha escrito y quiere repasar, encontrar la forma de poner la eñe, porque la computadora la compraron en Estados Unidos y allí no hay eñe que valga. Se han reído mucho con eso estos años. Jugaban a escribir palabras como:

Coño (*conio*)

Puño (*punio*)

Ñoño (*nionio*)

España (*Espania*)

Y así hasta que Ana lloraba o Marie les llamaba o el jueguecito dejaba de hacerles gracia, lo que primero ocurriera. Ahora lee: «hora espaniola», «carinio».

Recuerda la última vez que rieron con esa absurdidad infantil, y aunque le parece

que hace años de todo, en realidad fue hace menos de una semana, en el hospital: William estaba en la cama desde el domingo, medio sedado por la morfina. Llegó en una ambulancia, roto de dolor. Ella no pudo montar en el vehículo. El camillero le dijo que el seguro no tenía cobertura para los acompañantes y tuvo que viajar en taxi, rota de miedo. Fue de madrugada, y tardó en llegar, el taxi. Aprovechó la espera para avisar a los vecinos, por las niñas, pero se olvidó de cambiarse las zapatillas y llegó a urgencias en chanclas. Le costó una eternidad encontrar a su marido y sintió por primera vez ese terror que la mantiene paralizada desde ese día. Y si ya no le veo más. Y si ya no le veo más. Y si ya nunca más le veo.

En la habitación, de vez en cuando él abría los ojos y miraba al mundo como sin verlo, pero de repente fue como si saliese de un lugar profundo, seguramente oscuro, y agotado por el esfuerzo, le pidió agua. Se la dio. Le puso la mano en la frente y le preguntó cómo estaba.

—¿Cómo estás, mi am...?

Notó que la voz se le quebraba y se llevó a los labios el mismo vaso en el que William acababa de beber, para disimular que se desgarraba por dentro, comenzando por las cuerdas vocales.

Él hizo un gesto imperceptible con la mano derecha, en cuyo dorso una aguja sostenida con esparadrapos le mantenía a este lado de la vida sin demasiado dolor.

El gesto de la mano venía a decir: «Así, así».

La miró a los ojos.

Pensó:

«Ay, Giuli, no tengás miedo.»

Ella pensó que pensaba:

«Dame más agua, por favor.»

Le ofreció el vaso y él bebió un poco más antes de hablar de nuevo.

—Dame tu móvil, ¿quierés? ¿Hay aquí cobertura para conectarnos a internet?

Se lo tendió y, con dificultad, tecleó durante un buen rato, al cabo del cual le devolvió el Samsung.

—Me gustaría que escribieras por mí en Facebook.

Ella observó su perfil en la red social.

—¿Pero si no escribís desde mayo! ¿Por qué ahora querés enredarte con esto?

La miró con una tristeza infinita y pensó:

«Para despedirme.»

Ella pensó que él pensaba:

«Para despedirme.»

Se sentó a su lado y dijo:

—Dale, decime lo que querés poner.

Escribió, como él, con dificultad.

El teclado era pequeño y sus dedos parecían morcillas. Se rieron.

La gramática predictiva quería cambiarle las palabras cada dos por tres. Se rieron.

Por costumbre puso «acompañado» y «carinios», aunque el teléfono sí tenía la ñe. Se rieron. Un poco. Al leer lo escrito, se les quitaron las ganas de seguir riendo.

William Kesselman

25 de julio de 2011

Hola a todos, es la mano de Giuli la que escribe, pero son mi corazón y mi alma los que les quieren contar que desde el domingo me han ingresado en el hospital y estoy jodido, están tratando de hacer todo lo posible para poder salir adelante pero hay pocas probabilidades de ganar esta batalla, de todas maneras seguiré luchando hasta el final (aunque a veces me canso de tanto pelear), seguiré por mis hijas y por mi mujer en particular y por toda la gente que, como ustedes, me ha acompañado siempre en este duro camino, hoy me he sentido un poco más animado, he bebido mucha agua, me he incorporado solito en la cama varias veces y he reconocido a todos los que han venido a verme, incluyendo los médicos y la psicóloga.

Bueno, es todo por hoy, solamente decirles GRACIAS a todos porque sé que van a pedir y rezar por mí, y un gracias muy especial a las mamás y los papás del cole que se están encargando de mis hijas, como siempre lo han hecho hasta ahora (incluyo a mis vecinos Lourdes y Vicente), gracias también a todos los que han venido a vernos a Giuli y a mí por dedicarnos parte de su tiempo.

Les diría que voy a salir adelante, aunque me sienta como si me estuvieran perforando por dentro, aunque me esté cagando de dolor, porque un ser superior no va a permitir que deje a mis chicas solas, pero, como saben los que me conocen, aunque soy judío, no practico. Ahora me arrepiento y comprendo a los que abrazaron la fe en las vísperas de la muerte. No, no se apuren, yo no creo que me vaya a ir ahora, no voy a abandonarlas por un puto cáncer, pero, si creyera en un dios —tanto si le llamara Dios como Alá o aunque no quisiera pronunciar su nombre por respeto, ya ven que me lo sé—, si creyera, les digo, pensaría que un ser superior me va a ayudar a salir de ésta y que todo obedece a un plan que ahora mismo, con este dolor, no puedo comprender, y Giuli, con el dolor de ella, tampoco alcanza a entender. ¿Verdad que no, amor? Me dice que no con la cabeza, mi pobre Giuliana. Con esto los dejo.

Besos y carinios a todos, hasta prontito.

Y al día siguiente escribió:

William Kesselman

26 de julio de 2011

Hola a todos, también hoy es Giuli la que escribe, pero Will el que habla. Me siento mejor, todo el día estuve bastante parlanchín, y le pregunté a Giuli por qué estaba en el hospital, qué me había pasado (encima pensé que estaba en otro hospital porque no conozco a las enfermeras de la planta de onco, ya que las veces anteriores siempre estuve en la planta de cirugía), tuve muchas visitas como los días anteriores (eso es bueno), el tema es que ayer me cagaron de hambre, me iban a dar de comer un caldo y un zumo ¡¡¡y se olvidaron!!! Encima a Giuli le trajeron un cocido con un olorcito espectacular ¡¡¡y la guacha no convidó!!! Así que a la noche me comí unos tomatitos cherry, ¡¡¡estaban buenísimos!!! (no se lo digan al médico, porfi). A ver si hoy tengo más suerte y me dan algo sabroso para llevarme a la boca.

Ayer a las 2.00 de la mañana me levanté solo de la cama porque no aguantaba más la cintura (me mareé un poco, pero me senté en una silla), y después me dieron algo para el dolor y pude dormir mejor (ahora estoy bastante dopadito). Besos a todos y gracias de nuevo por los mensajes, rezos, pedidos, buenos deseos, llamadas y demás, aquí seguimos, pero ¡¡¡ME QUIERO IR A CASA!!!

Hasta prontito.

También ese día estuvo pensando si poner las eñes y arreglar palabras. Tampoco lo hizo, seguramente porque algo se lo impediría, algo real, algo tangible. Su marido, que le pediría algo; la enfermera, que entraría a cambiar el gotero; el enfermo de la cama de al lado, que se quejaría; ella, que iría al baño a mojarse la cara para permanecer algo más entera. Y ahí quedan las palabras para que las lean los ciento cuatro amigos que Will tuvo en el mundo virtual, y para que sepan que ha muerto. Su marido, que días más tarde escribió:

William Kesselman

2 de agosto de 2011

Hola a todos, ¡¡¡ay, pobre mi Pitu, qué pérdida está hoy!!!

Entre tanto trámite y papeleo, joder, ¡no me puedo morir tranquilo! Que la mutua, la Seguridad Social, los consulados, y los p... bancos... Encima hoy fue a poner en marcha el coche y no le arrancó... Pero como la conozco sé que va a salir adelante, además nunca la he dejado sola, y menos ahora en estos momentos. Y encima con las vacaciones, y no le ponen fáciles las cosas a mi pobre Giuli... Me comentó que está haciendo un calor de cagarse, la tal ola sahariana que se viene, yo acá estoy bien, aunque las extranjo también a mis chicas...

¡¡¡Cuántas lágrimas!!! Estuve en la misa que hicieron en la parroquia, ha sido muy emotivo ver a todos los que allí estaban y a los que pasaron por la sala del tanatorio, gracias de nuevo por el apoyo que le están dando a Giuli y las chicas. Para compensar, en el crematorio Giuli optó por una ceremonia laica, así que leyeron un poema de Neruda, hicieron un minuto de silencio y finalmente se escuchó *Yesterday* (le dijeron a Giuli que eligiera una canción que me gustara, como no estaba Dire Straits, escogió los Beatles).

Ayer por la tarde Giuli y las nenas recogieron mis cenizas, así que ya me encuentro de nuevo en casa (¡¡¡ojo, porque ahora estoy en todos lados!!!). Las chicas están armando un lugar especial en casa, que Marie ha denominado «el rincón de papi», con mis restos, fotos, dibujitos (de nuestra artista Ana), alguna velita, flores y demás cosas que me gustaban (¡¡ya me pusieron una botellita de Jack Daniel's!!).

Besos a todos, hasta pronto.

Que su marido, sí, ese que le dice que escriba todo eso aún después de haber muerto, quién sabe con qué propósito; ese cuyo olor todavía permanece en la última camiseta que llevó puesta y que ahora está en su lado de la cama como si todavía pudiese volver a ponérsela; ese que cinco años atrás le dijo:

—¿Y si nos vamos a España y empezamos una vida nueva?

—¿A España?

—A España.

—¡Pero si en dos meses va a nacer Ana!

—Por eso... No quiero que viva en un país donde hay pena de muerte.

Ella rió.

—¡Pero qué motivo es ése para desarmar la casa!

—Pues un motivo como otro cualquiera...

—¡Vos estás loco!

—Mirá, me ha llegado una oferta de trabajo que sería estúpido rechazar... ¿Por qué no? ¿Por qué no movernos, empezar de cero, construir algo nuevo, inventarnos? Somos nómadas, carajo... Acordate... Queríamos recorrer el mundo, no ser como

nuestros padres, cambiar las cosas, no ser unos burgueses de mierda acomodados...

—¿Con un bebé en camino y una nena de cinco años?

—Allí vamos a estar más cerca de tu familia italiana. ¿Qué? ¿No tenés ganas?

—¿Con un bebé en camino y una nena de cinco años?

—...

—...

—Y conmigo, que no te voy a dejar sola nunca.

Debatieron el tema los cinco días que los futuros jefes de William le dieron para tomar la decisión. Al sexto ella empezó a hacer las maletas. Al séptimo contactó con una agencia inmobiliaria que les mostró por correo electrónico las tres únicas opciones de alquiler que encontraron en Miraval, un pueblo pequeño muy cerca de Valencia: un adosado sin jardín pero cerca de un parque en las afueras del pueblo, un adosado sin jardín frente a un supermercado y un ático dúplex en cuya planta de arriba no podrían ponerse de pie nada más que las niñas, porque a los adultos les chocarían las cabezas contra el techo. Al octavo localizó una compañía que desembarcó en la casa y la metió, entera, en dos contenedores que cruzaron el océano en barco mientras ella daba a luz a su hija pequeña, que se llamaría Ana en honor a su abuela paterna. Ana viajó en avión a los nueve días de vida y la noche de su undécimo día la pasó en la casa sin jardín frente a Mercadona.

—¿No te vas a arrepentir y me vas a dejar sola con las nenas en un país extraño?

—¿Por quién me tomás, boluda?

—No me seas gallego, que sos argentino. ¿No me vas a dejar sola?

La besó.

—No te voy a dejar sola mientras me quede un aliento de vida, flaca.

William, nacido en Caseros el 13 de agosto de 1964, que tuvo escarlatina a los cinco años, sarampión a los siete y apendicitis a los doce; que se enamoró de una compañera de la escuela infantil y no la olvidó hasta que conoció a la mujer con la que se casaría y tendría dos hijas; que a fuerza de deslomarse a trabajar de noche y estudiar de día se hizo ingeniero; que fue un amigo fiel, un compañero leal, un trabajador incansable; que era un padre amoroso y un amante extraordinario; que no pudo domar un carácter a veces podrido, pero que supo compensarlo con un corazón que no le cabía en el pecho; ese hombre, que seguía mirando el mundo con esa mirada de niño que se sorprendía por todo, no había podido cumplir su promesa y se había marchado sin ellas.

Cierra de golpe el portátil y piensa, ella misma, en lo fácil que sería dejarse morir.

Observa las fotografías de William a menudo, quizá con demasiada frecuencia. La psicóloga del hospital le ha dicho que debe mirar hacia delante, que debe construir en el futuro un escenario nuevo, distinto, para poder vivir con Ana y Marie. Pero también le ha dicho que debe pasar el duelo, transitar por esa senda de brasas como si fuera un faquir, salir victoriosa, poder volver la vista y decirse: «Lo superé, recorrí el camino a pesar del dolor, ya estoy en el otro lado». Ésa es su interpretación. En realidad, la psicóloga, que se llama Carmina Palau, a la que visita con regularidad desde que a William le advirtieron que el cáncer de colon había derivado en otro de páncreas, le ha dicho:

—El proceso del duelo es inevitable, cada uno lo vive a su manera. Cualquier cosa que haga que te sientas mejor, en principio, es beneficiosa para ti.

Descartadas las drogas (porque tiene dos hijas), el alcohol (porque tiene dos hijas) y la propia muerte (porque tiene dos hijas), que son las tres cosas que harían que se sintiera mejor, porque estaría ausente del mundo o muerta, no le queda más remedio que asumir que ha de seguir viviendo. Porque tiene dos hijas. Porque sólo tiene a sus dos hijas.

Todo podría haber sido distinto. Ese pensamiento la martiriza. Todo sería distinto de haber seguido en casa. En Caseros. De no haber hecho la maleta para dejar Argentina y largarnos a Florida, donde William tenía parientes y trabajo. De no haber dejado Florida, donde Marie tenía una amiga del alma y más amigos que le cubrían el resto del cuerpo y del espíritu; donde ella estaba empezando a pensar si tomarse en serio la idea de homologar el título y buscar trabajo; donde la familia de William, tíos lejanos de una tía lejana, en realidad, se habían convertido en los abuelos de Marie y se la quedaban durante las noches cuando ellos querían salir al cine o a cenar o a bailar o al cine y a cenar y a bailar o cuando decían que harían todo eso y en verdad se quedaban en la cama, desnudos, durante horas, primero recuperando horas de sueño, porque Marie era una bendita por el día, pero una tortura durante la noche, y luego hablando y después haciendo el amor todas las veces que el cuerpo les daba para ello, y al cabo del rato vuelta a empezar (dormir, hablar, amar). De estar allí. Quién sabe. Tal vez esos falsos abuelos, esos padres de mentira, se habrían dado cuenta antes que nadie de lo enfermizo de esa palidez, o de que el blanco de los ojos

era cada vez menos blanco, o de que perder peso tan rápido bueno no tenía que ser.

—¿Viste? Me estoy quedando hecho un figurín.

Ella, ahora, se castiga. Se dice: «Debiste tener otra reacción que no fuera ponerte a dieta para estar flaca vos también».

Insiste: «Debiste mostrar interés y no fastidio todo el tiempo que se quejaba, y no pensar que era un flojo que no aguantaba ni siquiera el ardor de estómago cuando vos habías parido a pelo a dos hijas, con lo que eso duele».

Está segura de que Julia, la tía lejana del tío lejano, la habría llevado aparte y le habría dicho algo del tipo:

—Giuli, querida, no quiero alarmarte, pero ¿a vos no te parece que William tiene mal aspecto, que anda siempre cansado, que está cada vez más amarillo?

Y:

—Giuli, querida, ¿por qué no pedís hora al médico y que le hagan una analítica?

No se dio ni cuenta. Sólo hervía brócoli para ella y asaba pechugas de pollo a la plancha para él, y se enojaba en silencio porque, por más que ella llorara de hambre, seguía teniendo ese michelón al que era imposible poner un diminutivo y llamarle «michelín», y él estaba cada vez más delgado y más joven, sí, vale, un poco amarillo, pero, bueno, ese invierno estaba siendo duro y lluvioso y ni siquiera ella, que era prácticamente del color del tizón, tenía buen tono de cara.

No se dio ni cuenta de que su marido estaba enfermo, y se siente cada día peor, más culpable, porque ella habría podido hacer que todo fuera de otra manera si se hubiera fijado un poco, sólo un poco, más.

Carmina Palau le ha dicho que no.

—Giuliana, no te castigues.

Pero, durante la enfermedad, acudía a la consulta de la doctora Palau casi siempre llorosa y, al poco de hablar, la culpa salía a borbotones, como la sangre de una herida que no acaba de cicatrizar en el brazo de un niño que no puede evitar rascarse.

—Giuliana, lo malo de este tipo de cáncer es que, cuando da la cara, ya es tarde para los tratamientos. No se puede predecir, por desgracia.

Ella no se consolaba y seguía con su cantinela, la de sus kilos de más, la de su envidia porque él adelgazaba y ella no, la de que era una mala persona, una pésima compañera, que era ella y no él quien merecía lo peor.

—La solución no es la culpa, sino el enfrentamiento.

—¿Cómo, el enfrentamiento? ¿Con Will?

—No, con el problema. Mirarlo de frente, buscar soluciones y seguir adelante. Pensar ahora en cómo reaccionaste cuando estabas viviendo otra realidad, otra cotidianidad, es meterte en un combate inútil del que lo único que sacarás será debilidad. Y William y tus hijas necesitan que estés fuerte ahora para esta pelea, y tú misma necesitas esa fortaleza dentro de ti.

—Pero ¿qué pelea? Los médicos nos han dicho que hay poco que hacer.

—La medicina no es una ciencia exacta, Giuliana. Se han dado casos de recuperaciones...

—¿Milagrosas?

—Pues sí, milagrosas.

—Nosotros no creemos en Dios.

—No hace falta creer en Dios para creer en los milagros, Giuliana.

Giuliana pensaba que la psicóloga era buena, que repetía su nombre casi en cada frase para que ella sintiese su cercanía.

—Puedes llamarlos milagros de Dios o milagros de la mente o milagros de la vida. Pero, aunque la ciencia no tiene explicación, está comprobado que quien pelea tiene más probabilidades de ganar esta batalla. —Esperó que lo dijera; lo dijo—:..., Giuliana.

Le entró una risa floja, tonta. Se aguantó las ganas. Pensó que luego le contaría ese episodio a Will y que se reirían juntos, seguro. Le entraron ganas de nuevo. No pudo aguantarse, y se rió.

—Perdón, son los nervios...

—No te disculpes, Giuliana. —Risa floja, de nuevo—. Reír es bueno en cualquier circunstancia.

—...

—Cuando tenemos que enfrentarnos a una situación como ésta, a la enfermedad grave de un familiar, de tu compañero de vida en este caso, la mejor forma de hacerlo es involucrarnos en la medida que podamos, tener claros nuestros sentimientos y miedos al respecto y aceptar la situación que nos toca vivir.

—Estamos jodidos, Carmina. Porque yo tengo claros mis sentimientos y mis miedos. Temo que muera. No quiero que muera. Eso no lo puedo aceptar.

Iba a verla, a Carmina, mientras William se daba la quimio en una sala blanca, grande, llena de personas sentadas en sillones incómodos, azules, que ocultaban las calvas bajo pañuelos de colores alegres y que miraban a Ana Rosa Quintana en la tele. Le dejaba ahí, con un beso y *El programa de AR*.

—¿Vas a mirar la tele un rato? A lo mejor ponen una receta rica para hacerla luego en casa.

Sonreían.

—No, voy a dormir un poco. Por la noche me cuesta.

Le daba un beso, cruzaba el patio, pasaba al lado de la capilla, giraba a la izquierda, subía dos pisos, le daba su nombre a una enfermera, esperaba a que Carmina Palau asomase la cabeza por la puerta.

—Adelante, Giuliana.

Pasaba.

—¿Cómo estás hoy?

Y la niña que había en ella empezaba a rascarse la herida que todavía no había acabado de cicatrizar hasta que la sangre salía, a raudales, empañándolo todo. Cómo no lo vi. Yo pude salvarlo. Yo dejé que esto pasara. Es mi culpa. No puedo vivir.

Ahora, sin William, no vuelve más al hospital, pero tampoco ha muerto. Tiene dos hijas. No puede morir.

Carmina le ha dicho que busque modos para seguir viva. No con esas palabras. Ha usado otras, más técnicas, que se han vuelto humanas porque llevaban su nombre detrás. Giuliana.

Le ha dicho que espere, si quiere, un tiempo prudencial, pero le ha advertido que hay estrategias, trucos, grupos de apoyo, fármacos, en última instancia. Pero ella no quiere drogarse (tiene dos hijas), quiere estar consciente de dónde le duele, de cuánto le duele; quiere abrir el armario y mirar la ropa colgada, planchada, tanto tiempo sin utilizar, los trajes, las camisas, los zapatos que ya no se usarán más, y llorar y llorar hasta que las lágrimas, literalmente, terminen por acabarse, y bajar y ver a sus hijas y mirar juntas un rato la tele, abrazadas, sintiendo el dolor por la ausencia pero también esa calma, ese bálsamo, de sus pieles juntas en el sofá.

Así que se droga con recuerdos, con fotos de William con tres años bañándose en un barreño; o de chaval, subido a una bicicleta con las rodillas peladas por cicatrices viejas y lesiones recientes; o de adolescente, en la boda de unos primos con una corbata que le queda grande pero que le sienta bien. Le gusta verle así, pequeño, cuando la vida era una promesa que aún no se había roto.

Nunca mira las otras, las de aquel viaje al fin del mundo, a la Patagonia, ni las de la boda, ni las del nacimiento de Marie ni de Ana, ni del asado en la casa de Marcela y Claudio, tumbado sobre una colchoneta transparente dentro de la piscina, tomando sandía bajo la atenta mirada de Marie, porque éstas le duelen con un dolor inhumano, interminable, inaguantable.

Contempla sólo las otras, las del niño que no conoció, porque esa falta permite a su alma esconderse en cualquier hondonada, como decía Borges en su poema, para no ver la ausencia.

Las mira y hace cosquillas a la barriga infantil, o acaricia la rodilla dañada, la cara orgullosa en la boda del primo. Es su manera, su modo, su técnica.

Y escribe:

William Kesselman

19 de agosto de 2011

A mi pequeña princesita: ¡¡feliz cumple, Ana!! ¡¡Ya tenés cinco años!! Me dijeron por ahí que hoy vas a tener una merienda con tus amigas, como el año pasado, que lo hicimos en el ático de casa, ¿te acordás? Espero que te lo pases superbién como siempre, yo te voy a estar mirando y, si me dejás, voy a soplar las velitas con vos (no le digás nada a nadie, es nuestro secreto). También la voy a ayudar a mami a tener la piñata, no te preocupes, Supertati lo arregla todo, ¿verdad? Te mando miles de besos y muchas cosquillas... *I love you soooooo much*, te adoro mi

bichotrasto. Por siempre.

Tu Tati

Carmina Palau le ha dicho que busque un grupo. Y a los pocos segundos de que William, con las manos convertidas en gafas, escribiera ese texto en su muro del Facebook cuatro días después de morir, el apoyo llega para salvarla.

Giuliana saca el monedero del bolso y, de uno de sus compartimentos, un papel. Hace como que lee el número que está anotado, aunque se lo sabe de memoria, y lo marca en el teléfono porque no está en la agenda del *smartphone*. Espera unos instantes mientras escucha el tono de la llamada. Por fin, al otro lado, salta el contestador.

—Soy yo. Ya sé que es absurdo que te llame después de tanto tiempo. Pero...

Guarda silencio un instante.

—No sé si sabés que estoy pasando un muy mal momento...

Cuelga.

Mira el móvil, con pena, como si no fuera un objeto inanimado.

Lo mete en el bolso.

Cierra los ojos.

Sale de la habitación.

Aun así, vuelve al grupo de apoyo. Le da pena ningunear a Carmina, que insiste en que le va a hacer bien, y piensa que tampoco tiene nada que perder.

En verdad, la psicóloga tiene razón. Quizá se sienta mejor entre iguales. Encuentra el cariño de la gente a cada paso desde que William se fue, pero siempre hay algo que falta, una distancia. Por más que agradezca el abrazo, o el tierno apretón de la mano en el hombro, o el silencio cómplice, o el qué putada, o el mándame a las nenas a casa si te apetece estar sola un rato, o el cuánto lo siento..., siempre hay un momento en el que piensa: «No me digás que me acompañás, ¿en qué sentimiento?, si vos no tenés ni idea de qué es esto».

Sí. Lo sabe. No debería decir «desde que William se fue», sino «desde que William murió». No se lo ha dicho la terapeuta. Ella insiste en que tiene que buscar sus propias fórmulas para vivir ese momento. Lo dice así:

—Cada uno debe encontrar su bálsamo. El proceso del duelo es altamente personal. Lo que a uno le sirve es posible que no le sirva a otro. Pero, poniendo en común sentimientos, experiencias..., es un poco más fácil vivir este momento.

Giuliana piensa que no debería decir «vivir» sino «sobrevivir», porque no es lo mismo. Vivir era lo de antes.

Vivir era:

Pelearte.

Reconciliarte.

Aburrirte.

Divertirte.

Hablar.

Callar.

Ir a comprar al Mercadona juntos.

Ir a comprar al Mercadona separados.

Ir al cine con las niñas y meterse todos juntos a ver *Ice Age 3* y morirse de la risa en la taquilla al oír al de delante pedir las entradas sin decir *eis eich* sino *ice age*.

Ir al cine con las niñas y echar a suertes quién entraba a ver *Enredados* y quién se metía en la sala de al lado a ver *The Artist*.

Cenar luego en el Pans & Company de enfrente.

Poner cara de que te interesaba lo que te estaba contando cuando en realidad estabas pensando en otros asuntos.

Mentirle en pequeñas cosas para evitar broncas.

Que descubriese que no le habías dicho la verdad y tener la bronca de todas formas.

Enfadarte.
Reconciliarte.
Hacer planes.
Cumplir los planes. Sentir desilusión cuando no se cumplían.
Pensar en separarte.
Darte cuenta de que seguías enamorada hasta las trancas.
Hacer el amor cada tres semanas y pensar que era suficiente.
Comprender que no era verdad y proponerte tener sexo con más frecuencia.
Rendirte a la evidencia de que ni la vida ni el cuerpo te daban para más y tratar de convencerle de que era más importante la calidad que la cantidad.
Reír.
Llorar.
Reír.

Lo de antes era vida. Esto no.

Hace ya (¿en serio?, ¿ya?) casi tres meses que William se fue. Y lo dice así, insiste, se fue, se marchó, porque no quiere ni pensar en la muerte. La ausencia, no la niega, cómo podría, ojalá pudiera. Pero la muerte no la asume. Piensa en un viaje. Como cuando estuvo varias semanas de viaje, en Argentina.

Ella no podía acompañarle, las niñas, las clases, la casa, y él quería irse solo, además. Ya estaba enfermo entonces, aunque no sabían que el desenlace sería fatal.

—¿No te irás porque pensás que...?

—¿Qué?

—...

—Hablá, Giuli, no dejés las frases a medias, que sabés que me molesta...

—Pues por la enfermedad. Ya lo he dicho. ¿No te irás por la enfermedad, porque pensás que no vas a tener más tiempo para ir después?

—...

—...

—Ya habíamos hablado antes de hacer este viaje.

—Sí, pero los cuatro juntos.

—...

—...

—La enfermedad está ahí.

—Sí, pero los médicos nos dan un buen pronóstico.

Al contrario que ella, William acudía con frecuencia al grupo de apoyo y había superado ya varias fases. Ella aún lo negaba. Él estaba empezando a aceptarlo.

—Giuli...

—¿Qué?

—Vos sabés que un buen pronóstico es un poco más de tiempo. El final es el mismo.

Ella hizo un gesto con la mano.

—¿Y qué, con eso? Todos andamos muriendo desde que nacemos, vaya noticia.

—Eso es verdad, pero unos lo tenemos más cerca que otros.

—Vos no sabés si al salir a la calle me va a atropellar un camión. O, por ejemplo, ¿no viste esa mujer que murió en Japón arrollada por un carro de la compra que bajaba sin freno por una escalera mecánica?

—Aun así, me gustaría hacer ese viaje.

Lo hizo. Estuvo cuarenta y cinco días fuera.

Ahora lleva cuarenta y dos. Todavía puede pensar que está fuera, lejos; que puede llamar por teléfono o escribir un *mail*, o coger su llamada o contestar su correo; que volverá cargado de regalos, un peluche de un osito gaucho para Ana, una taza de «I ♥ Buenos Aires» para Marie, una chaqueta de piel para ella. Quién sabe qué. Puede pensar que va a regresar y por eso deja su ropa dentro del armario, colgada en perchas de madera marrón con un antipolillas en la barra; las camisas con las camisas, los pantalones, los trajes, los polos, todo ordenado según el color. Se engaña también fingiendo que huele a él, porque en verdad huele a Ariel y a suavizante de aloe vera, pero de cuando en cuando mete la cabeza dentro y aspira tan profundamente, tantas veces, que está a punto de hiperventilar.

No es la única. Hace una semana se encontró a Ana dentro, dormida sobre las camisetas de su padre. Casi se infartó de la impresión al abrir la puerta, y más tarde creyó morir de la pena, al tomarla en brazos para llevarla de nuevo a su cama y ver que ella se aferraba a uno de los jerséis. La acostó en su camita y se tumbó junto a ella y fantaseó con la idea de no despertar más a la mañana siguiente. Pero no. Ahí sigue. Fingiendo que vive. Sobreviviendo.

Pero, al grupo, regresa, por no contrariar a Carmina Palau, que sigue llamándola por su nombre, y le hace plantearse que, como se dedique con la misma energía al resto de sus pacientes, acabará loca de atar. Aunque ella no es su paciente, en esencia. A ella no le pasa nada. Sólo que le han amputado un brazo, una pierna, los dos brazos, las dos piernas, y sigue sintiendo que los lleva con ella, que los puede mover, agarrar cosas, correr, llegar lejos. Pero, por lo demás, todo está bien.

¿Comer? Come. ¿Dormir? Duerme. ¿Reír? Ríe. ¿Llorar? ¿Está de broma o qué?

Lo básico, lo tiene controlado. No está enferma. No es paciente de nadie. Era William, el enfermo.

Pero, al grupo, vuelve, también por William.

Porque se lo pidió él.

—Pero ¿por qué? ¿Vos me ves mal?

—No, Pitu, pero creo que te haría bien ir, hablar, oír a otras personas que están pasando por lo mismo que vos.

Ella era reacia.

—Es que, por lo mismo que yo, sólo paso yo.

—Sí, sí, eso está claro. Eso pensaba yo también. Pero, desde que voy, me siento

mejor.

—¿Sí? ¿Creés que te entienden mejor que yo?

—Mirá, si te vas a enojar, mejor dejamos el temita...

—No me enojo, pero es que estoy cien por cien a tu lado, me da por el forro del culo que me digás que encontrás más apoyo en extraños.

—No seas malhablada...

—Me paso el grupo por el orto, fijate lo que te digo.

—...

—Pero, si vos querés, voy.

Fue. Eran trece, catorce con ella. Se reunían anárquicamente, no todos, no todos los días. Lo único fijo era el lugar: una sala pequeña frente al despacho de Carmina Palau, sin mesa, con veinte sillas contando las tres que estaban rotas apiladas en un rincón, una papelería y dos ventanas sucias por fuera que daban al patio central del hospital.

Las reuniones se convocaban a través de un grupo de Whatsapp que se llamaba «Onco». Lo administraba María Martín, que estaba siempre en guardia. El cáncer, lo tenía su marido en la laringe. Tenían tres próstatas, cuatro mamas, un colon, una lengua, dos estómagos y un pulmón; algunos estaban sentenciados y otros peleaban como jabatos, convencidos de que, como decía Cela, el que resiste vence.

María la recibió a solas en la sala.

—¿Sabes que está demostrado que los grupos de ayuda de verdad ayudan?

Giuliana pensó: «No jodas, pues menos mal».

Pero dijo:

—...

María continuó:

—El apoyo emocional es muy importante, es vital. Nosotros somos el sostén de nuestro grupo familiar, de nuestros maridos, en tu caso y en el mío, pero... ¿quién nos sostiene a nosotras?

Pensó: «Eso, ¿quién, rubia de bote?».

Pero dijo:

—...

—No se trata de forzar nada. No nos conoces ni tienes por qué abrirte a nosotros. Pero danos la oportunidad de estar contigo, de estar juntos, porque eso será bueno para todos.

Pensó: «Ya, claro, ¿qué son? ¿Una secta?».

Pero dijo:

—...

—Mira... Hasta es posible que vengas empujada por tu marido, que sé que va al grupo de apoyo emocional de los enfermos, o por Carmina Palau, que es una

psicóloga magnífica. Que no quieras venir es normal. No vengas. Basta con que me des el número de teléfono y yo te meteré en el grupo. Así podrás, digamos..., observar sin ser observada.

Pensó: «Boluda, estás loca si creés que te voy a dar mi número para que me friás a mensajes».

Pero dijo:

—...

María sacó su móvil.

—¿Me lo das?

Pensó: «Y una mierda te lo voy a dar».

Pero dijo:

—670634237.

Fue a una reunión decidida a no volver, les puso cara a los nombres. Desactivó la alerta de los Whatsapp porque eran tan activos que el pitido del mensaje acabó por crisparle los nervios, y cuando conectaba el móvil y echaba un vistazo al icono verde, no era raro tener entre ochenta y ciento veinte mensajes. Los borraba sin leerlos. Así no supo que:

Perdieron a uno de los estómagos y su mujer abandonó el grupo.

El pulmón empeoró y su familia se trasladó a Cuenca a la espera del fatal desenlace. Abandonaron el grupo.

Tres de las cuatro mamás recibieron el alta, y abandonaron el grupo.

Todos le preguntaban por William.

Todos le escribieron cuando supieron lo de su partida.

Todos se ofrecían para ayudarla en lo que hiciera falta.

Finalmente llamó a María para agradecerle el interés y disculparse por su deserción, y no supo cómo evitar quedar a tomar un café con ella en un bar del centro, cerca de El Corte Inglés.

Se ven precisamente el día que hace tres meses de la marcha de William. Al aceptar la cita no se dio ni cuenta de que decir pasado mañana era decir el 29 de octubre. Pero hoy de lo único que tiene ganas es de meterse en la cama y taparse la cabeza con todas las mantas que hay en la casa. De no ver a nadie. De no hablar con nadie. De no respirar.

La ve llegar y piensa: «Le diré que tengo que comprarle un chándal a cada niña para irme en cuanto me tome el cortado».

Pero, cuando la mujer se sienta frente a ella, tiene los ojos tan llenos de lágrimas que le sabe mal irse sin preguntarle:

—¿Qué te pasa, María? ¿Ocurrió algo?

María da vueltas a su café con la cucharilla y se encoge de hombros.

—Nada nuevo... Pero hemos venido para hablar de ti... ¿Cómo estás?

Aunque quiere mentir, o ser irónica, de repente, sin saber por qué, tiene que decir la verdad:

—Jodida, María. Hecha mierda. Fatal. Sin saber para dónde tirar. Enfadada. Con ganas de morirme yo también.

(Llanto.)

(Llanto.)

Cada una llora mirando su taza, en silencio, discretamente, cabizbajas, sin intentar consolarse, pensando las dos en sus dramas, en sus miserias, y al cabo de un rato, casi al mismo tiempo, el lloro se detiene como si las lágrimas viniesen de un grifo común que acaba de cerrarse. De vez en cuando, María responde mensajes de su móvil. Siguen calladas y sin mirarse ni un momento más, hasta que Giuliana rompe la tregua.

—Sí que sienta bien esto de no llorar sola...

Se ríen.

—Es la idea, sí —contesta María.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Recibiste una mala noticia de...? —Busca el nombre en su memoria y no lo encuentra.

—De Antonio.

—Sí, de Antonio, discúlpame...

—No tienes que disculparte de nada, bastante tienes con lo tuyo.

—Pero ¿pasó algo? ¿Empeoró?

—No, sigue estable... Los médicos no son optimistas. Hay metástasis en el pulmón y en los huesos. Pero no ha empeorado.

—¿Entonces?

—Es que... Te vas a reír...

—Dale, entonces, cuéntame. Tengo muchas ganas.

—Es que se me ha estropeado la lavadora esta mañana, antes de venir aquí. Se me ha salido el agua por la cocina y, al verla... Yo qué sé lo que he pensado... Que me va mal gastarme el dinero en la reparación o comprarme una nueva, que la ropa cogerá olor a húmedo y a ver cómo la lavo con la máquina rota... Y luego he pensado: «Qué más da, si tu marido se está muriendo». Pero he seguido con la matraca de la lavadora. «Joder, todo me pasa a mí, la nevera el otro día, ahora esto»... Como si lo de Antonio hubiera dejado de importarme, y cuando me he dado cuenta, me he puesto a llorar.

Giuliana no sabe cómo decirle cuánto la entiende.

—La vida sigue, con su maldita cotidianidad... Nuestros compañeros enferman, se mueren, pero la casa tiene que seguir en pie...

La comprende. Sigue sin saber cómo decírselo, así que extiende su mano, le acaricia, un poco, la que está sobre la mesa, y piensa que con ese gesto es capaz de

transmitirle lo que no es capaz de expresar con palabras. María sonríe. Giuliana piensa que la ha entendido. Quizá.

Hablan un rato más, de naderías. Por un momento, breve, efímero, se olvidan del drama.

—Quizá vuelva a ir.

—¿Adónde?

—Al grupo. Si me aceptan, quizá regrese, si hay alguien más en mi situación.

—Los eufemismos forman parte de esta etapa —le dice María.

—¿Cuál etapa?

—La de la negación.

—...

—Claro que puedes volver. Aunque quizá te será de más utilidad incorporarte a otro en el que el resto de las personas están viviendo tu misma experiencia.

Piensa que María habla como una psicóloga. Le pregunta si lo es.

—No, qué va. Soy profesora. Este año terminé el ciclo con los niños que cumplen seis años y pasan a primaria... No sabes qué pena me da ver cómo crecen.

Otro motivo de entendimiento.

—Yo tengo a mi hija pequeña en infantil.

—Lo sé. William se lo dijo a Antonio.

Se levantan. Se despiden con un abrazo. María es rubia y no debe de llegar a los sesenta, joven todavía para ser viuda, y huele a melocotón, y con ese olor todavía cerca, como si estuviese aún con ella, llega a su casa y enciende ese ordenador que no tiene años.

Se conecta a internet, teclea una dirección, introduce unos datos, los que la página le va pidiendo, nombre, fecha de nacimiento, una dirección de *e-mail*, una contraseña. Se registra. Se abre su propio perfil.

Facebook le pide una foto. Busca una de William, el día del cumpleaños de Ana, el año anterior.

Facebook le pide que busque amigos. Sólo quiere tener uno. Manda la solicitud. Cierra el perfil y abre el de William. Acepta la solicitud. Cierra el perfil. Abre el suyo.

Y escribe.

Giuliana Di Benedetto con William Kesselman

29 de octubre de 2011

Hola, Will. Como ves, acabo de abrirme una cuenta, para no seguir robando la tuya, pero decidí que tu cuenta seguirá abierta para ir agregando cosas que quizás habrías dicho o te habría gustado poner en el muro.

Hace tres meses que partiste, y mi vida y la de nuestras hijas ya no será igual, se ha ido mi compañero de ruta y me haces falta a cada momento, pero sé que donde estés nos protegerás siempre, como lo hiciste en este mundo. Mi mejor homenaje es seguir adelante cada día, aunque no sea el mejor de los días, pero, como me decías siempre, hay que hacer lo que hay

que hacer. Y entre las cosas que había que hacer estaba comprar una computadora con todas las letras, en especial esa que tanta falta les hace a las niñas para hacer los trabajos de la escuela: la ñe. Hoy quería hablarte de nuestras hijas (sí, nuestras, aunque cuando se portaban mal me decías que eran sólo mías...). Hoy, que hace tres meses que no estás físicamente con nosotras, pero, como dice Ana: «Tati está en todas partes, porque es como Jesusito...». El otro día quiso ver tus cenizas (hacía rato que me lo había pedido, y yo siempre esquivándola...), así que abrí la urna, las miró, me dijo que eran como la arena de la playa pero de otro color, y que cómo se había hecho eso así, a lo cual Marie le contestó: «A papi lo incineraron»... Yo, como espectadora y partícipe al mismo tiempo de semejante situación (más que embarazosa, por cierto), esperaba con un nudo en la garganta el momento del mazazo, pero siempre mis niñas me sorprenden con ese aplomo y esa naturalidad que es propia de los niños: «No pasa nada, a Tati ya no le hacía falta el cuerpo». Y es con esa misma naturalidad que a cada momento Ana recuerda a su papá, las canciones que le cantaba, los lugares donde íbamos a comer, las excursiones y los viajes que pudimos hacer los cuatro juntos... A Marie le cuesta un poco más, con sus casi diez años es más que difícil asumir que su Tati no está de la manera que ella habría querido, y por eso sus (in)explicables momentos de rabia que terminan en llanto... o como hoy, cuando encendíamos las velas como cada día 29, que nos fundimos las dos en un abrazo frente a tu rincón.

Me acordaba de que también hoy hace un año que tuviste tu última sesión de quimio, y esperabas con ansia el resultado del TAC para ver si te daban el alta... Cosas que tiene la vida, con muchas preguntas y pocas respuestas.

A pesar de todo, me siento muy afortunada de tener dos hijas como las nuestras, con todas sus rabietas y sus altibajos, porque son el fruto de nuestro amor, de ese amor que un día nos prometimos eternamente y que en algún momento disfrutaremos con total plenitud. Ojalá sigas descansando en paz. *I love you so much.*

Relee lo escrito y, tal como ha dicho, espera un mazazo que no llega.

No sabe cómo, pero lo nota, lo nota tanto que le sorprende que William Kesselman no le dé al «Me gusta» ni haga comentario alguno al *post* desde su propio perfil.

Piensa que ha perdido la (poca) cordura que le quedaba, y pensarlo le da como risa.

Y se siente mejor.

La primera solicitud de amistad que recibe es, precisamente, la de María. En ese momento se percató de que María y su marido son amigos de William y se entretiene en cotillear un rato esa vida irreal.

Así se entera de que María se apellida Martín Martín y de que sus padres eran primos hermanos y tuvieron que pedir dispensa al obispo para poder casarse. Lo cuenta ella misma en un *post* que le escribe a su padre el día en el que cumple setenta y siete años.

Su padre, Vicente Martín, tiene pinta de buen tipo. Lleva boina, y a ella los hombres con boina la enternecen un montón porque su padre, en Caseros, la lleva también en ese momento. Mira el reloj y se contesta: no, en ese momento no, porque allí son casi las dos de la madrugada y su padre, Mario, la habrá dejado sobre la cómoda junto el reloj y la alianza de casamiento, pues, al estar tumbado, se le hinchan las manos y luego no hay quien se la saque del dedo. Ay. Su padre. Cuánto le gustaría estar con él en ese instante. Cuánto le gustaría ser la hija de alguien por un momento y no la madre de otras, no ser ejemplo de fortaleza, sino damnificada llorosa de esa catástrofe que se lo ha llevado todo. Ver unos brazos abiertos y quedarse dentro un buen rato. Derramarse, ruidosamente, con esa mano grande, con esos dedos fuertes acariciándole la espalda. «Ya, ya, ya, pequeña, verás que no pasa nada».

De niña le llamaban la atención los pelos negros que le salían un poco más abajo de los nudillos. Ahora son blancos, porque su padre ya no es el hombretón vigoroso de su infancia, sino un hombre viejo, arrugado y cascarrabias. Sí. Lo sabe. De estar con él, seguramente tampoco podría llorar a su marido muerto a lágrima suelta, porque su padre es un hombre de acción, y además vergonzoso para el dolor y para mostrar los afectos en general. No sabe animar.

A lo mejor le pasaba como cuando se le murió su perro, a los trece años. Se llamaba *Whis*, el perro, porque era de color naranja oscuro, igual que la botella de *whisky* que de vez en cuando sacaba el padre para festejar cualquier acontecimiento. *Whis* era cariñoso y leal y no concebía otro modo de dormir que enredado en sus piernas, ni otro modo de pasar el tiempo que no estaba durmiendo que correteando con ella hasta hacerla tropezar y caer. Una vez incluso se partió un diente, que a día

de hoy todavía le da frío cuando toma cosas heladas sin darse cuenta. Pero ella nunca se enfadó con *Whis* en los cuatro años, tres meses, dos días y catorce horas (aproximadamente) que compartieron antes de que un camión se lo llevase por delante una fría mañana. Lo que lo lloró sólo tiene comparación con lo que lleva llorado ahora. Quién sabe por qué le viene ese recuerdo a la cabeza ahora. ¿Por la muerte? ¿Porque ése fue su ser querido más cercano que murió antes de que William se fuera? Y dale con usar ese verbo. «Irse.» Como si hubiera mediado la voluntad en la partida de su marido. Como si hubiera la posibilidad de retorno. No. No es por William por lo que se acuerda de *Whis*. Es por su padre, que no se acercó a ella en todos los días que lo veló, metafóricamente hablando, porque del perro no quedó ni el collar. Entraba a casa y la encontraba llora que llora, y hacía como que no la veía. Salía. Entraba de nuevo y la encontraba en la misma posición, y no decía nada. Salía. Entraba otra vez y, si de casualidad la miraba, la hallaba recostada en el sillón o con la vista perdida en la ventana o poniendo o quitando la mesa con una cara de velatorio que ni siquiera ahora es capaz de poner. Salía. Entraba. Salía, y así de forma sucesiva, un día tras otro. En fin, que no parecía conmoverse por la tristeza infinita de la niña, seguramente porque él había enterrado a un hijo, el primogénito, y a sus dos padres cuando no era más que un chaval. Pero, una de aquellas tardes que Giuliana no podía ocultar la profundidad de su tristeza, le puso la mano en el hombro y, al girarse, ella vio, por este orden, los pelos de debajo de los nudillos, entonces negros todavía y hoy ya blancos, y un gato del mismo color que el perro muerto.

—Me dijeron que está castrado.

—...

—Así no te saldrá vividor.

—...

—Será casero, quiero decir.

—...

—Y es del mismo color.

—...

—Le podés poner *Whis Segundo*.

—...

—O llámalo como querás. Es tuyo, el animal.

—...

—Estooooo... Pero haceme un favor... No le tomés mucho cariño, por las dudas.

—...

—Me duele mucho verte tan afligida.

—...

—...

—Está bien, papi, muchas gracias.

El padre le apretó el hombro con la mano, que seguía ahí mismo desde que había comenzado la conversación unos pocos segundos atrás, le dejó el gato en el regazo y se marchó.

Ella adoró a *Whis Segundo* desde el primer minuto en que lo conoció, aunque lo llamaba *Gato*, porque le daba mala onda usar el nombre de su querido perro para su querido gato, y también desde el primer minuto lamentó no haberse lanzado a los brazos de su padre, no haberle dicho: «Esperá, vení, a ver, dame un abrazo, mirá, se hace así, de esta manera, separás los brazos, dejás que me ponga dentro, cerrás los brazos, me apretás, y ya; si querés, podés decirme que me querés, y yo te lo voy a decir también, porque te quiero, te quiero mucho y me has hecho muy feliz con este gato pulgoso que seguramente me va a arañar y se va a escapar en cuanto me descuide, pero gracias, papi, gracias, porque te prometo que no voy a olvidarme de esto jamás en la vida, aunque viva doscientos millones de años».

No la hizo, la lección de abrazos, y además tampoco cumplió su promesa. Olvidó enseguida aquel recuerdo. Tal vez en la adolescencia. O tal vez cuando empezó a salir con chicos y él le ponía dificultades con la hora y los viajes y se mostraba temeroso de que la dejaran, y ella pensaba que era porque no la creía lo suficientemente hermosa o lista o las dos cosas.

Hoy lo recupera, el recuerdo del gato. La nostalgia por esos abrazos no dados. La certeza de que su padre la dejaría llorar como si no la viera y el día menos pensado llegaría con un regalo que la haría feliz. No un sustituto de William, claro. Pero algo, lo que fuera; un cacharro de un contenedor, que su madre le decía que se había aficionado a buscar tesoros por las basuras; un libro de viejo que habría comprado para ella en El Banquete de la calle de La Pampa, o un animal de la protectora, quizás un pajarito, para que le hiciera compañía; y le diría algo sin sentido con ese vozarrón que de pequeña pensaba que era tan grave porque apenas si usaba la voz.

—Podés llamarle *William Segundo* —le diría, consciente del tamaño de la majadería que acababa de soltar.

Y ella se reiría mucho, hasta la lágrima.

—Vení acá, papi. Mirá, a ver, dame un abrazo, mirá, se hace así, de esta manera, separás los brazos, dejás que me ponga dentro, cerrás los brazos, me apretás y... Y que sepás que te quiero mucho y que me has hecho muy feliz, viejo. Gracias, papi, gracias, porque te prometo que de esto sí que no voy a olvidarme jamás en la vida, aunque viva doscientos millones de años.

Se acuerda de su padre ahora que sus hijas han perdido al suyo.

William sí abrazaba, y era un buen hombre, aunque nunca tratase de esconder la calva con ningún sombrero ni gorro ni boina, a pesar de que tenía una que ella le había comprado por si quería disimular los efectos de la quimio.

Piensa, aunque sabe que no es cierto, que un hombre que luce boina no puede ser

mala persona. Por eso el padre de María, Vicente, le parece buena gente, sentado a la mesa frente a la tarta que pone «Felicidades» y que festeja su setecientos cincuenta y dos años, porque, según explica María un poco más abajo, se olvidaron de las velas y está hecha con los restos de las de los cumpleaños de los nietos.

María dice que su padre es un hombre valiente y libre que le ha enseñado que en la vida hay que ir de frente, sin mentir y sin lastimar. Cuenta que habría podido conformarse con cualquier otra mujer, casarse, tener hijos, y habría sido feliz, porque su padre tiene esa naturaleza bondadosa (se le nota en la cara, está en lo cierto) y alegre (eso también se le nota, aunque un poco menos por las gafas de culo de vaso, en los ojos todavía chispeantes), pero no quiso renunciar al amor de su vida, su madre, Amparo Martín (que también sale en la foto haciendo como que sopla con una bata de flores por encima del vestido de los domingos), sólo porque fuera la hija de su tío. Dice, María, que ese amor debería ser un ejemplo para todos los hijos (cuatro), a los que han educado con firmes valores, como el respeto, el tesón y la honestidad.

Se fija en que ha dicho «debería ser» y no «ha sido», y se fija, de paso, en la suave melancolía de los ojos de María mientras posa para la cámara. No es tristeza, aunque cuando se hizo esa foto su marido ya estaba desahuciado. Es melancolía.

Se pregunta qué le pasará, por dentro, a la mujer que parece saberlo todo, controlarlo todo, estar al cabo de todo, que está perdiendo a su marido y encuentra el modo de consolar a los que están en la batalla sabiendo que la perderán y también a los que la libran conscientes de la victoria.

Su móvil vibra. Es un mensaje del grupo Onco. Después del café, ha decidido perdonarlos y ha vuelto a conectarlos al aviso de mensajes.

Los lee, por primera vez en meses.

Laura (mamá de pecho 1)

Hoy mi hija me ha dicho que ha soñado que moriría y no dejo de llorar.

Se sobrecoge.

Jacobo (esposo de pecho 2)

Hay días malos, lo mejor, pasarlos cuanto antes ☹.

Antonia (esposa de páncreas)

¿Y cómo se pasan esos días?

Jacobo (esposo de pecho 2)

Yo me concentro en el trabajo.

Antonia (esposa de páncreas)

Yo no me puedo concentrar en nada. No puedo dormir tampoco. Me da miedo despertarme y que ya no esté.

Laura (mamá de pecho 1)

Mi trabajo es cuidar de mi hija. Me duele el corazón, físicamente.

La entiende, tanto que nota un leve, levísimo, dolor en su propio corazón.

María (esposa de laringe)

Sentir miedo es normal. Y es normal sentir ese dolor del que hablas. Se llama angustia.

Laura (mamá de pecho 1)

¿Y qué hago, María?

María (esposa de laringe)

Lo primero, respira hondo. Serénate. ¿Dónde estás?

Laura (mamá de pecho 1)

En el baño.

María (esposa de laringe)

¿Sola?

Laura (mamá de pecho 1)

Sí. Le he dicho a Andrea que me iba a duchar y he dejado abierto el grifo.

María (esposa de laringe)

Bien hecho.

Laura (mamá de pecho 1)



Sonríe.

María (esposa de laringe)

Cierra los ojos y respira hondo un par de veces. ¿Ya?

Laura (mamá de pecho 1)

Sí.

María (esposa de laringe)

Muy bien. Ahora, por favor, lee esto en voz alta. Léedlo todos en voz alta, las veces que haga falta, como si fuera un mantra. Tú también, Antonia.

Las cosas no dependen de nosotros, ni de nuestros temores ni de nuestras certezas.

Sentir miedo es normal. Y es normal sentir ese dolor del que hablas. Se llama angustia.

Y cuando estamos ahí arriba, convencidos de que nuestros seres queridos van a superar su enfermedad, nuestro convencimiento no va a curarlos.

Y cuando estamos aquí abajo, Antonia, Laura, cuando estamos tan hundidos que nos duele la piel, cuando sólo queremos llorar, nuestra tristeza no es el aviso de que algo malo va a ocurrir. Sólo es eso: tristeza, miedo.

Sólo somos hombres y mujeres que sufrimos y vemos sufrir a quienes más amamos.

Sólo somos seres humanos, podemos tener un momento de debilidad.

Se escucha decir en voz alta:

—Pero qué buena es esta guacha...

María continúa escribiendo, y ella continúa leyendo.

Sólo somos hombres y mujeres que sufrimos y vemos sufrir.

Laura (mamá de pecho 1)

Es que mi hija tiene sólo veintitrés años.

Y no se quiere morir, no se quiere morir, joder, no se quiere morir y, si se muere, yo...

Giuliana rompe a llorar; imagina a esa madre a la que no es capaz de poner cara. Ahora se arrepiente. Quisiera saber cuál es su color de ojos, si tiene la piel de porcelana o está llena de arrugas, si es guapa, si es fea, si es joven, si es vieja.

Quisiera escribir.

Escribe.

Hola. Les habla Giuliana. Discúlpeme que no haya contactado antes.

Lo primero que quiero es agradecerles sus palabras de aliento para mí tras la muerte de mi esposo.

Laura, decime una cosa..., ¿tenés más hijos?

Laura (mamá de pecho 1)

Hola, Giuliana.

Tengo dos hijos y una hija más. Laura es la pequeña.

También tengo una nieta de diez meses.

¿Por?

Tu hija no va a morir.

Laura (mamá de pecho 1)

¿Y eso cómo lo sabes?

William me contó de ella.

Me habló de su fuerza, de sus ganas de vivir.

Tenía muy buen pronóstico, ¿no es cierto?

Hoy sólo sentís miedo.

Las dos.

María (esposa de laringe)

Hola, Giuliana.

Exactamente.

Todos tenemos miedo.

Pero el miedo es un sentimiento, no una certeza. No es una premonición. Tenemos que aprender a convivir con todo esto.

Me alegro mucho de que hayas aparecido justo hoy por aquí.



Laura, tu hija no va a morir, ¿me oís?

No va a morir.

Laura (mamá de pecho 1)

Te oigo, sí.

Pero la pérdida está ahí.

Es posible que no todas las personas de este grupo vivan un final feliz.

Paco (esposo de lengua)

Eso lo sabemos...

Pero vivimos de espaldas a esa idea.

Por eso, cuando consigue entrar en nuestras cabezas, nos golpea.

Yo sé de lo que me hablás, Paco.

El final de William no fue feliz.

Eso ya lo saben ustedes.

Peleó hasta el final.

Eso también lo saben, quizá no todos.

También tuvimos épocas de miedos y épocas de creer que podríamos con ese bicho cabrón.

Pero no pudo ser.

Y yo también pensaba, antes de que pasara y después de que ocurrió, que querría morirme con él.

Se da cuenta de lo que va a escribir y se detiene un instante. No es que vacile. No es que dude ni que piense que va a mentir. Es que, literalmente, se percata de lo que va a escribir y quiere sentir ese instante, disfrutar ese breve espacio en el que el dolor hace un hueco, pequeño, minúsculo, por el que se cuela un hilo, infinitesimal, de vida.

Toma aire.

Respira.

Escribe.

Pero aquí sigo.

A William le gustaba escribir. Y leer. Leía y escribía constantemente, sobre cualquier cosa. Pero luego tiraba lo escrito. Le daba vergüenza.

Decía:

—Es que escribir es cosa seria. O se hace bien o no se hace.

Y:

—Yo soy como Penélope, pero en hombre. Destejo lo que tejo, pero en mi caso porque no me gusta.

Ella:

—Pero, Will, ¿por qué no me lo dejás leer, ni siquiera a mí?

Él:

—Porque escribo pelotudeces, reflexiones mías, íntimas. Pongo ideas en claro, boludeces así.

Ella, mohín de fastidio.

Él:

—Entendeme.

Ella:

—No te entiendo, pero te respeto.

Lo que sí guardaba eran las fichas. Las hacía, las fichas, de los libros que leía y las metía en un fichero. Bueno. En un fichero no. Al principio lo fue (uno), pero hoy en el despacho hay cuatro. Son verdes, alargados, del mismo tamaño. Tres están llenos, y el cuarto quedó a la mitad. La muerte le arrebató también a él la posibilidad de la plenitud. Da igual que sea un objeto, seguro que la ausencia de William le duele como si fuera un ser vivo.

William tenía una letra endemoniada, incomprensible.

—Iba para médico y me quedé con la letra —se justificaba él.

Pero, con paciencia y práctica, Giuli había conseguido interpretar ese galimatías de letras torcidas y ensortijadas.

—Me voy a hacer perita grafóloga —bromeaba ella—. Si tu carácter tiene que ver con esta te o con esta de, estoy jodida, porque sos un psicópata retorcido.

Ahora se alegra de haber dedicado un tiempo a comprender la personalidad y la letra de su marido, porque en las noches sin sueño se entretiene repasando las fichas

escritas a lo largo de su vida, incluso cuando no la conocía.

Por ejemplo, en diciembre de 1993 leyó *Cien años de soledad*. En la ficha, a la izquierda, como en todas, el título en mayúsculas; a la izquierda, la fecha de la lectura. Luego el resumen, la larga historia de los Buendía; y a continuación, su valoración personal. «Este libro —escribió entonces— es, en mi opinión, una obra maestra de la literatura universal. De existir una lista de los cien mejores libros escritos a lo largo de las lenguas y de los tiempos, éste estaría, sin duda, entre los diez primeros.» A veces incluía anotaciones, curiosidades. En este caso, las había: «Primera edición de Sudamericana, 1967. Rescatada de la librería de mi abuelo. Una joya que esconde otra joya». También hacía poco había leído *Nada*, de Carmen Laforet, y había anotado con su letra endemoniada: «Parece mentira que una mujer tan joven fuera capaz de escribir así, de describir así esa desolación. Pienso en Marie y en Ana y me estremezco. Me parte el corazón imaginar que hubieran nacido entonces. O ahora, en otro país. Literatura con mayúsculas. Literatura que sale de las páginas del libro y aprieta el corazón. Me pregunto si habría sentido todo esto si no tuviera dos hijas. Seguramente sí». O más recientemente *El mundo*, de Juan José Millás. Le llama la atención esa ficha, cómo no, si es la última. Lo leyó en noviembre de 2007, cuando Millás ganó el Planeta, pero arriba, en rojo y en mayúsculas, pone: «Releído en diciembre de 2011», y subrayada con rotulador fluorescente, morado, seguramente de Marie, porque él no los usaba en su despacho, una frase: «Comprendí que la escritura, como el bisturí de mi padre, cicatrizaba las heridas en el instante de abrirlas, e intuí por qué era escritor».

Le enternecen esos detalles, esa meticulosidad. La entristece no haber sabido valorar antes ese esfuerzo por no perder la memoria de lo leído, por preservar el mínimo recuerdo del libro que le había gustado o el que prefería recomendar no leer.

A veces, esas noches que no duerme, repasa con la mano las tarjetas, sin sacarlas ni leerlas, y tiene la fantasía de que los bordes de las cartulinas aún conservan un resto de la piel de William. Ama esas células epiteliales impregnadas en el papel. También le da rabia no haber tomado en consideración la importancia de la piel de su marido. La piel es el mayor órgano del ser humano. El mayor, y ella la ignoró, igual que ignoró tantas cosas en el tiempo que pasaron juntos. Sí. Lo sabe. Se martiriza. Pero prefiere obsesionarse con la piel que con qué hacer con los zapatos de su marido, si donarlos o no, si quedárselos y entretenerse observando la manera en que su pisada deformaba la suela, hacia abajo, hacia dentro, o si llevarlos a la Casa de la Caridad para que alguien que los necesite siga caminando los pasos que él ya no podrá dar y así, quién sabe, lo mismo sus huellas se cruzarán por la ciudad, un día cualquiera, y se reconocerán, doloridas y abandonadas por los adoquines, ignorantes del prodigio que acaban de presenciar.

Pesa tres kilos, la piel, y mide dos metros; en lo más fino, el párpado, mide cero

con cinco milímetros, y en lo más grueso, el talón, ronda los cuatro. Antes no lo sabía; ahora ya sabe, porque lee.

Ella antes no lo compartía, ese gusto. Sí, leía, pero de vez en cuando, si las fuerzas le permitían mantener los ojos abiertos un rato, por la noche. Él no, él leía siempre antes de dormir, hubiera ido el día como hubiera ido.

—Leer te hace tan rico, Giuliana, no entiendo cómo preferís ver *Gran Hermano* en vez de tomar una novela.

—Yo leo, boludo.

—Sí, pero deberías leer más y no ver tanta telebasura.

—Ah, ya, ya salió el moralista. ¿Quién decide qué es telebasura? ¿Vos?

—No, yo no. Lo decide la sociedad en general. Hacer entretenimiento a costa de dar morbo y sensacionalismo... ¡Lo único que esperás es ver cuándo se van a meter mano por debajo del edredón!

—¿Y? Me paso el día oyendo y leyendo sesudeces en la calle, en la radio, en la tele... Antes de ir a dormir me gusta llenarme de vacuidad.

—Pero qué bien hablás para lo poco que leés...

—Mirá, esto es como cuando vas al supermercado. Podés llevarte un entrecot de vaca argentina, que es lo mejor del mundo, como bien sabés, y disfrutarlo como un loco mientras te lo comés con un buen vino, y eso no significa que otro día no tengas ganas de una pizza precocinada o un *hot dog*. Se puede ser sibarita y comodón también. Uno no tiene que ser de una pieza todo el tiempo de su vida, ¿no te parece?

—Sí, tenés razón en eso. Pero tengo ganas de verte ya comer ese entrecot.

A veces lo hacía. Es verdad. Leyó unas... ¿siete?, ¿nueve?, novelas en los últimos cuatro años. Y escribía, también: todas las semanas unas tres listas de la compra y varias cartas al año para la familia y los amigos de ultramar.

William, obviamente, no. Él se escribía por *e-mail* con todas y cada una de las amistades que había forjado a lo largo de su vida y que tenían correo electrónico. No es que fuera detallista, que sí, lo era, ni meticulado, que sí, lo era un poco también. Es que era un apasionado de la comunicación. Le encantaba contarle todo. Era como si en algún lugar tuviese guardadas todas las palabras del mundo, todas las palabras de todas las personas del mundo.

Ella le decía:

—¿Sos consciente de que en algún lugar hay alguien que en este preciso instante se ha quedado sin nada que decir porque vos has gastado tus palabras y las suyas?

Él la miraba como si no la comprendiera, que era lo que pasaba en verdad, y seguía con su cháchara: el trabajo esto, el periódico aquello, Marie por aquí, Ana por allí, nosotros blablablá, el colegio, la televisión, este libro, esa película, etcétera, etcétera, etcétera. Todo le interesaba. Nada de lo humano le era ajeno, como en el proverbio latino.

Sí. Sabe que está sublimando a su marido. Sabe que hay una parte oscura que tenía que ver con lo enrevesado de su letra, pero no le apetece recordarla. No quiere saber de las broncas; de los cambios de humor; de aquella vez que estaba embarazada de Ana sin saberlo y le sorprendió haciendo la maleta porque sentía que ya no la amaba y quería volver a su vida de antes, esa vida en la que cada día tenía cita con una mujer distinta y, si olvidaba anotarlo en la agenda, a veces incluso con dos; de su miedo a que no dejara de ser lo que había sido, un crápula y un mujeriego que cuando ya eran novios no la dejó entrar en su casa una noche que llovía y ella estaba fuera llamándole por el celular, porque dentro había otra mujer. No. Sólo quiere recordar lo bueno. Sus tres kilos de piel. Su pasión por la lectura, por hablar, por contar, por comunicarse con el resto de la humanidad.

Twitter le resultó indiferente, le parecía un invento para que la gente se pusiera a parir con la garantía de que nada le pasaría, y él era más bien de mantener el buen rollo, por eso se entusiasmó por Facebook en Florida. Hablaba sin parar de Mark Zuckerberg, pero no porque fuera multimillonario a los veintitrés años ni porque tuviera los huevos del tamaño de bolas de billar (*sic*), sino porque había revolucionado el mundo de la comunicación, la manera de relacionarse de las personas.

Decía:

—¿Por qué no te abris una cuenta?

—Porque a mí todo esto del mundo virtual me parece una pelotudez.

—Una pelotudez, una pelotudez... Con el tiempo, la gente dejará de llamarse y sólo se comunicará vía Facebook, ya vas a ver.

—Sí, claro, lo que vos digás.

—Reíte, pero el tiempo me va a dar la razón... ¿Sabés lo que es comunicarse en tiempo real con cientos de personas en el mismo momento, con el mismo gesto?

—¿Personas que luego ves por la calle o en la cola del supermercado y te vienen justo saludar, querés decir?

—No, personas que están a millas de distancia y que se cuentan cosas...

—¿Chismes?

Él la ignoraba:

—Comparten fotos, recetas de cocina, artículos de periódicos, opiniones, críticas de libros o de películas, se ayudan...

Ella insistía:

—¿Con chismes?

Él la ignoraba:

—Lo dice hasta Gabo: *Vivir para contarla*. Si contás, si explicás, si compartís lo que te pasa, la vida es mejor.

A ella le daba coraje que se comunicase más con el primo de una prima de su

vecino de piso cuando se independizó, allá por el Pleistoceno, que con ella.

Se lo decía:

—Pero yo es que no entiendo por qué carajo hablás más con desconocidos que con tu esposa.

Él le daba argumentos:

—No hablo más con ellos que con vos, pero coincidirás conmigo en que por escrito todo es más sencillo.

—...

—Es como eso que dicen siempre, que te confesás antes con el taxista que con tu...

—Exacto, ¡terminá la frase!

—No me dejás.

—La termino yo, no te preocupés: que con tu mujer. Eso es lo que me da bronca: que nosotros casi ni hablamos de nada que no sean las nenas, la casa, el trabajo. Siempre andás cansado cuando yo te propongo cualquier cosa, y en cambio te la pasás sentado frente al ordenador dale que dale, noche tras noche. ¡Que voy a tener que abrirme yo una cuenta de ésas para hablar con vos!

—No doy crédito.

—¿A qué?

—¿Estás celosa?

—¿Celosa de quién?

—No de quién: celosa de qué.

—¿De qué?

—¡Del puto Facebook!

—Vos estás mal, estás enfermo de la mente y del cuerpo, contagiado por el virus de la realidad virtual. Se acabó la conversación.

Pero sí. Lo estaba, un poco. Un poco irritada con esa manía por compartirlo todo que les quitaba tiempo de intimidad en todos los sentidos, porque su marido no se dejaba nada por contar, si había ido al baño una, dos o cero veces; si a su esposa le habían dado décimas de fiebre; si Marie había sacado un siete o un cinco en matemáticas. Y venga fotitos por aquí y por allá, en la cola del cine, en el McDonald's, en la bañera, en el baño; sonriendo; serias; alegres; enfadadas; pidiéndole que le sacara la foto; diciéndole que no le sacara la foto. Qué pesadez.

Ahora le escribe a ella, también.

Le deja canciones:

William Kesselman

28 de agosto de 2011

Esta canción es para ti, la canto para ti, Giuliana.

Whitney Houston - *I look to you*

Music video by Whitney Houston performing *I Look To You*. © 2009 RCA/JIVE Label Group, a

Le deja poemas:

William Kesselman

15 de septiembre de 2011

¿En qué hondonada esconderé mi alma
para que no vea tu ausencia
que como un sol terrible, sin ocaso,
brilla definitiva y despiadada?
Tu ausencia me rodea
como la cuerda a la garganta,
el mar al que se hunde.

Le deja recordatorios:

William Kesselman

9 de noviembre de 2011

Ojalá el cielo tuviera teléfono para poder escuchar la voz de aquellas personas que ya no están, que se van sin avisar... pero que se quedan siempre en nuestros ♥♥♥. Que son parte de nuestra historia y que extrañamos mucho... Pongo en tu muro si tienes a alguien en el cielo a quien quieras oír aunque sea un minuto...:)

Pese a que lo escribe ella misma, se siente bien cuando lo lee.

Por eso, si recuerda, ahora, esas discusiones, le da risa y también rabia.

Rabia, por lo de siempre (porque perdió tiempo armando bulla, porque desaprovechó momentos preciosos para amarle sin medida, etcétera).

Risa, porque ahora ella también está contagiada de ese virus, y en la noche abre el ordenador y escribe para sus nueve amigos.

Giuliana Di Benedetto con William Kesselman

29 de noviembre de 2011

No sé qué escribir, sólo sé que hace cuatro meses estaba junto a Will en su cama del hospital temiendo lo peor, sin saber que estaba compartiendo las últimas horas de la vida de mi amor; recuerdo que dejé una lámpara encendida como la noche anterior, porque tenía miedo de perderlo y de no darme cuenta.

Toda la semana estuve recordando sus últimos días, ¡cómo me cuesta acordarme los buenos momentos vividos! Hace un par de semanas estuvimos viendo con las nenas una filmación de cuando estuvimos en Disney World en el 2006, ¡qué lindo estabas! Y se me estremecía el alma cada vez que escuchaba tu voz, fue un buen ejercicio para que mi memoria tratase de retener los sonidos de tus palabras.

Sabés que fuiste lo mejor que me pasó en la vida, junto a nuestras dos hijas, y que te amo como el primer día y te extraño cada día más, no te preocupes por mí ni por las nenas, yo sé que estás siempre con nosotras, aunque hubiese preferido otro final para nuestra historia terrenal (no te olvides de que nuestra aventura seguirá en cuanto nos volvamos a encontrar). Hasta siempre, mi vida...

Y los ocho amigos le dan a «Me gusta» y le contestan de inmediato y como una sola voz: estamos contigo, te acompañamos, no te dejamos.

Ella lee los comentarios varias veces, para reforzar ese sentimiento que recién

está notando.

Finalmente, coloca el cursor en la ventana de su texto.

Giuliana Di Benedetto

Gracias, Gaby, Lau, Sergio, Betu, Carmen, Cari y Elena, ¡qué bien me hace sentir que no estoy sola! Gracias de corazón. Besos.

Lo escribe. Y lo siente. De verdad.

Duda mucho antes de hacerlo. No quiere resultar pesada, y teme que acabe siéndolo si insiste una vez más.

Lo saca y lo guarda, al menos un par de veces. Por fin se queda un rato con él en la mano, como sin saber qué hacer, y al cabo de poco, se dice a sí misma:

—Bah, qué más da.

Y hace el gesto con la mano, para reforzarse.

Bah.

Así que desbloquea el móvil, busca el número en la cartera, lo teclea, espera, suena un tono, dos, tres, cuatro. Se dice:

—Colgá, no seás boluda.

Pero no cuelga y una voz de mujer le dice lo que ya sabe, que el teléfono no contesta, como si fuera gilipollas, como si no se hubiera dado cuenta, y le pide que deje el mensaje al escuchar la señal.

El pitido la sorprende hablando con la mujer del contestador.

—¿Acaso pensás que no me di cuenta, reverenda pelotuda?

Se ríe.

Se justifica:

—Ay, perdoná, me peleaba con la mujer del contestador, pensarás que perdí el juicio...

Se aclara la voz.

—Estoooo... Ya te he dejado algún mensaje... Pero llamame cuando podás, ¿oíste? Cuando te venga bien, me devolvés el llamado.

Guarda silencio.

Espera tener aún tiempo.

—Un bes...

El tiempo se le ha acabado antes de lo esperado.

Cierra los ojos, e intenta no llorar.

Cuando la llaman del colegio para que vaya a hablar con la directora de la escuela, entra en *shock*. No sabe qué hacer. Siente un miedo absurdo a lo que le vayan a decir y da por hecho que le van a contar que Ana está huraña e irascible y que se ha peleado ya con cuatro niñas y tres niños y que Marie se pasa los recreos oculta en un rincón del patio, sin jugar ni hablar con nadie, que no presta atención y que varias veces se ha echado a llorar en mitad de la clase de conocimiento del medio. Ay. Se imagina la mirada de reproche de la directora cuando de su cara de póquer deduzca que no tiene ni idea de lo que le está explicando, que está tan centrada en su dolor que sus hijas disimulan en casa para no hacer más honda la herida, que son ellas, con sus cinco y diez años, las adultas de la casa, porque ella anda el día entero oliendo camisetas, abriendo y cerrando el armario o está ante el ordenador.

Trata de recordar su nombre para dejar de llamarla la directora, y trata de ponerle cara a esos ojos que la miran con desprecio, pero no consigue ni una cosa ni la otra. Siente una punzada en el estómago de dolor. Cómo no lo sabe. Cómo no ha ido a verla en estos dos meses desde que empezaron las clases, en los cuatro meses y once días desde que William se marchó. Cómo no ha ido al aula de los gatos para hablar con la profesora de Ana, que se llama Mari Ángeles, de eso sí se acuerda porque es la misma desde los tres años, para interesarse, para decirle:

—Mari Ángeles, ¿cómo ves a la niña?

Y cómo no ha ido al quinto B para decirle a María del Mar, de cuyo nombre también se acuerda:

—María del Mar, ¿cómo ves a la niña?

Es más, se pregunta cómo no fue el primer día que a William le diagnosticaron la enfermedad, cómo no las previno, «Oigan, mi esposo se va a morir, mis hijas se van a quedar sin padre, es posible que yo me vuelva ciega y sorda a cualquier cosa que no sea mi profundo sufrimiento, mi pena, mi angustia, mi necesidad de él».

Quiere contárselo a alguien, pero no encuentra a quién. Mejor dicho, le vienen a la cabeza su vecina Lourdes, su amiga Carmen, otras madres del cole que le han dicho más de una vez:

—Si alguna vez necesitas algo, no dudes en pedirlo.

O:

—Estoy aquí para lo que necesites.

O:

—No tienes que ser más fuerte que nadie, puedes dejarte caer y pedir ayuda.

Otras la abordan por la calle y le dan consejos del tipo:

—Eres muy joven, muy guapa. Verás como pronto encuentras otro hombre que te quite esta pena, porque ya sabes lo que dicen por aquí, que un clavo saca otro clavo.

Descubre que son gratis, los consejos, y por eso se dan generosamente.

—Tu pena no tendrá fin —le dice una anciana que se saca del pecho una medalla con la foto borrosa de un hombre con bigote negro, y la besa—. Éste es mi Ambrosio. Se murió hace treinta años y cada noche le lloro.

O:

—Lo que tienes que hacer es buscarte un trabajo, entretenerte, salir de casa y no estar tan pendiente de las niñas. El tiempo todo lo cura.

Y ella tiene ganas de sacarles los ojos cuando las oye, especialmente a las que usan ese verbo, «entretener», como si la causa de su dolor estuviera en el aburrimiento y no en el profundo dolor de saber que la vida se ha detenido de golpe.

Incluso su madre, que la llama todas las semanas cuando aquí es la hora de comer y allí ella está desayunando y se pasa media hora hablando de naderías con sus nietas y con su hija, y a veces, al cabo de un rato, cuando sabe que las nenas ya están en el colegio, la telefonea de nuevo.

—No me quedo tranquila.

—¿Por qué?

—Porque parece que estás bien.

—Intento estarlo.

—Pero sé que fingís.

—Pues claro que finjo... No hace ni cinco meses que mi marido se fue...

—Por eso, hijita, habla de lo que sentís...

—Pero ¿con quién hablo, mamá? ¿Con mi hija de diez años o con la de cinco? ¿Quién creés que me entenderá mejor?

—No, cariño, con ninguna de las dos... Pero ¿no has hecho amistades allí, en este tiempo?

—Claro que las he hecho. Pero no me gusta hablar de mis sentimientos.

—Pero es preciso que florezcan, que salgan afuera.

—¿Sos psicóloga, ahora?

—No, pero me he informado. Leo sobre el tema.

—También yo me informé. Hace poco leí que, si decís que estás bien cuando te preguntan, enviás ese mensaje a tu cerebro, y el mensaje va calando, y poco a poco estás mejor, y además, así te ahorrás el trago de tener que explicar a la gente por qué estás mal...

—Sí, eso tiene sentido...

—Tiene todo el sentido, por eso lo hago.

—Pero en algún momento tenés que compartir con alguien, conmigo, con una amiga, con quien querás, tenés que compartir tu dolor, no dejártelo siempre guardado dentro.

—Ya, eso es sencillo de decir.

—Mirá, amurallar el propio sentimiento es arriesgarte a que te devore desde el interior.

—Mamá... pero ¿de dónde sacaste esa frase?

—Pues la dijo Frida Kahlo.

—¿Y de dónde la sacaste vos?

—Pues la leí, ya te lo estoy diciendo.

—Pero ¿desde cuándo lees vos?

—Pues leo, hija, yo qué sé desde cuándo, tu hermano me regaló un cacharro de esos que podés hacer las letras grandes y no hacen falta lentes, y como tu padre no está nunca en casa, pues yo leo y leo.

—Qué pesados todos con la lectura.

—Es que leer está bien, ojalá hubiera leído antes, pero con tanto niño y tanto nieto y tanto cansancio... Pero no me cambiés de tema. Me preocupa que te estés encerrando en ese «todo está bien», porque yo te conozco y sé que todo está mal.

—Pero yo estoy sola aquí, a miles de kilómetros de vos, y soy la responsable de que mis hijas sigan adelante con el menor daño posible.

—Pues volvé a casa, volvé con nosotros, te fuiste allá por Will, y ahora que Will no está, deberías regresar con los tuyos para que te cuidemos.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque mis hijas han crecido acá, tienen acá sus cosas, sus amigos, no puedo dejarlas sin padre y sin el resto de sus raíces, tengo que intentarlo...

—Pues intentalo, pero no te quedés perdida por el camino.

No es su madre la única que se lo dice, que se vuelva. Por la calle, cuando va al colegio, cuando regresa a la casa, en el parque. Todo el mundo tiene algo que decir: vete, quédate, llora, no llores, sonríe, no sonrías, sé fuerte, permítete ser débil, sé madre, sé mujer. Y todas esas personas, que le han dicho lo que le han dicho sinceramente, que cada dos por tres se pasan por la casa o la abordan a la entrada o la salida de la escuela, o la llaman por teléfono o le envían un Whatsapp, todas esas personas, sí, tienen en su imaginación la misma mirada turbada que tiene la directora, esa mirada severa, de reprobación.

La directora. Cómo demonios se llamará. Y de qué color tendrá el pelo. Y cómo sonará su voz cuando la reprenda por ser tan mala madre.

Está tentada de no ir, de fingir una enfermedad grave o una indisposición leve, mejor, no vaya a llamar a la mala suerte. Pero finalmente acude, como si fuera un cordero que va al matadero, triste, afligida, por primera vez en cuatro meses, diecisiete días y (mira el reloj) ocho horas (más o menos) desde que William se fue, con una pena que no tiene sólo que ver con el hecho de que William las dejara.

Se llama Amalia, la directora. Amalia Alba. Frente a la puerta de su despacho lo recuerda, todo. Le viene de golpe el nombre; el rubio del pelo de melena corta; las gafas redondas, de metal; los pantalones que siempre lleva, que no son siempre los mismos, pero que siempre son pantalones; la sonrisa amable; el apretón leve, casi imperceptible, casi ni un apretón, del día del tanatorio.

—Si necesitas algo, Giuliana, lo que necesites...

—...

—Con las niñas, o tú misma...

—...

—Todos estamos para ayudarte, no lo olvides. Para ayudaros.

—...

Quizá no dijo eso, exactamente, aunque podría apostar su vida a que nadie dijo nada diferente, nada del tipo:

—Giuliana, si necesitas algo, vete a pedírselo a otra, más que nada porque yo tampoco sabría qué hacer si estuviera en tu pellejo.

O:

—Menos mal que te tocó a ti, porque, si me pasa a mí, me muero.

O:

—Disculpa que me quede sólo unos minutos, pero es que estoy deseando volver a mi casa y abrazar a mis hijos y a mi marido, yo, que puedo; no como tú, hija, que menudo panorama se te queda ahora.

Y sin embargo, estaba segura de que era lo que la mayoría pensaba. Lo que ella misma habría pensado en situaciones parecidas, como si la pérdida se transmitiese por proximidad. Eso fue lo que pensó, por ejemplo, cuando unos años atrás, en Florida, murió un niño que se llamaba Mark Sloan, cuando aún no había cumplido los dos años, de un tumor cerebral. Mark era el hijo de una vecina, la señora Sloan, que los recibió con un pastel de carne cuando se mudaron y que siempre los saludaba con amabilidad cuando se cruzaban por la calle. Ella le llevó una bandeja de pollo empanado después del funeral y lo primero que le dijo mientras se la entregaba no fue ni lo siento tanto ni cuánto lo lamento ni cómo estás o cómo te sientes. Lo que le dijo fue:

—Así se la podrán comer cuando tengan ganas, no importa que esté fría.

La señora Sloan entendió que en esa frase cabían todas las demás. Las que no era capaz de decir sin echarse a llorar de puro terror por si la realidad de su vecina

podiera contagiarse y ser ella misma la que tuviera que vivir en un mundo sin Marie, y cabeceó con la misma amabilidad que si se viesen en la puerta del supermercado mientras metía la carne en el frigorífico. Le ofreció té helado y hablaron del tiempo, del calor que ya había llegado y pronto sería insoportable, intercambiaron recetas de cocina, y de vez en cuando la conversación se hacía muy lenta porque una (la señora Sloan) se quedaba callada y la otra (Giuliana) se quedaba con la mirada fija en cualquiera de las fotografías del pequeño Mark que estaban en todo el salón. Mark recién nacido. Mark en un columpio. Mark en brazos de sus padres, de sus abuelos, de sus tíos. Mark mirando la vela de su primer cumpleaños. Mark dormido. Mark en la piscina de plástico. Le dolió el pecho con un dolor físico fruto de ese inmenso sentimiento de angustia y también de alivio, porque el niño no era suyo, porque la suya dormía la siesta de la mañana en casa de la tía lejana del tío lejano de su marido, plácida, feliz, sana. Viva. Le entró una prisa terrible por irse. Una necesidad terrible de irse. De despertarla, de oler su piel, de oír su risa, de quitarle la ropa y ponerle otra, como si estuviese vistiendo a su muñeca, de decírselo, de llamarla mi muñeca, mi tesoro, mi vida, de lanzarla al aire y querer detener el tiempo en ese instante lleno de vida y de felicidad. Buscó un pretexto para irse que no tuviera que ver con Marie para no importunar a la señora Sloan, que no tenía ya niño alguno al que cuidar, y se marchó a los ¿cuatro?, ¿siete?, minutos de haber llegado y de haber llenado la casa de promesas vacías: llámame para lo que necesites; en mí tienes a una amiga, no sólo a una vecina; no te preocupes ni por la hora ni por el momento; ven cuando quieras.

No fue, la señora Sloan. Se mudó a las pocas semanas. Vendió la casa, los muebles, la ropa, y de ella no llegaron más que rumores: se había separado, se había lanzado a vivir la vida loca en Nueva York, se había tirado por el balcón, se había cortado las venas, se había vuelto a casar, tenía otro hijo. En fin.

Ahora que la recuerda se siente como ella y se pregunta qué dirán en su ausencia las que se dicen sus amigas. Está loca. Anda por la casa con un pijama de su esposo, casi siempre sin peinar y con la mirada perdida. Sonríe. No. No pueden decir eso. Las que van a su casa saben que no es cierto. Las que no van no conocen el pijama ni saben que a veces se pasea con él puesto mientras le parece oír la voz de su marido, no en su cabeza, porque eso sería si estuviera perdiendo la razón, sino en la casa.

Le oye comentar las noticias del diario; que si la Kirchner va a nacionalizar Repsol; que si la crisis aumenta el mercado negro de medicamentos; que si un demente ha matado a siete personas en una universidad de California; que hay que ver, Pitu, en qué mundo te he dejado sola; que si, Giuli, trató de educar bien a las nenas; que si, amor, no estés tan triste que yo estoy bien; que si, flaca, intentá comer sano, que la alimentación previene el cáncer. Cosas así.

Sentada frente a la puerta de Amalia Alba —ya no sólo «la directora», ahora que su memoria le ha devuelto el nombre—, se enoja un poco con él. Le reprocha que

sólo le diga boludeces y no cosas de provecho, como, por ejemplo:

—No te olvidés de que las nenas son sólo niñas.

Y también:

—Estate pendiente de ellas, no las dejés solas por pensar en mí.

Y, por supuesto:

—No les pongás los dibujos y te encerrés en el baño a llorar, porque ellas se dan cuenta de que tardás demasiado en hacer pis o en desmaquillar tu cara no maquillada, porque además luego salís con los ojos vidriosos y es obvio que has llorado.

La puerta se abre y de ella sale Amalia Alba con su gran sonrisa.

—Pasa, Giuliana. ¿Cómo estás?

Le ofrece una silla.

—¿Cómo estás?

Ella hace un gesto con la cabeza.

—Aprendiendo a vivir en mi nueva situación.

—Normal... Lo que estás viviendo es muy duro.

Quiere decirle:

—¿Sos viuda, acaso? ¿Has perdido a un ser querido que era vital para tu supervivencia? ¿Tenés que sacar adelante a dos niñas en un país que no es el tuyo y en el que no tenés a nadie?

Pero le dice:

—Sí, es muy duro.

Amalia frunce ligeramente los labios y la mira con franqueza.

—¿No te dan ganas de contestarme, de contestar cuando cualquiera te dice lo que yo te acabo de decir, que qué sabremos nosotros, si no hemos perdido a nuestra pareja, si no vivimos en un país que no es el nuestro, si no estamos atravesando tu situación?

Giuliana no da crédito a lo que oye.

—¡Puedes entrar dentro de mi cabeza! ¿Sabe esto el resto de la gente?

Las dos se ríen, y Giuliana siente el irremediable deseo de decir algo. Lo dice.

—Gracias, Amalia. Necesitaba reír y no sentirme un bicho raro.

—Vivimos creyendo que hay que decir lo políticamente correcto, ¿no te parece?

—Sí...

—Yo misma he dudado mucho si llamarte o no. Si decirte que vinieras aquí, o si proponerte vernos en el bar de la esquina o en tu casa. No somos amigas ni tampoco tengo nada especial que decirte de tus hijas.

Giuliana suspira, aliviada.

—Pensé que ibas a decirme que estaban rotas de dolor y yo no me había dado ni cuenta...

—Tú sabes perfectamente cómo están, las ves a diario. Sienten dolor, pero, si

estuvieran rotas, o rompiéndose, serías la primera en saberlo.

—¿Por mal que estuviera yo? ¿Por mucho que estuviera centrada en mi propia pena? Me angustia pensar que eso pueda pasar...

—Eso puede pasar, igual que puede pasar que alguien piense que no vale la pena seguir viviendo en este mundo y prepare para la cena una tortilla con barbitúricos...

—Joder.

—Sí, joder. Esas cosas pasan y luego salen en el periódico.

—Ya.

—Pero no es tu caso.

—¿No?

—No.

—¿Seguro?

—Tú eres una superviviente.

—¿Cómo lo sabes? Apenas me conoces.

—Eso es verdad. Nos hemos visto pocas veces.

Revisa un folio que está dentro de una carpeta marrón.

—La primera, cuando viniste para matricular a Marie, que entraba en segundo de infantil. Y al año siguiente, cuando terminó el ciclo y empezaba primaria.

Giuliana recuerda con nostalgia esos momentos, aunque no es capaz de recordar esas dos visitas de las que le habla.

—Vinisteis William y tú. Estabais preocupados por si la niña no se adaptaba al nuevo sistema, a los niños, al país, a la comida...

—...

—Pero los niños se adaptan a todo mucho mejor de lo que pensamos y, desde luego, bastante mejor que nosotros, los adultos.

—...

—Y cuando vinisteis a acompañar a Ana en su primer día...

—...

—...

—Vinimos los dos porque William estaba de baja. Tenía molestias, vomitaba... Le acababan de hacer una biopsia y aún ni habíamos pensado en el cáncer...

—...

—A los dos o tres días de que Ana empezara el curso, nos llamaron del hospital para que fuésemos a recoger los resultados. William se quedó lívido. Esto me da mala espina, que me hayan llamado por teléfono, que me hayan citado para ahora mismo... Y yo le decía: «Che, no seas rompelotas, cómo va a ser algo malo...».

—...

—Lo creía de veras, ¿sabés? Que a nosotros no nos podía pasar. No que no nos fueran a pasar cosas, cosas malas... Pensaba que si William me dejaba sería para irse

con una rubia veinte años menor... Jamás imaginé algo así, algo tan rotundo, tan definitivo.

—¿Eres creyente?

—No...

—No te lo pregunto por inmiscuirme en tu vida ni por cotillear... Es por hacer un paralelismo. Verás: los creyentes aceptan la vida como viene, con el convencimiento de que todo lo que ocurre obedece a los criterios de Dios, a un plan divino que tiene un sentido, aunque en determinados momentos no acaben de comprender el plan. Con los niños ocurre algo similar. A veces dan por hecho que el plan es nuestro, de sus padres, de los adultos, que somos como sus dioses. A veces comprenden que lo que ellos digan, o quieran, no cambiará las cosas. Y otras veces... ni se lo plantean, porque su mundo se reduce a un gran patio de juegos, donde lo importante es seguir jugando mientras no les falte el afecto de sus seres queridos.

—Bendito egoísmo...

—Muchas veces los padres, por ejemplo, retrasan el momento de la separación porque piensan que sus hijos no lo soportarán, y cuando por fin se deciden a dar el paso, comprueban que los niños lo aceptan con toda la naturalidad del mundo, y entonces lamentan no haber puesto solución a sus problemas antes.

—Pero hay excepciones, ¿no te parece?

—Obviamente, hay excepciones. Claro. Pero en esos casos influye muchísimo cómo viven el proceso los adultos. Los niños, Giuliana, funcionan mucho por imitación.

Se pregunta qué ejemplo estará dándole ella a sus hijas, y Amalia Alba parece leerle, de nuevo, el pensamiento.

—Tus hijas están bien, Giuliana.

—¿Sos profesora o nigromante?

Se ríen.

—Nigromante... Me encanta la palabra. Pero no, sólo soy psicóloga, y también soy madre.

—Cuando eres madre las cosas te duelen de otra manera, ¿no es cierto?

—Sobre todo las que tienen que ver con los niños. Yo tengo una amiga que no tiene hijos, y siempre me dice: «¿Crees que a mí no me da pena ver noticias de niños que mueren o que les ocurren desgracias?». Y yo le contesto que sí, que por supuesto que le duele, pero...

—La diferencia es que, cuando tienes hijos, no es que te duela: es que no lo puedes soportar.

—¡Tú también eres un poco bruja! Yo iba a decir algo parecido.

Se ríen de nuevo.

—Lo que trato de decirte, Giuliana, es que tus hijas son fuertes, como tú y como

William. Y van a salir adelante.

Giuliana siente ganas de llorar, de alivio, pero se contiene.

—A veces no sé cómo abordar este tema con ellas... Y tengo la sensación de que ellas lo viven con más naturalidad que yo. Para Ana, su padre está en todas partes, sigue vivo, con nosotras. Marie está bien la mayor parte del tiempo, pero a veces... se enfada, se pone a llorar por naderías. No es que de pronto se acuerde de su padre y lo mencione y llore: es que la riñes, no sé, porque tarda demasiado en comer, y se disgusta, llora, se encierra en su cuarto...

—Ana es aún muy pequeña. Para ella la muerte es un concepto distinto al tuyo y al de Marie. Ana está acostumbrada a que los personajes de los dibujos animados, por ejemplo, mueran en un capítulo y revivan en el siguiente, o los personajes de los cuentos, que mueren y despiertan con un beso...

—Sí, un mundo irreal.

—Un mundo a su medida. Hasta los cuatro o cinco años, no son conscientes de que la muerte es definitiva e irreparable. Ana está ahora en ese proceso. Entre pensar que William va a volver y asumir que no lo hará.

—...

—He hablado con ella alguna vez, en el patio, sentadas en ese banco. —Se ve desde su ventana, y se lo señala—. Ella sabe que su padre está en la urna, en su rincón, con sus cosas, y lo siente cerca todo el tiempo. Está..., está en paz, Giuliana. Tu hija pequeña lo vive así, con paz.

Giuliana se lleva las manos al pecho.

—No sabes cuánto te agradezco lo que me dices...

—¿Has notado tú algo extraño?

—¿Como qué?

—¿Duerme y come bien? ¿Te dice si se pelea en clase con alguien, o riñe más con su hermana?

—No, todo dentro de lo normal.

—Los niños, cuando pierden a uno de sus padres, pueden pasar por cosas así... Podría sentirse culpable, o enfadada con él, vivirlo como un abandono en lugar de como un fallecimiento, como si hubiera ocurrido por voluntad de William, como si fuera un castigo por algo que ella ha hecho o ha pensado...

—¿Crees que ocurrirá?

—No creo que ocurra. Pero te prevengo, por si acaso, para que estés atenta a cualquier cambio. Para que no te asustes y para que acudas a mí o a cualquier otro profesional, si necesitas ayuda.

—Lo haré.

—Ya hace..., ¿cuánto?, ¿tres meses? —Giuliana asiente—. Aquí hemos visto muchas cosas, muchos casos, pero lo habitual es que la vida fluya, que las heridas se

cierren y queden las cicatrices.

—¿Y se puede vivir con esas cicatrices?

—Por supuesto que se puede.

—¿Y Marie?

—Marie sólo tiene diez años, pero vive esta etapa de duelo como puedes vivirla tú, con la misma idea de la muerte como algo definitivo, como algo que no tiene retorno.

—Joder. Mi pobre Marie...

—Lo único positivo es que para ella, para todos los jóvenes, el tiempo transcurre de forma diferente. Para ti pasa lento, como si estuviera detenido, pero para ella todo es rápido, veloz. Eso la beneficia.

—Ay, Marie...

—El caso de Marie es complicado, porque ya no es una niña pequeña, pero tampoco es una adolescente. Se encuentra en tierra de nadie.

—Pero yo la veo bien, triste, a veces, más irascible, cada tanto... Pero no he notado un gran cambio en ella, es la misma niña bonachona de antes.

—¿Cómo eran antes?

—Como ahora... Marie siempre de buen humor, siempre haciendo broma de todo. Es como su padre: abre los ojos y ya está con la sonrisa puesta. Ana es más como yo, más torcida.

—¿Y siguen así?

—Sí. Marie, si me apuras, un poco más seria, más preocupada, sobre todo por mí. A cada rato me pregunta: «¿Estás bien, mami?», «¿Te sientes bien hoy, mami?», «¿Pasaste buena noche?».

—¿Era ya responsable, antes?

—Todo lo responsable que puede ser una niña, sí. Pero, mira, si Ana hubiera sido la mayor... A Ana no le gustan los niños, por ejemplo. A Marie le encantan y le encantaba cuidar de su hermana. «Mami, el pañal»; «Mami, no te quedes sin leche»; «Mami, huele a caca»; «Mami, Ana está llorando».

—Entonces, tampoco es que haya cambiado de rol, no ha asumido un papel de adulto que no le corresponde, que sería lo preocupante.

Guardan silencio, un instante.

—¿Y qué es lo preocupante? ¿Cuándo tendría que empezar a preocuparme?

—No tienes que preocuparte, Giuliana. Tienes que capear los temporales conforme vayan llegando, si es que llegan.

—¿Sabés algo de náutica?

Amalia Alba niega con la cabeza.

—A Will le encantaba navegar. Tenía el título de timonel. Se lo sacó allá, en Argentina, aunque nunca tuvo ningún barquito ni nada, pero siempre estaba

bromeando con la primitiva y la vuelta al mundo... Y ya ves...

—Pero una vez os tocó, ¿no? La primitiva, digo.

—Sí, nos sacamos una de esas de cinco y el complemento.

—El complementario.

—Qué más da, el complemento, el complementario...

—¿Fue mucho dinero?

—Mucho, sí, casi ciento treinta mil euros.

—Madre mía.

—Sí, pero ¿sabés? Tanto fantasear con darnos caprichos y luego lo que hicimos fue invertirla, la plata. Nos compramos dos departamentos. Ahora vivimos, las nenas y yo, sobre todo gracias a eso.

—Pues mira, no hay mal que por bien no venga: te quedaste sin capricho pero ahora hay un problema menos del que preocuparse...

—Sí, sí... Eso es totalmente cierto... Pero me da bronca pensar que te pasás la vida tramando sueños y luego posponiéndolos, ya habrá tiempo para todo, para el viaje, para el velero, para la vuelta al mundo... Y luego la vida se acaba de repente...

—...

—Pero te hablaba del dicho, de capear el temporal, ¿no? La gente usa esa expresión como si capearlo fuera sortearlo, esquivar la tormenta.

—¿Y no?

—No. Capear el temporal significa meterte dentro desde la proa, en lo más profundo de la tempestad, plantarle cara, decirle: «Eh, hija de la gran puta...», perdón..., decirle: «Eh, tormenta del demonio, aquí estoy yo con mi barquito que me gané en la lotería, y no te tengo miedo»...

—...

—...

—Pues hazlo entonces, Giuliana. William ha muerto. Capea el temporal y plántale cara. Estás al frente de este barco. Ahora vosotras tenéis que aprender a vivir sin él. Porque vosotras seguís adelante, sobrevivís.

—...

—Tienes dos hijas maravillosas que han sufrido uno de los mayores traumas que puede soportar un niño, pero te tienen a ti y eso las mantiene a flote.

—...

—Te llamé y no sabía bien lo que iba a encontrarme... Te veo tan triste, a veces, cuando vienes a recogerlas...

—Es que estoy tan triste, a veces, Amalia, cuando vengo a recogerlas...

—Pero te observo también cuando te las llevas, y eres otra persona con ellas al lado. Sonríes.

Sonríe, al oírla.

—Es que, con mis hijas al lado, siento que puedo hacerlo.

—Es que puedes hacerlo, Giuliana.

—Sí.

—Sí.

—Pero deja que sigan siendo niñas. Aunque te cueste, deja un espacio para la alegría, para los juegos, para los planes... Demuéstrales con acciones que la vida sigue, que seguís juntas, que lo pasaréis todo juntas.

—¿Y cómo lo hago?

—¿Por qué no planeas un viaje?

—¿Adónde?

—Dónde queráis. A Italia. A Argentina...

—William quería que fuésemos a Roma los cuatro...

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Él me lo dijo.

—¿Cuándo?

—Vino a verme, varias veces.

—¿Qué?

—Que vino a verme.

—Te oí la primera vez. No estoy sorda. Es un «¿qué?» de incredulidad.

Se ríen.

—Vino a verme cuando le diagnosticaron la enfermedad. Le preocupaba cómo afrontarla, traspasaros sus miedos, que sus hijas recordaran sus últimos días juntos con angustia, que los recordaras así tú.

—Pero...

—William, ya lo sabes, os quería a las tres más que a nada en este mundo.

—Lo sé... Eso lo sé...

—Me pidió por favor que, si pasados más de tres meses no habías venido, te llamase yo para ver cómo estabas.

—¿Por eso...?

—Por eso.

—Y yo que creí que era para llamarme mala madre...

Se ríen de nuevo.

—William era un gran hombre.

Se le forma un nudo en la garganta y apenas si puede decir que lo sabe.

—Una de las últimas veces que vino a visitarme, me pidió si podía escribir una cosa para ti.

—¿Tú?

—No, claro. Él.

—¿Y?

Amalia, que de repente ya no es la profesora que ha hecho carrera y ha llegado a dirigir un colegio público, ni tampoco una madre que ha criado hijos sanos, es sólo una mujer rubia con gafas de metal redondas que tendrá un marido esperándola en casa y que seguramente sentirá unas ganas inmensas de regresar con él y metérsele dentro, dentro de sus brazos, guarecerse en ellos de una tormenta que no les afecta, que no precisa que la capeen ni que la sorteen, abre un cajón y saca un sobre blanco, pequeño, doblado.

Se lo tiende y ella reconoce esa letra endemoniada.

Tiene los dedos temblorosos. Está a punto de llorar de la emoción. Se imagina a William escribiendo durante horas uno de esos textos que luego rompía y no le dejaba leer y piensa que por fin, por fin, va a compartir con ella ese momento íntimo; rasga el sobre con el mismo cuidado que si estuviese diseccionando un corazón que luego debe volver a latir; dentro sólo hay un pósit naranja, igual que el que Amalia tiene sobre la mesa del escritorio.

Se le emborrona la vista. Cierra los ojos. Qué le dirá. Cuál será su despedida. Respira hondo. Los abre de nuevo.

Lee.

Giuliana, querida. Te amo y lo sabés. Pero ahora no quiero detenerme en boludeces, en cosas que ya sabés de sobra. No voy a repetirte que conocerte es lo mejor que me pasó en la vida. Lo que quiero pedirte, exigirte, es: seguí hacia delante. Hacia delante, siempre. Sé que lo vas a hacer. Te conozco. Y, si no podés, buscate una doctora. Andá a otras si la que elegís primero no te gusta. Pero seguí caminando, sin detenerte nunca.

Will

Cierra los ojos, otra vez, y en la oscuridad descubre un sentimiento nuevo.

Ira

Hay dos formas de ver la vida: una es no creer en los milagros y la otra es creer que todo es un milagro. No lo dice ella. Lo dijo Albert Einstein, y durante mucho tiempo sintió que era así. A ver. Lo sintió sin saber que Einstein lo había dicho, pero lo sentía. A veces miraba a su lado a William en la cama, dormir a pierna suelta, roncando como un ceporro, y sentía fastidio y pereza y se preguntaba por qué había tomado esa elección y no cualquier otra cuando estuvo ante dos caminos, uno y otro, y no escogió el que la habría llevado a ser una profesora de sociología en una universidad americana, sino el que la había conducido a dormir al lado de ese hombre que era tumbarse en la cama y ponerse a respirar con la fuerza de un *bigfoot*, que la había arrastrado de país en país por su interés y no por el de ella, que la había convencido de tener una hija pronto en lugar de disfrutar un poco de la vida para que no fueran dos viejos cambiando pañales y había pasado los años siguientes martilleándola con la idea de que no era bueno para Marie criarse sola y de lo maravilloso que sería tener otra bebita más, igualita, chiquita, tan linda, y se enfadaba tanto que le daban ganas de zarandear a su marido y de reprocharle todo, desde que roncara hasta que ella no tuviera la vida que había soñado y la que él mismo le había prometido, tiempo atrás, la felicidad total, el futuro lleno de luces y música.

Pero otras veces ese mismo hombre se despertaba sigiloso cuando su hija pequeña se removía en su cuna y, medio dormido, le preparaba el biberón y le daba besos pequeños, cortos, leves, suaves, rápidos, tiernos, en los dedos de los pies, y mientras Ana sonreía, se lo daba, el biberón, y le decía:

—Shhh, duerme mi bebé, no despiertes a mamá.

Y entonces, cuando eso ocurría, se olvidaba de los ronquidos y de las broncas tontas y sentía lo de Einstein. Sentía que todo lo que tenía, la casa nueva, la aventura de la vida, no era más que un milagro, un puro milagro, y se irritaba tanto consigo misma por no ser capaz de evitar aquellos tontos enfados que le daban ganas de levantarse de la cama y de dejar de fingir que dormía para escabullirse del biberón de la madrugada y de apartar a Ana de los brazos de su padre y de meterse ella allí adentro y decirle:

—Joder, Will, gracias por todo esto, por todo, por hacerme tan feliz y por aguantar todas mis boludeces y por estar conmigo...

Y decirle:

—Si ahora mismo me pusieran rayos X en el pecho, en la radiografía saldrían mis pulmones, mis costillas, mi corazón y esta inmensa felicidad que lo llena todo y no me deja ni respirar.

Pero, como le parecía una cursilada, no decía nada. Lo pensaba nada más. Y se quedaba dormida con este pensamiento en la cabeza, con el del martirio de tener esa personalidad podrida que le hacía vivir en la queja perpetua y no ser consciente, todo el tiempo, del prodigioso milagro que se estaba produciendo en su vida.

Los milagros existen porque la vida es milagro, ahora lo sabe, desde ayer o desde anteayer. Es lo que tiene el insomnio, que multiplica las horas hábiles y da tiempo a hacerlo todo. De día está cansada, pero nada que no se arregle con un vial de ginseng y un par de siestas cortas mientras Marie y Ana están en el colegio.

A cambio, tiene la casa como una patena. Ni una mota de polvo, ni una mancha de grasa en la encimera ni un resto de comida en el sofá. La ropa de las nenas está impecable, planchadas las arrugas, zurcidos los efectos de los enganchones en el patio del colegio. Se ha puesto al día con la lectura y con el italiano, que lo tenía abandonado, y todas las noches ve en ONO una película en inglés para refrescar ese acento que andaba oxidado después de casi cinco años sin hablar con nadie que no fuera William y de cinco meses sin usar ese idioma ni siquiera con William, porque cuando habla con él lo hace siempre en español. Y cuando ya no queda casa por limpiar ni ropa por planchar ni rotos por coser ni libros por leer ni pelis por ver, se mete en internet. El periódico, lo primero. Los españoles y los argentinos. *El País*, *El Mundo*, *ABC*, *Página 12*, *Miradas al Sur*, *La Nación*, *Clarín*. Quiere saber qué pasa aquí y allí.

Llega la Navidad. Hace caso a su madre, a su vecina, a la directora del colegio, y en las vacaciones se van a Zaragoza. La versión oficial es que todos los que le aconsejan que se airee, que viaje, que haga cosas divertidas con sus hijas tienen la razón y para que el mundo lo vea crea un álbum con dieciséis fotografías de ella y Ana, de Ana y Marie, de Marie y ella, de las tres juntas, etcétera, en la puerta de la basílica, en el tren jugando a las cartas, comiendo alfajores y facturas en una confitería, fingiendo que empujan la bola del mundo de la plaza del Pilar, y en cada una hay un comentario jocosos y una sonrisa en las caras y siempre una mención a Will: «Parece que no está, pero vino con nosotras en nuestras mochilas».

Pero por qué a Zaragoza, le preguntan. Porque nos venía bien y el viaje en tren era cómodo y barato, contesta. Si insisten, ella insiste: por qué no a Zaragoza, si es una ciudad preciosa. Lo es, es la verdad. Pero a Zaragoza va, y no va a Tarragona, a Port Aventura, ni a Madrid, a la Warner, ni siquiera a Teruel, a Dinópolis, porque William no se dejó en un hotel de Tarragona ni de Madrid ni de Teruel, una vez que fue a peritar un accidente, una chaqueta de lana fría que todavía conserva su olor, con

esfuerzo y con imaginación, y que ella frota contra su nariz cuando las niñas se duermen, agotadas y contentas. No es que vaya a hacer por el país una ruta en busca de los objetos perdidos de Will, aunque le consta que hay un reloj en Torrelavega, unas gafas de sol en Alhaurín de la Torre y una corbata en Motilla del Palancar esperando a que vaya a por ellos para llevarlos de vuelta a casa, para concluir ese viaje que empezaron con el hombre que ya no está.

Cuelga viñetas (una pareja de abuelos en la cama, abrazados por la espalda, que parafrasean a Milan Kundera y se dicen el uno al otro que el amor no se manifiesta en el deseo de acostarse con alguien, sino en las ganas de dormir con alguien); dibujos (un sol brillante bajo el que escribe: «Aquí hace días que está nublado, por eso pongo este sol para que nos ilumine»); citas que traduce del inglés («Para ser honesto contigo, no tengo las palabras para hacerte sentir mejor, pero tengo los brazos para abrazarte, los oídos para escuchar aquello de lo que quieras hablar, y tengo un corazón, un corazón que está afligido por no verte sonreír de nuevo». Gracias a todos los que en los momentos difíciles me dijeron “No sé qué decirte” y me dieron un abrazo, me escucharon y me ofrecieron su ayuda incondicional, ¡¡¡GRACIAS!!!».); noticias curiosas (una mujer le corta el pene a su marido al encontrarlo en la cama con otro hombre); noticias sobre su vida cotidiana («21.15 horas, a Ana se le acaba de caer un premolar... La madre —quien escribe—, al querer lavar el diente, logra que éste se caiga a la pila/pileta del baño, cosa que mi hija me había advertido dos segundos antes; debido a su llanto desmesurado, no me queda más remedio que ir a la caja de herramientas y comenzar a hurgar en un mundo totalmente desconocido... Después de casi cuarenta minutos intentando reparar lo que había desarmado, descubro que —como dice el refrán— más vale maña que fuerza, todo en su lugar, espero que mañana no esté todo inundado... De última, llamaré a un fontanero —para eso está MasterCard—. Ahhhhh: la sonrisa y la alegría de mi hija al recuperar el diente no tienen precio —y la recompensa del Ratón Pérez tampoco—. Suerte que tenía preparada la cena. *Buonanotte*»); noticias sobre su propia vida («Como algunos de ustedes sabrán, estuve yendo a la autoescuela para sacar el carné de conducir, ya que el de Argentina estaba caducado y el de USA no lo pude convalidar por no existir convenio, después de cinco semanas de clases y haber aprobado el examen teórico a la primera con cero errores, y después de ocho prácticas y de haber suspendido una vez, y después de pagar ochocientos pavos, ¡¡¡ACABO DE APROBAR EL SEGUNDO EXAMEN PRÁCTICO!!! YA TENGO EL P... CARNÉ!!! Gracias a todos los que han colaborado en estos dos meses y medio, cuidándome a las nenas cada vez que tenía práctica o las dos veces que fui a examen, de verdad. ¡GRACIAS! TE LO DEBÍA, TATI, por tanta insistencia y por tanto empuje que me dabas. Más vale tarde que nunca, ¿no? Desde donde estés ESTE LOGRO VA POR VOS Y POR LAS CHIQUIS. *I LOVE YOU*».), y en todos los casos encuentra gente que se alegra

por ella, que la anima, que le hace saber que la quiere, que la hace sentir mejor. Ahora ya tiene ciento nueve amigos; ha confirmado que le gustan catorce páginas, de las que recibe información puntual que la entretiene mucho, y pertenece a siete grupos abiertos y a cuatro grupos cerrados. De todos ellos, sólo participa activamente en uno, «Madres argentinas en el exterior». Lo forman casi mil mujeres repartidas por Europa, aunque sólo un centenar lo mantienen vivo y en movimiento. Colabora en colectas para que una de ellas pueda viajar a Argentina a enterrar a su padre o para que otra que ha tenido gemelos pueda comprarse un carro nuevo y no tenga que recurrir a uno de esos de segunda mano; escribe una carta por correo postal a una señora de Vigo que está más sola que la una y que se queja de que en el buzón sólo tiene publicidad; a cualquier hora del día o de la noche, se recomiendan libros, películas, series de televisión, intercambian chistes, chismes, recetas de cocina, remedios para sacar manchas de la ropa, fotografías, poemas, consejos sobre qué hacer con un marido que coquetea con una vecina, con un jefe que te ningunea, con un hijo adolescente que te tiraniza. Sólo hay dos cosas que no hace en ese grupo: hablar de sus sentimientos y viajar dos días a Roma para un encuentro en el que poner cara a las caras y voz a las voces, porque ella no siente esa necesidad de tener proximidad física con nadie. Es más, ella cree que, si alguien la toca, la abraza o la besa, si alguien que no sean Ana y Marie le pone la mano encima con afecto, la ausencia de los abrazos de William se volverá insoportable y no tendrá más remedio que dejarse morir, víctima de esa tristeza infinita que sólo en el mundo virtual está empezando a desaparecer durante algunos instantes.

Hacia las tres de la mañana se cansa, un poco, y se duerme un rato. Cuando se despierta, sobre las seis, se angustia pensando que no ha soñado con William ni una sola vez desde que se fue, y con ese pensamiento enciende de nuevo el ordenador, que reposa sobre la mesilla, y busca. ¿Qué es lo que busca? Ah. Cualquier cosa. Es errática. Puede abrir el PDF de *El principito* y hartarse de llorar cuando lee:

—No has hecho bien en desobedecerme. Sufrirás. Parecerá que muero y no será verdad.

Yo permanecía en silencio.

—Comprende que es demasiado lejos. No puedo llevar mi cuerpo pesado hasta allí.

Yo seguía sin hablar.

—Pero será como una vieja corteza. No son tristes las viejas cortezas, ¿verdad?

Yo seguía sin hablar.

Hacía un esfuerzo por no descorazonarse.

—¿Sabes? Será divertido. También yo miraré las estrellas. Todas ellas serán pozos con una roldana enmohecida y todas ellas me darán de beber.

Yo continuaba en silencio.

—¡Hasta será divertido! Tendrás quinientos millones de cascabeles y otros tantos de fuentes.

Pero también calló, porque también estaba llorando.

Comprende al piloto. Entiende su dolor. Sabe que el duelo no es una enfermedad, pero sabe también que significa lo mismo que herirse o quemarse gravemente. Sabe que, en cualquier momento, en cualquier parte del mundo, en cualquier cultura,

personas que nunca se han conocido ni se conocerán reaccionarán de la misma manera ante una pérdida: negándola, sucumbiendo al mismo denodado esfuerzo por recuperar el objeto perdido, tratando de convencerse de que la muerte no es el final.

Sabe que las ocas grises vuelan juntas y en pareja toda la vida y que, cuando una de ellas desaparece, la respuesta de la que queda es buscar a la otra en los mismos lugares. Sabe que la oca, inquieta, vuela día y noche y recorre grandes distancias, yendo a los lugares que conocieron juntas y en los que cree que podría hallarse su compañera, y sabe que, en el camino, la oca viva lanza su penetrante llamada. «Vuelve aquí. Vuelve conmigo.» Sabe que el animal vuela cada vez más lejos, cada vez más cansado. Sabe que, en ocasiones, la oca que busca se pierde y no encuentra el camino de vuelta, y desaparece también.

Lo sabe y se le encoge el corazón. Por eso decide creer a Einstein y en sus dos formas de entender la vida.

Pepe Bau la llama por teléfono, y le cuesta reconocer quién está detrás de la llamada.

—¿Giuliana?

—Soy yo.

—Soy Pepe Bau, ¿te acuerdas de mí?

Le suena vagamente. Le viene a la cabeza que es de los que habitualmente le dan al botón de «Me gusta» en su muro y le parece que ha leído alguno de sus comentarios acerca de los suyos.

—Esto..., ¿somos amigos de Facebook?

Llega una risa desde el otro lado.

—Sí, también somos amigos de Facebook.

—Me vas a disculpar... Tengo la cabeza algo embotada...

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, me encuentro perfectamente. Lo único que me pasa es que duermo muy poco.

—Ok.

—Entonces, Pepe Bau, eres...

—El jefe de William, de Nova Peritia.

Al escucharle le vienen, de golpe, montones de imágenes a la mente:

Pepe Bau y William con las corbatas anudadas en la frente en la boda de Alejandra, la hija mayor de Pepe.

Pepe Bau haciendo reír a William en la cama del hospital durante su primer ingreso.

Pepe Bau visitando a William en la casa, tras el alta del primer ingreso.

Pepe Bau sentado en el borde de la cama del hospital, algo cabizbajo, mirando a William dormir.

Pepe Bau en el funeral de William.

—Pepe... Perdóname. No sé ni dónde tengo la cabeza...

—Tranquila, no tienes por qué recordar a todo el mundo.

—No, a todo el mundo no, pero a vos... Has sido el jefe de Will durante..., ¿cuánto?, ¿cinco años?

—Más o menos, sí.

—Y no sólo eso, joder, has sido su amigo...

—Bueno, por eso mismo te llamo. Para que sepas que sigo aquí, a vuestra disposición. Para lo que tú necesites y para lo que necesiten las niñas.

Se enternece al oírle. Se emociona.

—Te agradezco en el alma lo que me dices, Pepe.

—¿Estáis bien? ¿Puedo ayudaros en algo?

—No, no... Todo está bien.

Del otro lado llega un carraspeo que anticipa una incomodidad. Giuliana se adelanta a la pregunta.

—No tenemos problemas de dinero, no te preocupes.

Pepe se ríe.

—No iba a preguntarte eso exactamente...

—¿No?

—No, no exactamente.

—¿Entonces?

—Iba a preguntarte por las niñas, cómo les va en el colegio, si lo están llevando bien... Y tenía pensado preguntarte por ti, cómo estás tú, si te sientes triste o sola o te apetece tomar un café algún día...

—Las nenas están bien... Sorprendentemente bien... Lo han vivido todo con una naturalidad pasmosa. Una ve tantas cosas en el cine que se monta su propia película en la cabeza. Quiero decir: cuando todo era ya irreversible, cuando el final ya se veía cerca con Will, yo me angustiaba pensando en si Ana dejaría de comer o de jugar, o si Marie ya no querría estudiar y se encerraría en su cuarto para llorar sin dejar que la consolara... Marie tenía locura por su padre...

—Lo sé, William me lo contaba.

—Sí... Estaba tan orgulloso del afecto que le tenían sus hijas...

—No era para menos. Cuando mi ex estaba embarazada de Paloma, mi hija pequeña, leí en uno de esos libros sobre maternidad que los bebés descubren la figura paterna a los ocho meses y le pregunté a ella: «Oye, ¿cuándo cumple Alejandra ocho meses?», ¡y tenía tres años! Creo que mis hijas no me quisieron hasta que su madre y yo nos separamos...

Se ríen.

—No culpo a Inés, que conste... Yo hacía todo lo que podía, pero las niñas preferían a la mamá...

—Eso suele pasar. Ya sabes esa viñeta de ¿para qué llaman los hijos a las madres?: para preguntarles por los pantalones, por las gafas, para decirles que se han caído o que necesitan tal o cual cosa, y ¿para qué llaman al papá?

—Para preguntarle por la mamá, ya lo leí en el *Hola*.

—¿En el *Hola*?

—Sí, en tu muro. Siempre que lo abro me digo: voy a ver qué cuenta hoy Giuliana en su *Hola*.

Se ríen, de nuevo.

—¡Qué bueno!

—No, qué buena tú. Me encanta lo que pones, me río mucho con los chistes y con tu forma de contar la vida que pasa.

—...

—Me gusta cuando cuentas cosas alegres, ver las fotos de las niñas...

—Hay quien me dice que no ponga a las nenas... Pero así las ven mis familiares de Argentina... Me niego a pensar en la maldad del mundo...

—Son fotos bonitas, no te preocupes. Y esas fotos de vuestra boda... ¡Madre mía! Cuando las vi... Lo que habría dado por que William estuviera en la oficina para morirme de la risa con él...

Silencio, al otro lado.

—Perdóname, Giuliana... Igual he sido un poco capullo al decir esto último.

—No, no. Yo misma tengo esa sensación miles de veces.

—...

—Y me hace mucha gracia eso que me has dicho del *Hola*. Ahora pensaré en eso cada vez que me conecte.

Se ríen.

—Me gusta saber que estás bien cuando estás bien.

—A veces estoy bien...

—Y me da mucha pena cuando veo que no lo estás tanto.

—A veces estoy mal...

—Por eso te he llamado esta tarde.

Se hace un silencio, en el que ambos recuerdan lo que Giuliana ha escrito hace apenas media hora:

Giuliana Di Benedetto con William Kesselman

29 de diciembre de 2011

Y sí, hace cinco meses te ibas para no volver, aunque siempre estás con nosotras, en lo que hacemos, en lo que decimos, en lo que pensamos, en nuestros viajes, en nuestros momentos de alegría y en los de tristeza, en nuestros sueños, en nuestras esperanzas... Me habría gustado compartir más cosas con vos, como ser humano, como hombre, padre, amigo, amante, pero la vida/Dios/el destino nos tenía reservado otro plan, ojalá algún día sepa por qué... Te sigo amando como el primer día... Seguí descansando. *I love you so much*.

—La fotografía que pusiste hoy...

—Sí... Es bonita...

—No, no es bonita. Es muy bonita. Tú estás muy guapa, pero no es bonita por eso... Es que se os ve tan felices...

—Lo estábamos. Era la primera vez que salíamos a cenar solos desde que

vinimos aquí. Ana tenía dos meses. Nuestra vecina Lourdes se quedó con ella y con Marie, y nosotros nos fuimos a cenar a un restaurante que estaba en la esquina de casa, a menos de cien metros. Will decía: «Joder, no sé por qué molestamos a Lourdes, si podíamos habernos traído el intercomunicador para oír si lloran».

Le parece estar viviendo ese momento otra vez. Le parece que, si cierra los ojos, verá la mesa con el mantel blanco, las copas de vino, los vasos para el agua, los platos de los huevos rotos, del crujiente de morcilla, del revuelto de ajetes. Los cierra. No ve nada más que oscuridad. Los abre y aparta la vista del altar donde reposan las cenizas de William rodeadas de dibujos de Ana y de Marie y la botella de Jack Daniel's a la que, de cuando en cuando, por la noche, ella le pega un tiento para brindar por el recuerdo de su marido muerto. Los cierra de nuevo y se concentra en evocar la cara de Pepe Bau, porque el recuerdo de su marido vivo le duele y el de su marido muerto le duele más aún.

La cara de Pepe Bau, no la recuerda bien. Se esfuerza. Se enfada con ella misma y sus neuronas inconexas. ¿Cómo puede no acordarse del hombre por el que empaquetaron las cosas, todas las cosas, las metieron en un contenedor, introdujeron el contenedor en un barco, esperaron a que el barco surcase el océano, vigilaron que del contenedor saliesen todas las cosas y colocaron todas las cosas en una casa de dos plantas, patio trasero y garaje comunitario? ¿Cómo puede no acordarse de la cara de la única persona a la que veían con regularidad porque era la única persona a la que conocían entonces? ¿De qué color tenía los ojos el amigo del antiguo compañero de la facultad de William que, quién sabe por qué motivo, se acordó de él, de su tenacidad, de su perseverancia, de su ojo para el peritaje, de su sagacidad para detectar fraudes, de su tino para valorar daños, y le habló de todas esas características a su socio multiplicándolas por diez, de tal manera que no les quedó más remedio que ficharle desde el otro lado del Atlántico para Nova Peritia, como si en lugar de un gabinete pericial fueran el Real Madrid y hubiesen descubierto a Ronaldo cuando aún jugaba en el Cruzeiro y ni siquiera le había echado el ojo el PSV?

Eso decía William.

—¡La puta!, si parece que soy un galáctico...

Qué feliz estaba William entonces. Qué miedo tenía ella. Pero la felicidad de él lo llenaba todo, lo movía todo. Todas las cosas, el contenedor, el barco, la casa alquilada con patio trasero. Antes que ellos allí había vivido una hippie que vendía cartelitos de madera con nombres de niños en las ferias medievales. Se dejó una caja y William armó varios. Un día apareció por casa con un sombrerito de trovador y se sentó en el suelo con un pegamento Loctite en la mano. Se le quedaron pegados dos dedos y tuvieron que meterse rápidamente en internet para averiguar cómo se sacaba el pegamento sin arrancarse la piel. Era con aceite. Cómo lo recuerda. Cierra los ojos y espera verlo, como si viviera dentro de una película. Pero no. No ve nada. La misma

oscuridad de siempre. Y aunque recuerda con nitidez los colores de las piezas con los que William montó los nombres de Alejandra y de Paloma, no es capaz de hacer memoria del color de los ojos del padre de esas niñas que no eran lo bastante pequeñas como para valorar el esfuerzo del nuevo empleado.

—Joder, William, ¡que tienen diecisiete años! —le dijo Pepe.

—¿Y? Pues que se pongan el cartelito igualmente. Y debajo que pongan: «No entres, papá, que estamos con el novio» —contestó William.

Lo recuerda todo, incluso lo que no presenció, como si acabara de ocurrir. Le irrita esa laguna de su cerebro porque no es la primera vez que le pasa.

Se mete en Facebook para buscarlo, pero sólo encuentra una foto de Copito de Nieve en su perfil y otras de amaneceres o de paisajes en su biografía.

Se da por vencida al escuchar su voz.

—Te has quedado muy callada. ¿Te ocurre algo? ¿Te has puesto triste?

—No... Es que... Estaba intentando recordar una cosa.

—¿Una cosa de William?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Al principio sólo escribías cosas de él, para él. Me daba una pena...

—Era una forma de desahogarme.

—¿Puedo decirte algo?

—Obviamente sí.

—Me daba algo de miedo. En algún momento pensé que..., pensé que podía llegar a ser algo enfermizo para ti.

—...

—La mujer de un amigo es psicóloga y se lo pregunté. Me dijo que podía ser una buena herramienta para afrontar la pérdida, como si hablaras con él... Pero a mí me seguía dando un poco de miedo.

—Tengo dos preguntas para ti.

—Adelante.

—Una: ¿por qué hablas en pasado?, ¿ya no te preocupa?

—No, ya estoy más tranquilo. Hubo un punto de inflexión, hubo un día en el que no hiciste ninguna referencia a William y, a partir de ahí, empezaste..., no sé..., a abrirte más, a veces hasta a reírte, a mostrar tu buen humor... No sé.

—...

—¿Y la segunda?

—La segunda es... No te ofendas, pero... La segunda es: ¿y a ti qué carajo te importa si estoy bien o estoy mal o estoy regular o estoy contenta o qué?

—Joder.

—No te ofendas, insisto, porque la verdad es que andaba sintiéndome..., ¿cómo dicen acá?, ¿como una mierda pinchada en un palo?

—Sí, algo así.

—Pues eso, andaba así hasta que me has llamado y me has sacado un poco de mi tristeza, de mi círculo vicioso de añorarlo más que ningún otro día. Hoy, ya sabes, ya lo has leído en el *Hola*, hace cinco meses que Will se marchó, y siempre que llega este día me vengo abajo, me desarmo, me muero un poco yo también a partir de las nueve de la mañana. A la una resucito unas horas, y a las tres me muero de nuevo hasta las cinco. Y por la noche, si me quedan fuerzas, me muero un ratito más después de que las chicas se hayan dormido. Me hago la ilusión de que ellas no se dan cuenta, pero o no son hijas mías o notan que soy una zombi.

Silencio.

Continúa.

—A veces se las lleva una vecina. O aparece una madre del colegio con una merienda o una reunión de no sé qué y yo finjo que es verdad, que no recuerdo que el mes pasado las niñas vinieron extrañadas porque a esa fiesta sólo habían ido ellas.

—Sabes que vas a estar mal y tratan de ayudar.

—Así es... Son buena gente, no me tienen en cuenta este carácter mío.

—¿Qué le pasa a tu carácter?

Se encoge de hombros, aunque desde el otro lado del teléfono Pepe no la puede ver.

—Qué sé yo. Soy tímida, retraída... Pero lo de Will lo ha cambiado todo, lo ha empeorado todo...

—No es para menos.

—Me he vuelto como nórdica...

Le llega una carcajada.

—No te rías. Es así. Me he vuelto menos latina y más sueca.

—¿Eres rubia, ahora?

—No, soy fría, ahora. Me cuesta tener una relación más personal con la gente.

—Tienes suficiente con el *Hola*.

—Sí.

—Claro.

—No sabes lo agradecida que le estoy a Zuckerberg. Díselo a la esposa de tu amigo. Que el *Hola* me ha salvado la poca cordura que me queda.

—Se lo diré. Pero ten cuidado: la realidad virtual no sustituye a la auténtica realidad.

—Sí, lo sé... Ando recomponiendo mi mundo poco a poco. Empiezo por lo sencillo y dejo para luego las tareas más arduas.

—Es una buena técnica para evitar daños. Te lo digo por deformación

profesional.

—Will diría lo mismo.

—Formábamos un buen tándem, sí.

—Will decía que los amigos son como los anillos, o te entran o no te entran. En realidad lo decía de las relaciones en general, de los afectos, o te entran o no te entran; si lo fuerzas, la cagas, lo único que logras es lastimarte el dedo.

—Buena filosofía.

—Pero, a pesar de esa mentalidad, a él parecían estarle bien todos los anillos. A todo el mundo le caía bien y a él le caía bien casi todo el mundo.

—Era muy grande...

—Y ahora, dame la respuesta a la segunda pregunta, por favor.

—William era un gran amigo.

—Eso ya lo sé.

—Desde que llegó a Nova Peritia nos metió a todos en el bolsillo, de forma literal. Era una máquina de generar afectos, ¡qué grande era!, ya te digo... Pero él y yo conectamos especialmente, desde el primer minuto, como si nos conociéramos de antes.

—Sí, a él le ocurría algo parecido.

—Compartimos muchas cosas, muchos viajes para hacer peritajes, muchas horas de despacho... Para mí, Will era un amigo de toda la vida aunque acabara de llegar. Y su enfermedad nos unió más de lo que ya estábamos. ¿Sabes esa idea de que los hombres no hablamos entre nosotros ni de sentimientos ni de intimidades? Pues no es verdad. Will y yo compartimos muchas cosas. —Se le quiebra, un poco, la voz. Carraspea. Se rehace. Continúa—. Muchas.

—...

—Me preocuparía por ti en cualquier caso. Pero, además, William me lo pidió.

—¿Qué cosa?

—Me pidió que no me olvidara de vosotras, que estuviera pendiente, que no dejara que te faltara trabajo si necesitabas trabajo, o amigos si necesitabas amigos, o lo que fuera...

Se acuerda del pósito. Se enfada con William, tanto, que siente literalmente que una bola de fuego le recorre el cuerpo, desde el estómago hasta la boca pasando por el esófago, quemándole la faringe, la lengua, los labios.

La escupe.

—Me hincha las pelotas eso.

—¿Por qué?

—Porque no me consideraba lo suficientemente fuerte para solucionar mis problemas por mí misma...

—No es verdad. Lo que pasa es que le daba miedo que estuvieras sola.

—Eso te digo: no me consideraba capaz de crear mis propias redes, de conseguir amigos, hombros en los que apoyarme, trabajo para salir adelante o dinero para regresar a mi país.

—Acabas de decir que te cuesta.

—Me cuesta, pero lo haré. Soy capaz de hacer lo que se me cante el culo sin que nadie me allane el camino.

Pepe no puede evitar reírse.

—¿Te da risa? ¿Te hace gracia?

—No, perdona, pero es que nunca había oído esa expresión, ni siquiera a William, y eso que de vez en cuando se agarraba unos cabreos...

La bola de fuego lo quema todo.

—Estoy hasta el forro del orto de todos ustedes.

—No te lo tomes así.

—¡Joder, que no!... Era mi marido y actuó como mi padre desde el primer momento hasta el último.

—Lamento mucho que tengas esa sensación.

—No es una sensación, es una certeza. Es la realidad.

—Estás ofuscada.

Siente la ira subir de nuevo desde su estómago hasta la garganta. Explota.

—No tienes ni puta idea de cómo estoy ni de cómo soy. No sabes nada de mí. No estoy ofuscada. Estoy cabreada, enfadada, irritada. Estoy hasta los huevos. No me conoces, ni eres mi amigo ni mi guardián, así que deja de dártelas de lo que no eres, porque a mí no me vas a peritar como un trabajo de los vuestros. Y si lo fuera, si lo tuvieras que hacer, me tendrías que valorar como un siniestro total. Esto ha sido un choque de trenes, ¿entiendes? Y no hay supervivientes. Así que vete a rellenar tu informe y anota todo esto para el cretino de tu colega, que lo leerá desde el otro mundo.

—...

—Pero no vuelvas a llamarme ni a creer que eres mi amigo. Porque, para que lo sepas, ni siquiera me acuerdo de tu cara.

Cuelga el teléfono. Arranca el cable de un estirón y estampa el aparato contra la pared.

Cuando vuelvan las niñas les dirá que se tropezó y se cayó y de alguna manera el auricular acabó en el otro lado del salón, y ellas fingirán que la creen, porque, en realidad, creen que cualquier cosa puede ocurrir el 29 de cada mes.

Mañana, cuando se arrepienta y se conecte a Facebook, sabrá la cara que tiene Pepe Bau, porque él habrá cambiado la foto de su perfil y no será más Copito de Nieve, sino un hombre alto, delgado, de pelo canoso y de sonrisa franca que viste una camisa blanca y lleva un ejemplar del *Hola* en la mano, y le llamará por teléfono para

pedirle perdón y le dejará entrar en su vida.

Suena el teléfono. Una teleoperadora intenta venderle un aparato purificador del agua que eliminará la cal y le dejará la piel tan suave que no necesitará usar crema hidratante, y el cabello tan sedoso que siempre parecerá recién salida del salón de belleza. Eso le recuerda que tiene que pedir hora en María José Zamorano porque le han salido ya las canas. Le dice que no le interesa. La teleoperadora insiste. Le dice que es viuda, que es pobre, que ya tiene un aparato de ósmosis inversa para el agua de beber.

La teleoperadora, que debe de ser sorda e inasequible al desaliento, insiste.

No le dice que es alcohólica y no toma agua, que es guarra y no se ducha, que es desastrada y no friega platos ni le pide que deje de joder ya con la puta ósmosis inversa, porque reconoce el acento argentino y le entra una solidaridad patria que casi la lleva a comprarle el aparato. Pero se contiene. Le dice que no lo quiere lo más amablemente que puede. Le desea suerte con la siguiente y cuelga, pero no guarda el móvil.

Lo mira un instante y vuelve a sacar el papelito de la cartera y a marcar el número, aunque se lo sabe de memoria.

Presiente que después del sexto tono la atenderá una voz de mujer que le pedirá que deje el mensaje al escuchar la señal, y cuando ocurre, se dice, mientras la escucha, que ha de tomarse en serio lo de jugar a la lotería, porque cada vez tiene más aciertos en sus premoniciones.

Llega la señal, y habla.

—Estooooo... Sí, soy yo.

Silencio.

—Y me gustaría tanto hablar contigo...

Silencio.

—Si pudieras llamarme, cuando te viniera bien...

Silencio.

—Voy a ir al médico. Últimamente tengo lagunas de memoria y eso me preocupa.

Silencio.

—Si me llamas y lo pudiéramos hablar, te lo agradecería mucho.

Silencio.

—La verdad.

Silencio.

Cuelga.

Guarda el Samsung.

Vuelve a ver a Carmina Palau, a la desesperada. La busca en el hospital, porque de nuevo le ha fallado la memoria, y no sólo se ha confundido con los nombres y las caras de algunos conocidos, sino que ha llegado a olvidarse de recoger a las niñas del colegio un par de tardes.

—El médico de mi ambulatorio no quiere pedirme un TAC.

—...

—Dice que esto tiene más que ver con mi situación personal que con el deterioro de mis neuronas.

—Y tiene toda la razón.

—¿Cómo que tiene toda la razón? Una cosa es que me haya quedado viuda y otra muy distinta que ande perdiendo la memoria.

—No son hechos aislados.

—Son hechos aislados.

—Elaborar el proceso del duelo es complicado.

Giuliana la mira con fastidio. Piensa que se ha equivocado, que se equivocó al creerle todas las veces que le dijo que acudiera a ella si necesitaba algo, cualquier cosa, lo que fuera. Se lo dice.

—La gente te brinda su apoyo hasta que se lo pides.

—¿Perdón?

—Todo el mundo te dice: «Aquí estoy para lo que necesites». Incluso tú me lo dijiste. Y ahora vengo a verte porque estoy preocupada.

—Trato de ayudarte.

—Pero es que necesito un volante para un TAC, no una consulta psicológica.

—Giuliana: duermes poco, cuidas y crías a dos niñas y vives una situación estresante. Eso es motivo suficiente para que la cabeza no dé para más.

—Pues yo estoy preocupada. Algo me dice que las cosas no van bien dentro de mí. Y mira, si te soy sincera, no me da miedo morir. Pero pensar que mis hijas van a quedarse solas, o que van a tener que vivir conmigo todo lo que yo viví con William... Eso me aterra.

—Eso forma parte del proceso.

—¿De qué proceso?

—Del duelo.

—Y dale con el duelo. Pero qué pesadilla...

La psicóloga guarda silencio y Giuliana no sabe qué va a hacer primero: llorar o gritar.

Finalmente, grita:

—¡Que no es por el duelo, que es por si tengo un tumor!

Después, llora.

Carmina Palau la deja llorar un rato y, cuando para, continúa con la conversación.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Que, si tuviera un tumor, tendría otros síntomas aparte de las lagunas mentales y que estoy deprimida.

—¿Lo estás?

Se encoge de hombros.

—Estoy desbordada, descentrada... Me siento inútil cuando tengo que hacer cosas que nunca he hecho y creo que no voy a saber hacerlas, pero luego me siento feliz cuando descubro que estaba equivocada porque las he acabado haciendo... Vivo en un tobogán de sensaciones buenas y malas. Me siento sola, pero también me siento mucho más cercana a mis hijas, como si hubiésemos sido capaces de desarrollar un nuevo cordón umbilical que nos ha unido a las tres... Estoy triste... Tengo unos bajones tremendos que me asustan. Pero no me siento deprimida.

—No creo que lo estés.

—Claro que no. Lo que puedo tener es un tumor y no una depresión, aunque el boludo del doctor me haya ignorado.

—Pero alguna prueba te habrá pedido, imagino.

—Sí..., una analítica de sangre y de orina.

—¿Y?

—Me dijo que todo era normal. Pero a William no le salió nada en los primeros análisis. La comida le sabía a mierda en la boca, perdón por la vulgaridad, pero es lo que decía William, que la comida le sabía a mierda, y el médico le decía que no tenía nada, que era el estrés. Y mira el estrés adónde lo llevó.

—¿Es el mismo médico?

—No, es otro. A ése no lo he vuelto a ver, afortunadamente para él, porque el día que me lo encuentre no sé lo que le haré...

—Compartes la culpa con él, entonces.

—¿Qué?

—También te reprochabas a ti misma no haberte dado cuenta antes de que William estaba enfermo, y la culpa no es de nadie, Giuliana, son cosas que ocurren, imponderables...

—Estás siendo corporativista.

—Estoy siendo racional. Tú no tienes la culpa, y ese médico de familia tampoco. En medicina no se pueden hacer pruebas y pruebas y más pruebas por si acaso falla lo que parece elemental. Es verdad que el mal sabor de boca puede ser indicativo de algo grave... Quizá podría haber hilado más fino; siempre se puede ir un paso más allá. Podría haber intuido que algo no estaba bien, hacer caso a ese sexto sentido. Pero... si los primeros análisis no delataban nada extraño, no puedes culparle a él por no haber sido más previsor, por no haber pensado: «Mmmm, estas pruebas no me indican que tenga que ir más lejos, pero...».

—...

—Sigue contándome cómo te fue con el doctor, por favor.

—Yo le dije: «Bueno, hagamos un TAC y salgamos de dudas», y él que no, que un TAC es agresivo para el organismo, que tendría que tener más síntomas. Y yo: «¿Agresivo o caro?», y él: «Agresivo, señora, si yo tuviera la menor duda no pondría en peligro su salud por mucho que estemos en crisis», y yo: «Pues no la ponga y mándeme el jodido TAC». Y él, que estoy deprimida y enfadada, que son dos de las siete fases del duelo. Y yo, que las fases son cinco, y él, que son siete, y yo: «Pues mire, será por los recortes, pero ahora sólo son cinco», y él: «Señora, usted no tiene un tumor cerebral, no hace falta un TAC para detectarlo, usted tiene la cabeza como una puta maraca».

—¿Eso te dijo?

—Bueno... No es una reproducción exacta, entre otras cosas porque no la recuerdo, quizá por el tumor.

Las dos mujeres se ríen, inevitablemente.

—Mira, Giuliana, no te enfades por lo que te voy a decir, ¿de acuerdo?

Giuliana asiente. La psicóloga continúa.

—Estás en pleno momento de ira, de enfado con el mundo...

—¿Yo?

—Sí, tú. No sé cuántas veces has levantado la voz en el rato que llevas aquí. Y supongo que no soy la única con la que te enfadas.

—No estoy enfadada contigo... Perdona si te he dado esa impresión.

—Sé que no estás enfadada conmigo, sino con la vida en general. ¿Qué tal con las niñas? ¿Pierdes más la paciencia con ellas?

—Con las niñas no... Ellas sólo me dan paz.

—Pero con el resto de la gente...

—Enojarse es normal... No soy la madre Teresa de Calcuta. Pero ni ahora ni antes, nunca me he caracterizado por mi buen carácter...

Vuelven a reírse.

—Todo lo que te sucede es normal, Giuliana. En esta etapa, en la que la pérdida es tan reciente, no es extraño que el superviviente desarrolle algunos síntomas de la

enfermedad que se llevó al ser querido.

—¿Me estás diciendo que me lo estoy inventando?

—No. Te digo que no es raro que el organismo somatice los conflictos internos. Hay quien llega a desarrollar rasgos de la personalidad del fallecido. Y todo entra dentro de lo normal.

—No es mi caso. Yo no estoy somatizando nada.

—En situaciones de estrés severo, el cerebro genera una hormona, cortisol, que afecta a la memoria.

—¿En qué sentido?

—Puede causar su pérdida temporal...

—No jodas.

—Hay estudios recientes que lo demuestran: cuando alguien está sometido a estrés físico o emocional, es más proclive a olvidar fechas, números e incluso caras de personas que le son familiares.

Giuliana se obstina.

—Pero yo no siento ese estrés.

—¿No? Porque los síntomas que describes...

—No.

—¿Crees que es más probable que hayas desarrollado un tumor cerebral?

—Podría ser.

Carmina abre un cajón de su escritorio, saca un pequeño frasco de colonia, se perfuma las manos, se las frota, se las lleva a la nariz y cierra los ojos mientras aspira ese olor que le recuerda tanto a su madre que la serena y la ayuda a concentrarse en el trabajo.

—¿Has leído *Las crónicas de Narnia*?

Giuliana se encoge de hombros y trata de recordar si ha leído la ficha entre los papeles de William, pero el (puto) tumor le impide atrapar ese recuerdo.

—Vi la película. ¿Eso sirve?

—Sirve. Verás, el autor de *Las crónicas de Narnia*, C. S. Lewis, era un católico recalcitrante, familiarizado con la idea de la muerte, no como sinónimo de fin de la vida, sino como principio de la vida eterna. Se casó con una norteamericana que había ido a Inglaterra expresamente a conocerle. Fue una historia de amor rara.

—¿Por?

—Los dos eran católicos bastante inflexibles y estaban en contra de la unión entre personas casadas con anterioridad. Ella se había separado de su primer esposo porque bebía y la engañaba, y después de uno de esos engaños se hizo católica, ya ves tú qué tendrá que ver. Por eso le atrajo Lewis, porque era un conocido defensor de los valores cristianos en su vida y en su obra. Ella le leía y se reconfortaba leyéndole, y de ahí pasó a escribirle.

—Últimamente estoy en esa onda: escribir, leer, comunicarse... Ayuda a las personas.

—Así es.

—Sí, así es.

—La cuestión es que, después de escribirse largamente, después de conocerse, después de que a ella no la dejaran permanecer en el país, después de que se casaran por evitar que la deportaran a Estados Unidos, después de ocultar a la gente su relación, después de lo complicado que todo aquello debió de resultarles dada la época, la posición y el cristianismo exacerbado de ambos...

—... Uno de los dos tuvo un tumor cerebral.

Sonríen.

—Disculpa, no he podido evitarlo. Continúa, por favor...

—Casi aciertas. Se casaron en abril; en el verano a ella comenzaron a dolerle los huesos y en el otoño empezó con las fracturas.

—¿Qué tenía?

—Cáncer óseo. Murió cuatro años después, y su muerte marcó la vida y la obra de Lewis.

—¡Joder!

—Poco después de la muerte de Joy, su mujer, él escribió algo que, para mí, resume perfectamente el momento en el que tú te encuentras. Anotó: «Nadie me dijo nunca que el duelo se pareciera tanto al miedo. No tengo miedo, pero la sensación es como de miedo, la misma agitación en el estómago, la misma intranquilidad...».

Giuliana traga saliva.

—No tengas miedo. Yo no puedo pedirte esa prueba. Pero, si de verdad crees que puedes estar enferma, puedo derivarte al servicio de psiquiatría con el ruego a mis colegas de que valoren la posibilidad de solicitarla.

—¿Tan mal me ves?

—Si te viera mal, no te lo preguntaría. Te enviaría directamente.

—...

—Has venido, has pedido ayuda, aunque fuera de una manera tan enrevesada: «Tengo un tumor, ayúdame». Eso es un buen síntoma, el mejor indicador de que estás bien y, lo que es más importante, de que quieres estarlo.

—¿Sí? Olvido cosas, olvido caras, olvido a las niñas, creo que voy a morir... Pero estoy bien...

—Así es.

—Qué curiosa es la psicología.

—Si lo llevases todo por dentro, si no dejases salir tu dolor... Eso sería lo complicado.

—¿Podría ser peor, quieres decir?

—Tu sentido del humor también juega a tu favor. Tus ganas de salir adelante te delatan: eres una superviviente.

—¿Lo soy?

—Lo eres.

—Gracias.

—Pero eso no quiere decir que no puedas necesitar ayuda... Ya te lo dije en su momento. Hay terapias, talleres, grupos, fármacos...

—¿Y cómo sabré si lo necesito de verdad?

—Lo sabrás, tú mejor que nadie, en eso serás mucho más fiable que con lo del tumor.

Sale de la consulta convencida.

No tiene un tumor.

Va a sobrevivir.

Se encuentra con María Martín, por casualidad. No sabe por qué, pero esa mujer se empeña en enmascarar su debilidad con esa apariencia de perfección. Le produce rechazo en primer término. Luego, cuando lleva un rato pensando en ella o hablando con ella o chateando con ella, le inspira ternura. Tampoco sabe por qué.

Sus carros chocan en el pasillo del Carrefour.

Giuliana piensa: «Coño, qué mala suerte, con el supermercado vacío...».

Pero dice:

—María, ¡qué alegría verte!

La otra capta el contraste entre sus dos lenguajes, el verbal y el no verbal, y no alarga el encuentro más allá de la elemental cortesía, pero la fatalidad hace que vuelvan a encontrarse en la única caja abierta de toda la fila.

—Ya ves, con el paro que hay, podrían contratar más cajeras, ¿no te parece, María?

Giuliana nota que quizá la otra se ha percatado de su fastidio anterior, y se esfuerza en ser amable y en mostrarse parlanchina.

—Vine a comprar este equipo de *camping* por si nos apetece salir a comer al campo o algo... En la Semana Santa pasada no teníamos nada y no pudimos ir... Las niñas se quedaron fastidiadas.

—Claro.

—Yo estaba convencida de que teníamos uno, pero es probable que William lo tirara hace años.

—Sí, puede ser.

—Yo no me ocupaba de nada, antes... Era como si todo cayese del cielo. ¿No te pasa, a vos, en casa? ¿No te parece que hacés todo el trabajo y que tu marido se pega la gran vida? Y luego de repente te das cuenta, qué sé yo, de que el césped no se corta solo o las bombillas no se cambian por ciencia infusa...

—No, a mí eso no me pasa.

Giuliana piensa: «¡Joder, qué mala onda tiene esta mujer!».

Dice:

—Me da rabia pensar en todas las broncas que tuvimos por eso, porque a mí me parecía que absolutamente todo en la casa lo hacía yo, comprar, cocinar, organizar,

ocuparme de las nenas, llevarlas al colegio, traerlas del colegio, al ajedrez, al ballet, a los cumpleaños de las niñas de la clase... Las cenas, las comidas, los baños, las maletas si nos íbamos de viaje... Estaba convencida de que todo lo hacía yo y de que Will se pasaba el día entero sin hacer nada... Y ahora, que tengo que arreglar las cosas de las que antes se ocupaba él, me doy cuenta de lo injusta que fui, de lo cretina que fui...

María no dice nada.

—¿Cómo sigue tu esposo?

—Igual.

—Vaya... Lo siento... O no, tal vez sea una buena noticia, ¿no? Estar igual significa no empeorar, y eso puede ser buena señal.

—El cáncer de mi marido es terminal. Le están proporcionando cuidados paliativos para que sufra lo menos posible, pero no va a mejorar.

—Lo siento mucho.

María ignora su consuelo.

—No has vuelto al grupo.

Aunque no es una pregunta, Giuliana la contesta.

—No... Mi situación es diferente a la de ustedes. Pensé que sería de poca ayuda y que podría hacerles pensar en lo peor.

—Tampoco lo has abandonado.

—Es que eso me parecía de mal tono. Como hacerles un corte de mangas: «Que les den, señoras y señores».

Se ríen. Giuliana más que María, pero la otra da su brazo a torcer.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Bah... Sobreviviendo. Intentando sobreponerme a los estados de ánimo complicados...

—¿Tomamos un café?

Lo toman. Hablan un poco de todo, del tiempo, del estado de salud de los enfermos del grupo, del estado de ánimo de los familiares de los enfermos, de los planes para el verano, o de que Giuliana y las nenas han pasado un fin de semana en Zaragoza y ella está empezando a valorar la posibilidad de viajar a Argentina en verano, aunque allí sea invierno y parezca que viven en el día de la marmota, y porque quizá le venga bien que la cuiden y la mimen también a ella.

—Pero me da un poco de miedo ver a los padres de William, la verdad.

—¿No vinieron al funeral?

—No, no vino nadie de allí, ni suyos ni míos. Son todos muy mayores para viajar, y más por un motivo tan triste... Además, habría sido causa de conflicto.

—¿Y eso?

—Will era judío, pero no practicaba. Sus padres no habrían aprobado lo que

hicimos, aunque fuera lo que Will había querido. Si supieran que sus cenizas no reposan en la tierra, sino que están expuestas en casa... Les daría algo... Pero para nosotras es importante tenerle ahí... Cerca...

María sigue la conversación sin perder de vista su teléfono. Le llegan mensajes continuamente y los responde, unas veces con un gesto de preocupación y otras con una sonrisa imposible de disimular.

—¿Es del grupo de Onco?

—¿Eh? Ah, no, no. Es un tema personal. Disculpa. Soy una maleducada.

—No te preocupes.

—Es un amigo, un amigo de hace... —Levanta las manos hacia el cielo—. ¡Uf! Ni sé el tiempo... De toda la vida.

—¿Sí?

—Sí, de toda la vida —insiste—. Salimos juntos hace mucho tiempo, cuando éramos unos críos, y nunca hemos perdido el contacto, en todos estos años.

—Qué bueno. Yo acabé fatal con todos mis exnovios.

—Tony y yo vivimos en círculos, somos como un planeta y sus satélites, ¿sabes? Imposible distanciarnos. Nuestras vidas siempre acaban confluyendo.

—En Facebook estoy en un grupo de fans de una escritora italiana, bueno, mejor dicho, de un libro de una autora italiana, *La contessa di Lecce*.

—¿Y?

—Me acordé de una chica que está en el grupo, con la que chateo en privado muchas veces.

—¿Por?

—No sé, me vino a la cabeza.

—Pero ¿por qué?

—El otro día me contó que lleva treinta años casada con su esposo, que tiene una hija, y que es una infeliz de mierda porque nunca olvidó a su primer amor. Pero no es tu caso, obviamente.

María repite:

—Obviamente.

Pero se le llenan los ojos de lágrimas y da un sorbo a su café con leche antes de seguir hablando.

—Tony y yo nos encontramos hace unos meses, en el hospital. Su mujer tenía un tumor cerebral.

—Joder.

—Sí.

—Mires a donde mires... Es como si la enfermedad y la muerte nos persiguieran...

—No seas..., ¿cómo lo dices tú? —Piensa unos segundos hasta que recuerda la

palabra que buscaba—. No seas boluda.

Se ríen.

—Lo que pasa es que ahora estamos metidas en esto, es lo que nos rodea, y, sin darnos cuenta, nos damos cuenta, ¿sabes? Como cuando estás embarazada y no haces nada más que ver embarazadas a tu alrededor, o como cuando te compras un coche y vas por la carretera y te parece que todos los coches son de la misma marca.

—Sí, lo mismo...

—Fue una desgracia. Él estaba roto. Y bueno...

—...

—Nos ayudamos mutuamente.

—Claro.

—Ella llevaba enferma mucho tiempo. Le diagnosticaron el primer tumor unos cinco años antes, y desde entonces... Tuvo épocas buenas, pero... Estaba en una zona del cerebro en la que no lo podían extirpar por completo, y vivieron ese tiempo sabiendo que...

—¿Qué edad tenía?

—¿Cuándo?

—Al morir.

—¿Al morir? No, ella no ha muerto aún. Sigue viva...

—...

—Continúa viva y haciendo que la vida de Tony y de todos los que están a su alrededor sea un infierno.

—Mujer, no exageres. No creo que sea algo fruto de su voluntad.

—¿No?... Mira, ella es bastante menor que Tony. Él es de mi edad, cincuenta y cinco, y ella se empeñó en tener un hijo justo en ese intervalo, pero él no quería. Ella quería dejar algo suyo en el mundo, pero él no estaba dispuesto a condenar a ese niño a vivir sin su madre. Han tenido unas broncas monumentales. Tony no se merece algo así.

—No es una decisión fácil.

—No, claro. Pero ella era un poco..., un poco egoísta, porque, verás, Tony siempre había querido ser padre y ella siempre decía que no era el momento, que tenían que vivir la vida un poco más antes de atarse a un niño, que tenían que afianzar sus carreras antes de pararlas por un niño, que en ese momento no le apetecía dedicarse a otra persona, que si esto, que si lo otro... Y luego le entran las prisas.

—Suenas egoísta, sí. Pero también, en cierto modo, es normal... Si pensaras demasiado lo de tener bebés, casi no los tendrías...

—Tú no la conoces.

—...

—Y además, en su caso, con el tumor haciendo de las suyas... La situación se ha

vuelto insostenible como pareja. Ella ve cosas, oye voces, por ejemplo, cree que los sueños son parte de la realidad, está irascible, rompe objetos...

—Joder.

—Sí... Pero, claro, él no se puede separar de ella en esas circunstancias...

—Normal.

—Imagínate cómo le hubieran puesto... De vuelta y media... No, no... No se puede separar. Y aguanta como un jabato hasta que llegue el final, al lado de ella...

—...

—Al lado de ella.

Guarda silencio y Giuliana la imita. Toman el café calladas mientras María continúa tecleando sin parar.

—¿Y cuánto tiempo dices que hace que murió?

—¿Perdona?

—Su mujer, que cuándo murió.

—Pero si ya te lo he dicho, no ha muerto todavía...

—Joder, perdona, tengo la cabeza embotada... ¿Y cómo está él?

—Al principio se sentía muy culpable porque, en cierta manera, espera la muerte de su mujer como si fuera una liberación para él, y eso le hace sentir fatal... Pero poco a poco ha ido mejorando. Ahora está más o menos bien.

—Cuando ella muera, rehará su vida...

—Sí... Bueno, no, no exactamente. Tiene planes de rehacerla, pero de momento no es posible. Todo es muy complicado.

—¿Complicado?

—Sí, complicado. La vida es complicada a veces.

—Sí, pero mira, William y yo pensábamos que, si superaba la enfermedad, no nos distraeríamos más con pelotudeces, que disfrutaríamos más la vida, que distinguiríamos lo urgente de lo importante... No sé... Si tu amigo Tony ha vivido un drama tan grande, ahora tiene la obligación moral de ser feliz, ¿no te parece?

—...

—Escríbele eso y dile que se deje de tonterías y de complicaciones.

María la mira con una tristeza infinita, tan triste, tan infinita, que Giuliana acerca su silla a la de María y la abraza con timidez.

—Qué vida de mierda...

María la mira, de nuevo, con esa misma tristeza infinita, tan infinita y tan triste y se pone a llorar, desconsolada, mientras repite:

—Todo es muy complicado, Giuliana... Todo es tan complicado...

—William decía siempre que, cuando las cosas son demasiado difíciles, hay que aplicar la teoría del mínimo común múltiplo.

—¿Qué?

—Sí, eso de las matemáticas de cuando éramos chicas, ¿no te acuerdas? Espera, que si cojo carrerilla soy capaz de decirlo... El mínimo común múltiplo de dos o más números naturales es el menor que es múltiplo de todos ellos.

Sonríe, satisfecha.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Pues, que cuando algo es complejo, conviene reducirlo a lo común, simplificarlo a la mínima expresión. Algo así como sacar el hilo de una madeja enredada e ir tirando de ahí para desenredar...

María niega con la cabeza y vuelve a la carga:

—Con esto no sirve, esto es muy complicado, muy complicado...

—Pero no te ofusques, María...

—Y es tan sencillo juzgar a las personas desde fuera, quedarse sólo en la apariencia, en la fachada...

—...

Le cuesta entenderla, porque habla entre sollozos, pero le da la sensación de que dice:

—Es tan sencillo catalogar a la gente por lo que parece, por lo que nosotros haríamos o diríamos, juzgarla... Es tan injusto, joder, tan injusto...

—...

Sigue hablando y sollozando. Giuliana intuye que dice:

—Yo siempre he intentado hacer lo correcto, lo correcto, por eso me veo como me veo ahora, por intentar hacer lo que se esperaba que hiciera, en lugar de hacer lo que yo quería hacer...

—...

Solloza. Farfulla.

—Y no tengo nada que sea de verdad, nada real, todo es mentira. Mis amigas, mentira. Mi vida perfecta, mentira. La que siempre sabe qué hacer y qué decir, mentira. Todo mentira.

Llora y moquea.

—La gente qué sabe..., la gente qué sabe lo que pasa en realidad por dentro de las personas...

En medio de ese mar de lágrimas en el que está, a una bocanada de ahogarse, María se aclara la voz y dice:

—Yo no soy tan hija de puta, ¿sabes?

La mira, y en ese momento, Giuliana se da cuenta de que el verdadero problema de María no es que su marido tenga cáncer de laringe. O tal vez sí.

Se aficiona al deporte, aunque le dura poco. En su afán por convencerla de que la química de su cuerpo es en gran parte responsable de sus sentimientos, Carmina Palau le ha dicho que el deporte genera endorfinas y que las endorfinas atenúan el dolor, y le ha sugerido que, si cansa el cuerpo, es fácil que la mente descanse también, y a ella le da miedo perder la cabeza por la falta de sueño. Se siente su madre, limpiando sobre lo limpio. Qué bronca le daba aquello, siempre con el trapito enganchado al delantal por si descubría una mota de polvo que había conseguido esconderse de la limpieza hecha unos cuatro segundos antes. Se peleaban continuamente por eso, porque la mamá pretendía que la hija la imitara en lo de la higiene.

—Ahora no te das cuenta, pero una mujer no es limpia por limpiar, sino por tener cuidado de no ensuciar.

—Pues entonces no te pongás pesada con eso: yo no ensucio, no hace falta que esté con el trapo colgado todo el día como vos.

—Algún día vas a ser madre y vas a ver.

—Pues a lo mejor no, fijate, a lo mejor me hago bohemia y me dedico a vagabundear y no tengo ni casa, así que ya ves lo que tendré que limpiar.

La riña se repitió en esos y en otros términos parecidos desde más o menos los ocho años hasta que se marchó de casa, hacia los veintiuno.

Por eso ha dejado de practicar deporte. No por su madre. Por el recuerdo. No por el recuerdo de su madre. Por el recuerdo, en general, que ha vuelto a su cabeza con el mismo ímpetu con el que se marchó.

Empezó corriendo. Fue a Decathlon y se compró todo el equipo: zapatillas; calcetines; pantalón por la rodilla, que no se llama pantalón por la rodilla, sino pantalón pirata o pantalón corsario, por si hace calor; pantalón largo, que no se llama pantalón largo sino malla, por si refresca o va sin depilar; camisetas de tirantes con sujetador incorporado para no hacerse daño en las lolas al trotar; remeras de manga corta para encima de las camisetas de tirantes; chaquetas, que no se llaman chaquetas sino cortavientos, por si sale temprano y hace frío, o por si sale tarde y hace frío, o para atárselas en la cintura y taparse un poco el culo, que, desde luego, podría haber adelgazado un poco con el disgusto de la marcha de William. Pero no, sigue igual,

con sus cartucheras y sus michelones y demás. Se gastó 176 euros, porque también metió en la cesta un brazalete para el móvil y cuatro chorradas que les compró a las niñas para sentir que no derrochaba el dinero sólo en ella.

Salió a correr y a los cinco minutos ya estaba fatigada. Regresó a casa y tomó agua con azúcar y una bebida isotónica, no fuera que las agujetas tardasen en salir lo mismo que ella en agotarse. Se imaginó, sí, se imaginó, no creyó verlo ni oírlo, sólo se imaginó, a Will burlándose de ella, llamándola:

—Floja.

O:

—Cobarde.

O:

—Pusilánime.

Al día siguiente volvió a salir, primero porque pensó que el (poco) ejercicio había tenido que ver con el hecho de que no pensara que su marido le decía esas cosas, y segundo porque esa noche consiguió dormir (un poco) mejor. En el segundo intento aguantó un par de minutos más, pero volvió con las pulsaciones aceleradas. Insistió. Al otro día cambió de táctica y decidió correr dando vueltas a la manzana de su casa, por si se infartaba o se provocaba una fascitis o cualquier otra lesión. La cuarta vez que salió a correr consiguió dormir desde las dos de la madrugada hasta que sonó el despertador, a las siete y media de la mañana, y decidió darle una oportunidad al deporte, por si acaso tenían razón todos los que decían que el ejercicio genera la hormona de la felicidad y todo ese rollo del que ella y William tanto se reían mientras practicaban *sillonball* y dedicaban sus esfuerzos a hacer pocos esfuerzos.

Empezó a correr veinte minutos los lunes, los miércoles y los viernes. Se sentía satisfecha y, poco a poco, cómoda. Abandonó el perímetro de seguridad de su casa y se adentró en los parques y jardines que la rodeaban, pertrechada con su equipaje y con el preludio de la primera suite para violonchelo en sol mayor de Bach sonando en bucle y sólo para ella.

Por eso lo deja también. Por Rostropóvich, que lo toca como nadie y al tocarlo abre la puerta por la que se le cuele su madre con el paño para el polvo en el delantal y la reprende por la falta de higiene doméstica, pero se la come a besos cuando llega del colegio y le desliza caramelos de la suerte en la mochila si va a tener un examen, y si algo le duele en el cuerpo o en la mente la sienta en sus rodillas y le da golpecitos suaves en la espalda al ritmo de la canción que tararea, casi siempre *El día que me quieras*, y «si es mío el amparo de tu risa leve que es como un cantar, ella aquietta mi herida, todo todo se olvida», hasta que se le pasa el disgusto o el malestar.

Su mamá vuelve, y juega con ella a escribir «Tonto el que lo lea» en un papel pequeño, y mete ese papel pequeño en una caja de fósforos y la envuelve en vistoso papel de regalo y se arregla con esmero para salir a dar un paseo y dejar caer en el

suelo, por descuido, la caja de fósforos envuelta en papel de regalo en Wenceslao Tata, o en Ladislao de la Torre, lejos de casa, y se sienta a esperar a ver quién agarra la caja de fósforos envuelta pensando que es un regalo, y luego se mata de la risa al ver su cara. Su mamá, que la abraza con mimo cuando le rompen el corazón y le promete que hay alguien para ella en algún lugar que la amará como ella se merece que la amen, que es mucho, que es muchísimo, porque ella es una joya, un diamante, una reina. Su mamá vuelve y le hace creer que es su hija favorita, que la quiere más que a Lautaro, el mayor, y mucho más que a Laura, la menor, y ella se siente tan especial, porque tiene el amor de su madre por encima de sus hermanos, y una noche, en una pelea, se lo echa en cara: «Mamá me quiere a mí más que a ustedes», y Lautaro y Laura le dicen: «Qué va, mamá me quiere más a mí», y así descubren que les ha ido a los tres con el mismo cuento y se enfadan y la odian y se prometen que nunca más la creerán y le guardan ese estúpido rencor infantil hasta que se hacen mayores y tienen sus hijos y comprenden que en realidad su madre les decía la verdad a los tres, porque a los tres los quería más que a nadie.

Su mamá vuelve a su cabeza, joven, tierna, enfadada, contenta.

Y vuelve el día de su casamiento. La voz temblorosa de William al decir que sí quería casarse con Giuliana Di Benedetto. Las lágrimas que el que era ya su esposo no pudo evitar cuando su hermana Antonia recitó la bendición que los apaches hacían en las uniones de sus indios. La risa floja que le entraba al verle lagrimear con ese poema tan cursi y que además seguro que no era ni apache ni era nada, que decía:

Ahora sentiréis que no llueve, porque uno será el amparo del otro. Ahora no sentiréis el frío, porque cada uno será el abrigo del otro. Ahora sois dos personas, pero allí es solamente una vida después. Id ahora a vuestro hogar para ingresar en los días de vuestra vida juntos. Y quizá vuestros días sean largos y buenos sobre la tierra. Trataos con respeto y recordad a menudo qué os ha unido. Dad prioridad a la ternura, la gentileza y la bondad que vuestra unión merece. Podéis cabalgar lejos de las tormentas cuando las nubes oculten la cara del sol en vuestras vidas, pero recordad que, aun si lo perdéis de vista por un momento, el sol sigue allí.

Deja de correr porque, corriendo, no recuerda que se casaron para facilitar todos los trámites de la salida del país cuando emigraron a Florida, y le parece que la boda fue el colofón a una historia de amor digna de una película de Hollywood.

Y porque le vuelve la sensación de cansancio, no por correr, sino por todo lo que bailaron después en el bar del primo del novio de su sobrina Mariana, que les hizo un menú acorde con el presupuesto, que era cero, y les dio de comer poca cosa, pero de beber en abundancia, y llevó toda su discografía en un tocadiscos portátil en el que la Carrá no dejó de insistir en que para hacer el amor había que ir al sur y demás.

Vuelve Will, moviéndose con esa risueña dificultad metido en ese traje marrón que le estaba algo justo, sin saber que doce años después, justo doce años después, también sería marrón el traje de su mortaja, y también se leería un poema indio, *cherokee* esta vez, en esa otra ceremonia tan diferente, tan triste.

No te pares al lado de mi tumba y solloces. No estoy ahí, no duermo. Soy un millar de vientos que soplan y sostienen las alas de los pájaros. Soy el destello del diamante sobre la nieve. Soy el reflejo de la luz sobre el grano maduro, soy la semilla y la lluvia benévola de otoño. Cuando despiertas en la quietud de la mañana, soy la suave brisa repentina que juega con tu pelo. Soy las estrellas que brillan en la noche. No te pares al lado de mi tumba y solloces. No estoy ahí, no he muerto.

Lo deja porque recuerda la vida cuando se conocieron, tan sencilla: él era amigo de una amiga de alguien de quien ella era amiga a través de otra amiga. Se encontraron varias veces antes de la definitiva. En una fiesta de fin de año, en una boda a la que ninguno quería ir, en una concentración convocada por un fotógrafo para captar parejas bailando un tango, en la cola de un cine, en una manifestación para protestar por las privatizaciones de Menem. En fin. Se saludaban siempre afectuosamente, se presentaban a sus parejas y se decían que tenían que llamarse para tomar un café un día de éstos, sí, seguro, te llamo, llamame, claro, te llamo, chau, hasta que por fin la casualidad los hizo verse en la entrada del Luna Park para un concierto de Los Fabulosos Cadillacs.

—¿Hoy no venís con novio?

—¿Ni vos con novia?

—No. Ahora mismo estoy en góndola.

—Yo también. Estoy harta de los hombres.

Se rieron.

—No te preocupés, tenés facilidad para levantarte a las minas que querás.

—Pues vos no te quedás atrás. Cada vez te he visto con un pibe diferente. Todos peores que vos, por cierto.

—No como tus novias, todas con licenciatura en física cuántica.

Se rieron de nuevo. Hablaron, bromearon, bailaron, bebieron cerveza.

Corre al ritmo del preludio de la sonata para violonchelo de Bach, pero es Vicentico quien canta en su cabeza.

Quiero estar a tu lado poder verte en la oscuridad quiero ver a tu padre preocupado por mi traje preocupado por mi modo y mi manera de tomar viajo y me veo pasar ya me veo esta noche muriendo como las demás ya llego y te veo pasar abrazada a ese imbécil igual a todos los demás.

Por eso lo deja. Por Vicentico. Por Los Fabulosos Cadillacs cantando en el Luna Park para ella y para William, que detienen el baile y la canción y se besan y se besan y se besan y no paran de besarse mientras Los Fabulosos cantan y dejan de cantar y se despiden y la gente sale y ellos se van con la gente sin dejar de besarse, como si no hubieran tenido otra cosa en la cabeza desde que se conocieron en esa fiesta de fin de año, en esa boda, en esa concentración de tangos, en esa cola del cine, en esa manifestación contra Menem y sus privatizaciones. Porque recuerda las veces que lamentaron todo ese tiempo, perdido, dando vueltas, sin encontrarse.

—No nos encontramos porque no nos buscábamos, boludo. Vivíamos la vida sin más.

—Ay, dejame pensar que todo estaba marcado de antes, que vos y yo somos las dos mitades del andrógino que Zeus separó con su espada malvada...

—No era una espada, sino un rayo.

—¿Y qué más da? Me gusta la idea de que estábamos predestinados.

—Pero si vos no creés en el destino...

—Pero en el nuestro sí... Fijate, tanto tiempo conociéndonos... Me gustaste desde el primer día que te vi, ese fin de año, con ese boludo... Pensé: «Qué poco hombre este para tanta mujer».

—No era el hombre de mi vida, desde luego.

—Claro, porque el hombre de tu vida soy yo. Yo soy el que has estado esperando, el que va a hacerte feliz toda la vida, el que va a llenarte la casa de hijos y la nevera de comida y la cuenta del banco de dinero y todo lo demás.

Se reían casi todo el tiempo que no discutían, pero discutían mucho también. Corriendo se acuerda de las peleas absurdas que desgastaban su relación, de los enfados que se cerraban en falso casi siempre, porque Marie los escuchaba o porque no valía la pena seguir riñendo, y se les quedaban dentro y creaban un pozo de resentimiento que nunca acababa de vaciarse y era el caldo de cultivo para las broncas que venían después, que convertían su vida en un círculo vicioso de risas y de llantos que no tenían fin.

La muerte de Will se llevó eso, las reacciones desproporcionadas, los días sin hablarse, las reconciliaciones, y le devolvió al marido feliz, al hombre contento, enamorado, lleno de planes y de buenas intenciones.

Pero correr le trae a la mente todas las veces que le dijo «Me voy» y que ella le contestó que se fuera; las noches en las que buscaba información en internet sobre los tipos de custodia por si se separaban; las mañanas en que se tomaba dos cafés aunque le sentaran como un tiro para que él tuviera que preparar otra cafetera; las camisas blancas que tuvo que tirar porque las dañó adrede al ponerlas con ese vestido de Ana que desteñía; las veces que agregó más sal a un guiso; las que escondió en el armario de Marie su pulóver favorito.

Por eso vuelve a Decathlon y se compra un bañador de siete euros y un *pack* con gafas y gorro de baño que le cuesta cinco con noventa y se mete tres veces por semana en el agua caliente de la piscina cubierta. Porque ahí no tiene que pensar, sólo contar hasta tres, sacar la cabeza y respirar, y contar hasta tres, sacar la cabeza y respirar, y contar hasta tres, sacar la cabeza y respirar, mecánicamente.

El mismo mecanismo que la mantiene a flote fuera del agua para seguir viviendo.

Negociación

Antonio Gutiérrez muere el 30 de enero y Giuliana se entera por Facebook. Le pone cara ese mismo día, no porque no la recuerde, sino porque no le conocía.

Antonio Gutiérrez muere el 30 de enero, sin pelo y con la cara algo pálida, pero no porque fuera calvo y tuviera mal color, sino porque la quimioterapia le ha hecho perder el pelo y el cáncer le ha quitado ese brillo lozano que tuvo hasta poco antes de que le diagnosticaran la enfermedad. En realidad, antes era rubio, corpulento y con cara de buena gente. Hay fotos, en Facebook, donde aparece haciendo una paella, bañándose en un río, mostrando a cámara un pez minúsculo, todavía en la caña, recién sacado del mar, y dándole un beso en la mejilla a María Martín Martín, su mujer, que convoca a familiares y amigos a su entierro citando a Unamuno: «Cuando se muere alguien que nos sueña —dice—, se muere una parte de nosotros mismos».

Tiene razón.

María cambia la foto de su perfil, quita la de la huella de unos pies (los suyos) en la arena de la playa y pone una de su boda con Antonio, y los comentarios se suceden a una velocidad de vértigo. También los «Me gusta». Giuliana se irrita. Le dan ganas de escribir: «Cómo pueden ser tan capullos de darle al puto botón de “Me gusta” si se ha muerto un hombre».

Lo hace. Lo escribe.

¿Qué es lo que les gusta? ¿Unamuno? ¿Que otra mujer sea la viuda y otro hombre sea el muerto? ¿Qué?

Elimina el comentario. Se desconecta, sin ser capaz de mandarle a María unas palabras de aliento por un medio que, de repente, se le antoja frío. Pero tampoco se siente capaz de llamarla, porque no son más que amigas casuales, personas que se han acercado más por las circunstancias que por afinidad. Ni siquiera le caía bien. Hasta que compartieron ese café improvisado en el centro comercial, tuvo que esforzarse por superar esa barrera de rechazo, que era lo primero que sentía cuando se la encontraba fortuitamente o cuando aparecía en su muro o le mandaba algún whatsapp.

Pero el misterio de sus lágrimas aquella tarde terminó de volverla humana. Algo le pasa. Algo le duele. Y a ella la conmueve tanto ese dolor que la otra se esfuerza en

ocultar que se pone de su parte, sea lo que sea lo que le pase.

Pensar en el funeral de Antonio le produce taquicardia. No ha vuelto a un tanatorio desde que William se marchó, y teme que los recuerdos puedan con ella y pierda los nervios y, lo que es peor, los papeles, así que le pide a Pepe Bau que la acompañe, porque no quiere ir sola y porque no conoce a nadie más a quien pedírselo.

Es cierto. Tal como le dijo la primera vez que hablaron por teléfono, su relación con el resto de la humanidad es fría cuando sale de la pantalla del ordenador. Hay gente a la que conoce en el mundo virtual y también en el real, y aunque en Facebook mantiene largas y acaloradas discusiones sobre cualquier tema, en la calle resuelve el encuentro con un «Hola, qué tal» y poco más. Con las madres del colegio le pasa justo eso. A veces toma café con alguna de ellas cuando deja a las niñas en clase; con otras coincide en la clase de pilates en el pabellón municipal; en los cumpleaños se toman una cerveza mientras los niños se desgañitan en el parque de juegos de McDonald's; comparte chistes en el grupo de Whatsapp. Por ejemplo, el último lo mandó ella misma: «Follas tan poco que crees que “fornicar” es una empresa de alquiler de coches», y todas se rieron (jajajaja) o pusieron emoticonos divertidos (😄, 😄😄, 😄😄😄). Se mezcla entre ellas como si fuera una de ellas, pero no es capaz de derribar ese muro que la mantiene distante, distinta, nórdica, como le dijo a Pepe, y eso que sabe que puede contar con ellas y es lo que hace, de hecho. Cuenta con ellas. No tiene ni que pedirles que se hagan cargo de las niñas si no se siente bien, se muestran amables con ella cada vez que se encuentran, en el mercado, en la puerta del colegio, en la sala de espera del médico. Las aprecia, porque sabe que no tienen por qué hacer lo que hacen, por qué permanecer impermeables a la frialdad con la que las trata. Pero no puede hacer otra cosa. Algo se lo impide. Antes ya era así.

William se lo reprochó más de una vez.

—La gente piensa que sos antipática.

—No lo soy.

—Sé que no lo sos. Pero lo parecés, y para el caso viene a ser lo mismo.

—¿Por qué? ¿Acaso no respondo si se me habla, o no sonrío, o no cedo el paso, o no me sé los nombres de las madres de las compañeras de las niñas?

—Sí, pero ¿has tomado algo alguna vez con ellas, o has hablado, qué sé yo, de sexo, una tarde en un cumpleaños?

—Es que, si no conozco a las personas, no me siento capaz.

—Podrías esforzarte un poco.

—Pero es que no me siento capaz.

—Tu timidez es enfermiza.

—¿Y qué hago?

—Pues esforzarte... Yo sé cómo sos, pero, cuando te veo relacionarte con el resto

del mundo, a veces ni te reconozco...

—¿Sabés? A menudo me pregunto qué fue lo que me enamoró de vos... Y muchas veces no lo sé. Pero hoy, en este momento, creo que sí, que lo sé, que lo tengo: fue tu capacidad de comprensión, tu empatía...

—A eso me refiero: tenés sentido del humor, sos graciosa... Y en cambio con la gente te comportás de forma... incluso maleducada.

—¿Maleducada?

—Pues sí. Fijate: ya llevamos aquí meses, y, decime, ¿cuántas amigas tenés?

—¿Amigas? Ninguna.

—¿Y te parece normal?

—¿Y a vos te parece normal vivir la vida como si fueras Roberto Carlos y querer tener un millón de amigos?

—¿Ves?

—Para mí la amistad es algo muy importante. No considero amigo a cualquiera.

—A ver, ¿cuántos tenés?

—Pocos. Mirá. Están Viviana y Lorena, que las conozco desde el colegio, y Alicia, Ana y Mar, de la facultad.

—Pero me citás a cinco que no son tus amigas: son tus mejores amigas. Y entre mejor amiga y nada, yo creo que tiene cabida algo más, ¿no te parece?

—Yo creo que la gente, y entre la gente te incluyo a vos, querido esposo, le otorga cualidad de amigos a meros conocidos. Y así lo único que se consigue es pervertir el valor de la amistad.

—¿Pervertir?

—Ajá. Pervertir.

—Creo que es la primera vez que te oigo decir esa palabra. Me preocupás.

—No tenés por qué. Seguiremos practicando sexo con regularidad y en posturas variadas, como hasta ahora.

—¿No podés mostrar al mundo ese gran sentido del humor?

—Pero es que yo no soy como vos. Todos no somos como vos, que parecés un *showman* en perpetua actuación.

—Yo sólo te digo que podrías darles un poco de cancha a las personas con las que te encontrás, darles una oportunidad. Tenés razón en lo que decís, aunque «pervertir» es una palabra que me suena tan mal... —Se rieron—. Pero pensá esto: no tenemos un número limitado de amigos. Y más en nuestro caso.

—¿En nuestro caso?

—Claro. Hemos cambiado varias veces de país, de vida. Te condenás a una inmensa pobreza si no permitís que vaya entrando gente nueva —le puso la mano en el pecho, al lado del corazón— aquí.

—Lo intento.

—No lo hacés.

—Lo intentaré.

—No lo vas a hacer.

—Me mata tanta confianza.

—Está bien, confío en que lo vas a hacer.

Recuerda esa conversación mientras observa a María sentada en el sofá del tanatorio. De hecho, la ha recordado antes. Por eso ha llamado a Pepe y le ha dicho:

—Te va a sonar raro, pero me gustaría que me acompañaras a un sitio.

No lo ve, pero en el despacho de Nova Peritia el antiguo jefe de su marido sonrío, satisfecho.

—Dime a qué hora te recojo.

Llega a su casa puntual, y no se muestra sorprendido cuando Giuliana le dice que van a un velatorio.

Más tarde, mientras tomen una cerveza, Giuliana le dirá:

—Me sorprendió que no te sorprendieras.

Y él contestará:

—William me previno de que podrías pedirme cualquier cosa.

Se demorará un rato mirando la espuma en el vaso, y por decir algo, por llenar de palabras un silencio que de repente se le antoja incómodo, le dirá:

—¿Sabés lo que me dijo María?

—¿La viuda?

—Sí, la viuda.

—¿Qué?

—Que sos gay.

Pepe se queda perplejo. Ella intuye que ha metido la pata.

—¿En serio, te ha dicho eso?

—Sí.

—Pero qué poca cultura del silencio tiene la gente, hay que joderse...

—No entiendo.

—Pues que dices lo primero que se te pasa por la cabeza, coño, y no hace falta. La gente no se da cuenta de que está más guapa callada.

—¿Lo dices por mí? ¿Por lo que te acabo de decir?

Ignora la pregunta.

—Joder, pero si acaba de morir su marido...

—Ya...

—¿No tiene otra cosa en la que pensar?

—Bueno, en el tanatorio, con William, yo pensaba todo el rato en los deberes de las nenas, en que tendría que pedírselos a alguna mamá. Qué sé yo. La mente va por su cuenta en situaciones extremas...

—Coño, no compares...

—Bueno.

—Hay que ver...

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Sos gay?

Pero antes de hacerle esa pregunta al que, quién sabe por qué, se ha convertido en su mejor (y único) amigo, en la sala 12, observa en silencio a María e intenta mantener la decisión de sentir compasión por ella. Está de su parte. Se lo tiene que recordar. Se esfuerza en no plantearse por qué está tan maquillada, por qué parece que vaya a salir a cenar, por qué huele a fresco y no a flor muerta, por qué sonríe a la gente que va llegando y les ofrece algo para tomar y va de acá para allá en la sala haciendo sonar los tacones y se muestra tan cortés con todo el mundo pero no se acerca a sus hijos, ni les pone la mano en el hombro, ni les abraza ni les dice: «Venid, vamos a ver a papá», pero sí habla con el resto de los presentes. «¿Conoces a Giuliana?» Y la presenta como si la conociera de toda la vida y tuvieran en común un pasado alegre. «Giuliana es la bomba», dice.

Lleva un vestido negro, por la rodilla, medias oscuras y zapatos salón de tacón medio. El pelo, recogido en un moño bajo. Sobre el sofá, un bolso con el logotipo de Dolce & Gabbana.

—Joder, parece Grace Kelly...

Pepe se ríe.

—Pero Grace Kelly no llevaría eso.

—¿Qué?

Pepe le señala con un gesto de la mano la etiqueta que sobresale justo debajo del moño. Se acercan con disimulo y comprueban que lo ha comprado en Zara y que le ha costado 55,90 euros. Se ríen. Pero, en ese momento, Giuliana comienza a sentir una infinita ternura por esa mujer que ha tenido tiempo de ir a comprarse un vestido porque no había previsto que su marido muriese tan pronto, o que lo compró hace tiempo y lo guardó para estrenarlo para él, quizás en un último homenaje, o mejor, imagina a Antonio diciéndole:

—Querida, quiero que el día de mi funeral estés tan guapa como el día de nuestra boda.

Y ella:

—Claro, amor mío. Me esforzaré por estar bella para ti.

Y él:

—Quiero que nuestros amigos sepan que, como Epicuro, pensamos que la muerte no significa nada, porque antes de morir no la conocemos y después de muertos ya no estamos aquí.

Y ella:

—Por supuesto, cielo. Te amo por lo bien que afrontas todo esto. Y por tu inteligencia. Yo ni sabía quién era Epicuro...

Se besan apasionadamente y eligen juntos el vestido en la web de Zara. Para él reservan un traje azul marino de raya diplomática que encargan en la sastrería de Jaime Gayo, en Madrid, porque han leído que cose a medida la ropa al rey y ellos no son menos por no ser de la Casa Real.

Se lo cuenta a Pepe en la cafetería del tanatorio y él se ríe tan sonoramente que los ocupantes de la mesa de al lado los miran de mala manera con sus ojos llorosos.

—Tu fantasía es tan adorable como una escena de Doris Day vestida con la parte de arriba del pijama de Gary Grant, pero tan imposible...

—¿Por qué? ¿Por Epicuro?

—También por Epicuro.

—Yo no sabía quién era cuando William lo citaba... Pero ella sí, claro, porque es profesora...

—No es por eso.

—¿Entonces?

—¿No te has dado cuenta de que ese tal Tony y ella están liados?

Abre los ojos como platos.

—¿Por qué dices tal cosa?

—Coño, es evidente... Por su manera de ignorarse.

Vuelve a la sala con la intención de fijarse, pero Tony ya se ha marchado. María está distinta, más triste.

—¿Me acompañas a fumar un cigarro?

—¿Pero vos fumás?

—No. Pero me gusta tener un cigarro entre los dedos.

Salen y llegan a tiempo de que Tony les diga adiós con la mano desde su coche.

—Pobre.

—¿Pobre Tony?

—Sí, pobre... Tiene que irse al médico con su mujer...

—Pobre de ti, María, que tienes a tu marido acá adentro...

—...

—Disculpa.

—No, no te preocupes. Tienes razón.

—No me malinterpretes. Me encanta verte tan entera.

—Tú también lo estabas.

—¿Cómo lo sabes?

—Antonio y yo fuimos a acompañarte, a despedirnos de William, ¿no te acuerdas?

—...

—Aquel poema *cherokee*... Y cuando sonó *Yesterday*...

María hace un gesto con la mano, como tratando de abarcar lo inabarcable, que acorta toda distancia. Se siente próxima a ella, cómplice, como si las dos estuvieran remando en el mismo barco hacia la misma dirección. De un lado, el fondo del mar. Del otro, la superficie.

—Lo recuerdo todo como en una nebulosa, como si hubiera sido un sueño. Incluso ahora me parece que en un momento u otro me despertaré y...

—Nos pareció precioso...

—Era lo que Will hubiera querido.

—Antonio también prefería esto, algo más sobrio, más contenido...

Giuliana no sabe si pretende ofenderla. La otra se adelanta.

—No te ofendas.

—No, por favor..., cada uno es como es.

—Me gusta mucho que mantengas relación con el jefe de William.

—Es muy buena gente... Me hace reír.

—Eso es bueno.

—¿Sabes que William le pidió que cuidase de mí y de las nenas?

—¿Sí? No me sorprende que se lo pidiera justo a él.

—¿Por qué dices eso?

—Es evidente... En el funeral nos dimos cuenta de que era homosexual.

La mira y siente que una de las dos ha bajado del barco. Se le pasa la compasión.

—¿Sí?

—Sí.

—Es curioso.

—¿Qué?

—Pues que los funerales parecen afinar la intuición de las personas.

—¿En serio?

—Sí. Fijate, Pepe también se ha dado cuenta en este funeral de que Tony y tú sois amantes...

María la mira, fijamente, con desconcierto. Se produce un silencio ensordecedor y Giuliana puede, sí, de verdad, puede escuchar el sonido del corazón de María quebrarse en mil pedazos, como si fuera una copa de vino que se cae de la mesa y se estrella contra el suelo. Crac. No es un vaso: es toda la cristalería de Bohemia hecha añicos en el piso.

Giuliana no puede sostenerle la mirada, y baja los ojos al suelo, un instante. Cuando los levanta, María está llorando.

Se pone de su lado, definitivamente, y la abraza.

En la misma puerta del tanatorio, mientras Pepe saca el coche del aparcamiento, llama por teléfono.

Sabe que no le van a contestar. Pero... Ya no saca el papelito, no se engaña. Sabe el número de memoria. Lo tiene en la cabeza, desde hace años.

—Estooooo... Hola, ¿cómo te va?

Empieza a llover, un poco.

—Me acordé de vos.

Le entra frío.

—En realidad, ando todo el tiempo acordándome de vos.

Le entra pudor.

—Te habrás dado cuenta.

Le entra rabia.

—Por tantas veces como te llamo.

Le entran ganas de insultar.

—...

Cierra los ojos.

Cuelga.

La muerte no se lo lleva todo. Se lleva sólo una parte, la parte mala. Los malos recuerdos, los malos modos, los malos momentos, y se deja lo mejor. Debe de ser parte de su crueldad. Lo piensa, y el pensamiento le da ganas de ponerse a llorar.

De ser de otro modo, de ser al revés, de dejar la huella indeleble de aquella discusión que subió tanto de tono que ella creyó que le levantaría la mano y estuvo días pensando si agarrar a las niñas y volverse a Argentina, o de esa boda en la que bebió tanto que tonteó con todas las mujeres de la mesa y ella se enfadó y se levantó y se marchó y cuando volvió una amiga le dijo: «Ojo, que tu marido se ha ido con fulanita», y fue a buscarlo y lo encontró en esa inequívoca postura que antecede al beso, con la espalda adelantada, la cabeza ladeada, con otro cuerpo esperando que continuara un movimiento que cesó de golpe al escuchar su nombre.

William.

Al oír la pregunta.

Pero qué coño hacés.

Eso se lo lleva. Se lleva las noches de llanto inconsolable de Marie, una niña indefensa que lloraba y lloraba y lloraba hasta que caía rendida de puro sueño porque a su padre se le había metido entre ceja y ceja que tenía que aprender a dormir sola. Todo ese sufrimiento para nada, porque luego nació Ana y se volvió loco con ella y no la dejaba ni gemir sin acunarla y se volvió un fanático del colecho hasta que la niña le dijo:

—Yo ya me quiero ir a mi habitación, papá, que sudas como un chancho y me das calor y quiero hablar de cosas de chicas con mi hermana.

Y también se lleva la mala costumbre de intentar cambiarla, de querer moldear su carácter, porque el que tenía en verdad no le gustaba, y la discusión... «Si no te gusto, por qué no me dejás», «Porque te quiero», «Si me querés, por qué me querés cambiar».

Eso se lleva la muerte, sólo eso, y deja lo otro, lo que más duele. Se lleva sus bajezas, pero te deja las tuyas.

Deja el recuerdo de una mujer desnuda en una habitación de hotel, nerviosa, excitada, mandando un mensaje a su marido.

«La comida se ha demorado, ¿podés hacerte cargo de las nenas?»

«Qué peligro tienen las sociólogas argentinas cuando se reencuentran.»

«No sé cuándo voy a volver, probablemente nos quedaremos también a cenar. Tenemos tanto que contarnos...»

«Tranquila, pasalo bien. Disfrutá, que te lo merecés.»

La mujer desnuda se siente tan culpable que le viene la irrefrenable tentación de marcharse.

No sabe qué hace ahí, qué está haciendo ahí, cómo ha llegado ahí, qué hará al salir de ahí.

Se lo pregunta en voz alta.

—Pero ¿qué estoy haciendo?

Se vuelve, y mira al hombre que la observa desde la cama. También está desnudo.

—¿Qué estamos haciendo?

Él sonríe, con una sonrisa triste.

—Vení acá...

Ella le obedece y él la abraza.

—Esto tenía que pasar... Hace años que soñaba con esto, que me dormía imaginando que por fin ocurría...

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pero... ¿tenía que pasar justo ahora? ¿No podía haber sido antes, o después?

Él hace un gesto con los brazos. Los levanta y los deja caer.

—No, parece ser que éste era el momento para que por fin nos decidiésemos a hacer el amor salvaje y tiernamente tres veces.

—¿Tres? Pero si sólo lo hemos hecho una...

—Todavía no te fuiste, flaca.

Mientras hablan, ella se ha vuelto a vestir. Él la coge por la cintura.

—¿No llevás demasiada ropa?

La desnuda, despacio, sin dejar de besarla.

—Qué suave sos.

Ella se estremece. William le dice justo lo mismo.

—No me digás eso.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros y cierra los ojos, para ahuyentar de esa habitación a la única persona que no debe estar dentro.

Santi es un aventurero con brújula que no sabe bien qué terreno pisa.

—Decime qué te gusta.

Ella quisiera decírselo, pero un absurdo pudor se lo impide.

—Averiguelo vos.

Lo averigua, varias veces, incansablemente, inasequible al cansancio, a la resaca

que les deja la boca pastosa y entorpece los besos, al cuadro que se cae de la pared y los golpea en la cabeza.

Se ríe cuando lo recuerda, un poco; luego le entra la dolorosa nostalgia de saber que nada de lo que allí se hizo podrá repetirse, que lo que se dijo no se materializará, que no volverán a verse aunque tengan que pasar siete años, que no se encontrarán por casualidad, que nadie los verá juntos y se dará cuenta de cuánto se desean, de cuánto amor hay detenido en el aire. Ay. Eso era antes. Antes de que Will enfermara. Antes.

Antes no pasaba un día sin que le recordara. No pasaba una hora sin que pensara en él. Ése era su castigo. Añorarle. Lamentar no haberse dado cuenta antes de que ese chico tímido con el que casi nunca hablaba y en el que apenas había pensado en todo ese tiempo podría haber sido el gran amor de su vida. Atormentarse por no haber intuido todo lo que se escondía dentro de ese hombre. Esa capacidad de besar, de lamer, de acariciar, de contorsionarse para llegar aquí y al mismo tiempo allí, esa paciencia para ayudarla a hacer que los ataques de culpa se le pasaran, ese tono de voz, pausado, para decirle tantas veces como hiciera falta:

—Estás acá, en este cuarto. Y estamos solos los dos. Ahora mismo no importa el mundo. El mundo está aquí.

Y la abrazaba, y la besaba con besos cortos, suaves, y vencía la resistencia de su lengua con la ternura de la suya, hasta que se abría un poco, como se abren las puertas de las personas temerosas de lo que las espera tras ellas, y ella notaba su sonrisa entre beso y beso y notaba en el bajo de su vientre que sus hijas estaban a punto de desaparecer de su cabeza, que su marido se diluía entre tanto deseo, que esa puerta recién abierta se había cerrado con ellos adentro y había dejado fuera todo lo demás.

Cada noche desde esa noche recordó esa noche.

Enfermó. En semana y media no pudo salir de la cama porque tuvo gripe, gastritis y el periodo. Perdió peso y cabello. El doctor dijo que era el estrés, que la había vuelto débil, blanco fácil para los virus. Ella sabía que no le ocurría eso, que su debilidad no era más que el fruto de la combinación del remordimiento y la tristeza, la terrible nostalgia por las horas que no iban a regresar, por los momentos que ya no se repetirían. Pero por qué no se habría fijado antes en él. Ay.

William se ocupaba de todo mientras ella se encerraba a sudar la pena, y eso agravaba su mal. Pobre William, que no se merecía lo que le había hecho. Que no se merecía esa sensación de que nunca volvería a amarle como le había amado hasta que llegó ese miércoles maldito, ese congreso de mierda, esa llamada que prometía reencuentros con viejos amigos, y risas y alguna lagrimita por el tiempo que no volvería más.

Para sobrevivir, se armó con un embozo de cristal de doble capa que la aisló del

exterior y que le dio una apariencia de normalidad, con la esperanza de que el tiempo lo pusiera todo en su lugar, poco a poco. El sentimiento de culpa, en el fondo; el recuerdo de ese amor inesperado y loco, en el fondo; y, afuera, todo lo demás.

Pero vino el después.

Después todo se borró, todo lo que no fuera William, acompañarle, tomarle de la mano, alentarle, vos podés, vos podrás, podremos, sostenerle la frente si vomitaba, fingir que no le veía si lloraba, simular una fortaleza que estaba lejos de sentir, ser otra mujer, al fin, ser la mujer que él necesitaba en ese momento y no la que era en realidad, una mujer rota y atormentada por el miedo a perderle, sin más capacidad para sentir nada hacia otra persona que no fuera su marido, ni siquiera hacia ella misma.

Ahora el recuerdo ha vuelto, en parte para mortificarla con la culpa y en parte para adormecerla. Si Santi viene a lo primero, a mortificarla, lo nota porque siente picor en la piel, movimientos incontrolados en las piernas y ganas de llorar.

Todos los síntomas terminan si se pone a hacer otra cosa que le ocupe la mente por un rato, y entonces piensa que no debió tener tanta importancia como ella le dio después, que lo magnificó porque magnificarlo suponía que no se había dejado llevar por un furor uterino cualquiera, que lo hizo por amor y no por no poder esperar a llegar a casa para acostarse con su esposo.

Se tranquiliza. No se siente tan mal.

Pero en otras ocasiones Santi, desnudo en esa habitación, viene a calmarla. A veces, algunas veces, cuando se acuerda de él es como si una mano invisible le colocara una mascarilla en la nariz, como si alguien le dijera: «Respire con normalidad y cuente hacia atrás». Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Y llega la paz.

Entonces puede recordar lo que sucedió esa noche y lo que pasó después, ese amor que la removi6 por dentro, sin sentirse mala persona, porque comprende que en realidad no lo es. Sabe que esas cosas ocurren, que le pueden pasar a cualquiera, que es probable que también Will viviera algo similar alguna vez en la vida, que tal vez en uno de sus viajes conoció a alguien o se reencontró con alguien y se volvió del revés.

Que a lo mejor también sus compañeros de facultad vinieron a España a un congreso, que le llamaron para comer, que comieron, que bebieron vino, que después tomaron copas, que unos y otros fueron desertando, que al final sólo quedó él y esa chica que siempre le había gustado, un poco, pero que entre tanta copa y tanta charla y tanta risa se le reveló, de repente, de forma inesperada, como una diosa del amor a la que era imposible oponer resistencia y comprendió que en realidad llevaba evitando ese momento desde que la conoció.

Sí. Seguramente, a él le habría pasado. También.

Habían hablado de eso, en varios momentos y con todos los tonos.

Con humor.

—Mirá qué chiste me contaron. Le dice la mujer al marido: «Cariño, ¿me engañás con otra?», y él responde entusiasmado: «¡¡¡Vale!!!».

Con decepción.

—¿Recordás a esa nena que va a clase con Marie que se llama Tonya y que sus padres tienen un cochazo, un Porsche por lo menos? ¿La recordás? Pues se han separado porque la mamá encontró al papá en la cama con su secretaria. Además de mal hombre, ya ves qué poco original.

Con miedo.

—Esa compañera que no hace más que llamarte por teléfono y ponerte mensajes a cualquier hora, ésa tan graciosa y tan guapa... ¿Cómo se llama? ¿Belén? Pues esa Belén... no querrá nada con vos, ¿verdad?

Otras veces no lo hablaban, y Giuliana rumiaba sus sospechas en silencio, como cuando él se encerraba en el baño con el teléfono y le oía cuchichear, o cuando le veía escribir mensajes como un poseso y luego miraba el móvil en un descuido y no había nada que husmear, porque lo había borrado todo, o cuando pasaban días sin que la buscara para hacer el amor y respondía a sus caricias con desgana si era ella quien le buscaba.

Hablara o callara, el resultado siempre era el mismo:

—Si alguna vez me sos infiel, prefiero no saberlo.

—¿Seguro?

—Seguro. Si es una bobería, o una noche tonta, si has bebido, o si se te ha ido la cabeza, o si te sentís atraído por una mujer pero sabés que no va a suponer nada para nuestro matrimonio, yo prefiero no saberlo.

Él opinaba lo mismo.

—Vos tampoco me lo digás. Y si te pasa y luego te sentís culpable, te jodés. No querás limpiar tu conciencia a costa de hacerme daño.

—Ni vos tampoco.

—La sinceridad está sobrevalorada. Yo no necesito saberlo todo de vos. Me basta con saber que me preferís a mí entre todos los hombres del mundo.

Así que cuando ocurrió lo de Santi no le contó que finalmente sí hicieron el amor tres veces, ni le explicó que no entendía lo que había pasado ni por qué.

Habría podido excusarse, decirle que había bebido demasiado, y habría sido cierto. Habría podido contarle que hablaron de lo divino y lo humano, que se sintieron cómodos juntos, cómplices cuando se quedaron solos; que él le declaró su amor antiguo como si fuera un amor nuevo y que ella dejó de reírse cuando Santi le reprodujo con fidelidad pasmosa la primera vez que la vio, en el pasillo de la facultad.

—Llevabas unos vaqueros anchos, una camisa de flores y una especie de zuecos

de madera. El pelo, rizado, lo tenías sujeto en una trenza en un lado, que te colgaba por la izquierda, detrás de la oreja. Y en las orejas, aros grandes. Y los labios pintados, de rojo. Y tenías una mirada tan insegura...

—Tengo que fiarme de vos... Ni yo misma me acuerdo de cómo iba vestida.

—Pero convendrás conmigo en que equivocaste el camino al aula y te metiste en secretaría y todas las secretarias te dijeron que ahí no era. Eso lo recordarás, porque te pusiste colorada.

El recuerdo le volvió a la mente y le trajo de nuevo ese bochorno a la cara.

—Volvés a ruborizarte, como entonces... Qué ternura me das.

Santi, envalentonado por los *gin- tonic*, le contó que se hizo su amigo porque le gustaba, que siguió siendo su amigo porque le gustaba, que mantuvo la amistad porque le gustaba, que se enredó en lo del pez que se muerde la cola porque nunca intentó nada porque eran amigos. Que una noche tomó impulso, en una fiesta, y para atreverse bebió como un cosaco, pero ella desapareció con un marxista melencólico y desde entonces odia el pelo largo, el comunismo y el ron con cola. Que cuando se decidía a pedirle una cita, ella llegaba con un novio o con un problema o con un novio y un problema, y que a veces acudía a él y a veces no, y él acababa abortando la declaración. Que en alguna ocasión a él le parecía que a ella también le gustaba, pero que entonces ocurría lo que ya había mencionado antes (que aparecía con novios y problemas).

—En resumen, flaca, que al final me acostumbré a pensar en vos como algo inalcanzable para mí.

Y, con ese pensamiento, conoció a una chica que estudiaba políticas, se enamoró de ella, se casó con ella, tuvo un hijo, luego una hija y después gemelos en menos de cinco años.

—He sido feliz, no creas. Y lo soy. Alba es una gran compañera que me ha ayudado mucho a crecer profesionalmente, y creo que yo he hecho lo propio con ella. Formamos un equipo. Hasta hemos escrito un par de libros juntos.

—Lo sé, los leí.

—¿Sí?

—Sí.

—No me falta nada con ella, nada.

—Te comprendo.

—Pero todas las noches... Casi todas las noches...

Se rió.

—No voy a mentirte ni a exagerar: muchas noches...

Se rieron los dos.

—Muchas noches, Giuliana, me duermo pensando en vos, preguntándome qué habría pasado si me hubiese atrevido a...

¿Qué fue lo que ocurrió en ese momento? ¿Qué cambió? ¿Qué extraño resorte actuó en su cabeza y movió las piezas, sacándolas de un lugar y poniéndolas en otro? Ni siquiera hoy, ahora, tres años y medio después, Giuliana tiene la respuesta.

Tal vez la bebida, o tal vez el calor de la mirada de él que le devolvía a la Giuliana llena de ganas de vivir de los veinte años, o tal vez nada, pero cuando él se acercó a besarla no le detuvo y le dejó que la besara y le devolvió ese primer beso que había tardado tanto en llegar y que se le quedó prendido, tan prendido, que ni siquiera hoy ha logrado marcharse. Todo lo que era real dejó de serlo.

Y desde entonces fue ella la que le recordó casi todas las noches, para poder dormir en paz.

Respire con normalidad. Cuento hacia atrás.

Regresaba Santi, desnudo, con esa mirada que la volvía joven y hermosa y llena de planes, que le devolvía la tersura de la piel, que se llevaba las arrugas de la cara y las estrías del vientre, y las ojeras, y el cansancio, y el malhumor.

—No soy la de los tiempos del biquini, por aquí han pasado veinte años y dos hijas, la más pequeña hace dos años.

—Estás hermosa, sos perfecta, perfecta para mí...

Regresaba Santi dándole una nota con su número de teléfono, y ella guardándolo en el bolsillo más oculto de su cartera, entre los resguardos de las compras aplazadas en El Corte Inglés, los descuentos de Consum y las entradas gastadas del cine.

—No me vas a llamar.

—No te voy a llamar, es verdad.

—¿Por qué?

—¿Para qué?

—Pues no sé, para hablar, para saludarnos, para felicitarnos por las fiestas y saber que estamos bien.

—¿Y para preguntarnos cuándo volveremos a vernos? ¿Para hablar de cómo nos sentimos después de esto hasta que nos agobiamos el uno al otro? ¿Para planear nuevos encuentros, o para lamentar no poder realizarlos? ¿Para que nos descuidemos y nos sorprendan hablando, o mandándonos un mensaje, o una foto de nosotros desnudos?...

—...

—Yo no quiero perder a William...

—Yo no estoy hablando de eso. Sólo quiero mantener el contacto...

—No hemos tenido ningún teléfono en este tiempo y mira...

—¿Entonces?

—Volveremos a encontrarnos, alguna vez.

—¿Cómo?

—Qué sé yo... La vida nos juntará.

—¿Aunque tengan que pasar siete años?

—O veinte...

—¿Qué vamos a hacer?

—Comportarnos con normalidad.

—¿Seguro? Porque yo no tengo claro que vaya a poder regresar junto a Alba como si no hubiera pasado nada...

Ella aparentaba un aplomo que estaba lejos de sentir.

—No me digás que es la primera vez que le sos infiel...

—No, no es la primera vez, pero nunca me había pasado con alguien que significara tanto para mí. Aunque te cueste trabajo creerlo, son muchas las mujeres que me han rechazado...

Rieron.

—Pero nunca había tenido que esforzarme tanto en olvidar a alguien.

Dejaron de reír.

—Te quedan unas horas antes de volver a verla. Cuando se reencuentren ya no te vas a sentir tan culpable.

—¿Y qué vas a hacer vos?

Suspiró.

—Me tiemblan las piernas... Y no es sólo por haber hecho ejercicios acrobáticos.

Se rieron.

—Pero también se me pasará.

Dejaron de reír.

—¿Seguro? ¿Se nos pasará?

—Claro.

—No sé... A mí me parece imposible dejar de sentir esta necesidad que siento ahora.

—¿Pero te creés Superman?

Santi no se rió. Estaba triste.

—No... No es una necesidad de hacerte el amor por cuarta vez...

Guardaron silencio.

—Es una necesidad de hacerte el amor eternamente, para siempre, de no hacer otra cosa en esta vida más que estar con vos, a tu lado y dentro de ti...

Giuliana se obligó a insistir:

—Se te pasará, vas a ver.

—Odio a William... Quiero ser él.

—¿Querés ser el hombre al que su esposa acaba de serle infiel?

—Quiero ser el hombre que va a dormir con vos todas las noches, no el que va a añorarte todas las noches.

Se despidieron en la habitación.

Vuelve el abrazo, el mejor de todos, el peor de todos, el de la despedida.
Respira con normalidad. Cuenta hacia atrás.
Escribe.

Giuliana Di Benedetto

31 de enero de 2012

La muerte no se lo lleva todo. Se lleva sólo una parte, la parte mala. Los malos recuerdos, los malos modos, las malas maneras, y se deja lo mejor. Debe de ser parte de su crueldad. Tal vez por eso, como dejó escrito Juarroz, pensar en un hombre se parezca a salvarlo. Signifique lo que signifique.

Recibe una carta de la mutua en la que le reclaman que demuestre que William está muerto.

No es la primera vez que desde fuera se lo recuerdan, que ya no está. Ha tenido que anular visitas concertadas seis meses atrás con María, la higienista dental de la clínica Buitrago, porque William tenía la boca podrida y las encías débiles; ha tenido que pagar tratamientos al quiromasajista que olvidaron cancelar; ha tenido que explicar a la recepcionista de un hotel en Palamós que el fin de semana pasado no pudieron acudir a la habitación reservada por el señor William Kesselman un año atrás porque el señor William Kesselman había querido sorprenderla con un fin de semana romántico sólo para ellos en el mismo cuarto en el que Truman Capote había escrito parte de *A sangre fría*, como si a ella eso la fuera a impresionar, como si no fuera a tener suficiente con dormir a pierna suelta la noche entera y hacer el amor sin interrupciones, sin saber que no podría llevar a cabo tal plan porque se lo llevaría la muerte. En todos los casos, al otro lado se producía un silencio cómplice que venía a decir un poco «Tierra, trágame» y al mismo tiempo «Señora, la comprendemos, pero igual nos tiene que abonar el importe, porque es política de la empresa y blablablá», y a veces se desdecían, compungidos por la desgracia de la viuda de William Kesselman, y declaraban: «¿Sabe?, no se preocupe de nada y la acompañamos en el sentimiento», y otras veces su consuelo se quedaba en ese instante de complicidad silenciosa y añadían: «¿Cómo efectuará el pago?, ¿por transferencia?». Y ella los comprendía, aunque se cagaba en ellos, porque pensaba que sólo cumplían órdenes frías, y porque la vida seguía, y porque a ella el dinero del hotel o del tratamiento o de la periodoncista le daba lo mismo, porque el dinero no era su problema.

Las niñas cobran pensión de orfandad de Estados Unidos; ella percibe la de viudedad de España y la de su país, y le quedan los ahorros que William guardó como una hormiga, un poco de acá, otro poco de allá, las rentas de las inversiones, los bonos y los dos departamentos que compraron hace cuatro años, cuando acertaron una primitiva con los números que las niñas fueron diciendo al tuntún. En realidad, sólo decía números Marie, que tenía seis años; Ana, que tenía poco más de uno, sólo decía algo parecido a «agua» cada vez que le pedían:

—Ana, decí algo, bonita.

—Agua.

Marie traducía:

—Ha dicho diez y veinte.

Y ponían treinta.

—Agua.

—Ha dicho dos.

Y ponían dos.

Y así acertaron cinco de los seis números premiados, y también el complementario. Pensaron que la vida no les podía ir mejor. Que estaban en racha. Que eran afortunados. Que se comprarían dos departamentos, uno en la playa y otro en la nieve, y que se dedicarían a vivir la vida padre siempre que les viniera en gana.

Nunca fueron, nunca tenían tiempo, o les daba pereza meterse en el coche y conducir, y se quedaron sin las risas que tendría que llenarlos, sin la arena de la playa que se les debería haber quedado pegada en las chanclas, sin las gotas del agua de la nieve derretida que mojaría la entrada y tal vez los haría resbalar y caer, sin las migas de pan que se colarían por las ranuras del sofá y sin la moneda perdida bajo la cama que un día, al barrer, encontrarían, para regocijo de las niñas, que dirían: «Vamos a cenar fuera», aunque la moneda fuera de cinco céntimos, porque para ellas sería como si hubieran descubierto un tesoro.

Una mañana, con William ya enfermo, tomaban café frente al colegio de las niñas y en el sobre del azúcar leyeron una frase de Confucio: «Todos tenemos dos vidas. La segunda empieza cuando nos damos cuenta de que tenemos solamente una».

Le mostró el azucarillo.

—¿Viste?

Ella asintió con la cabeza. Él pareció estar meditando algo trascendente. Al cabo de un rato, dijo:

—¿Por qué no alquilamos lo de la playa y lo otro?

Ella se sintió momentáneamente irritada, porque esperaba algo del tipo:

—Deberíamos aprovechar cada segundo de nuestra vida, amor.

O:

—Sos lo más importante de mis dos vidas, de la de antes y de la de ahora.

O:

—Terminate pronto ese café con leche y vamos a casa a pegar el polvo de esta vida y de la otra, querida esposa mía.

Así que contestó enojada:

—¿Vos sos pelotudo todo el tiempo, o parás para comer?

Como él se rió, la conversación no terminó en bronca. Ahora se alegra, porque odia recordar los enfados absurdos que provocó o no supo evitar, y porque a resultas de aquel sobre de azúcar ahora viven holgadamente sin que ella tenga necesidad de

trabajar. Que no le da miedo el trabajo, ojo. Pero, por el momento, prefiere dedicarse a cuidar a sus hijas; a levantarse y hacer el desayuno y el bocata para el descanso del recreo; a llevarlas al colegio de la mano y sentir sus manitas dentro de las suyas; a hacerles siempre sus comidas favoritas; a volver a llevarlas al colegio de la mano y sentir sus manitas dentro de las suyas; a esperar que pasen dos horas y volver a recogerlas, para sentir su mano, otra vez; y al día siguiente, vuelta a empezar, porque cuidar de sus hijas es la única manera que encuentra de cuidar de ella misma, de seguir ahí, una mañana y otra mañana y otra mañana más, por insufrible y larga y triste que haya sido la noche que la ha precedido.

No precisa trabajar para vivir; para vivir necesita sentir la piel de sus hijas, nada más, y William se encargó de que pudiera hacerlo, no sólo el día que leyó aquello de Confucio, pero sobre todo aquel día.

—La vida parece larga hasta que empiezas a ver el final del camino.

Aunque tal vez ya las decía antes; ahora le parece que soltaba frases así desde el puñetero sobrecito.

—Vos no estás en ese punto.

—El tratamiento no parece dar resultado.

—Eso no es verdad.

—Sí es verdad.

—Los médicos dicen que va más lento de lo que parecía, nada más.

—Yo sé lo que digo.

—¿Sos adivino, ahora?

—No soy adivino. No digo que me vaya a morir.

—Entonces, ¿qué decís? ¿Qué es todo ese rollo del final del camino? ¿A qué viene? Hablás como el Pequeño Saltamontes de *Kung Fu*.

—Sólo digo que esto no va a durar siempre.

—¿Qué cosa?

—La vida, que no vamos a vivir siempre.

—Me rompés las pelotas cuando te ponés así, tan trascendental...

—No hablo de filosofía, sino de plata. Lo que digo es que tenemos que procurar que, si pasa algo, a vos, a mí, a los dos, lo que sea, las nenas no tengan de qué preocuparse, dejarles una herencia.

En la mutua dan una dirección de internet donde puede verificar los datos que se le piden, y también le sugieren una visita física a las oficinas más cercanas, donde ha de aportar el certificado de defunción de su esposo, así como otros documentos, como la partida de nacimiento, su última o últimas nóminas, su carta de empadronamiento, su acta de matrimonio o el libro de familia. En suma, mostrar que vivió y que luego murió para que a ella la mensualidad le salga (un poco) más barata. O para que no le pongan una penalización. O quién sabe para qué (coño) la vienen a molestar.

Ella no tiene ni idea de lo que le pasará si no contesta. La única declaración de su vida se la hizo a William cuando le pidió que se casaran.

—Mirá, si nos vamos a ir del país, ¿no sería mejor que nos casáramos?

—Yo no creo en la máquina de la burocracia.

—No, si yo tampoco creo, ni quiero formar parte del sistema patriarcal, ni tampoco tengo ganas de pasar por la rueda que impone la sociedad, hacer las cosas porque todo el mundo las hace...

—¿Entonces?

—Es que si nos vamos a Estados Unidos... Imaginate, no sé, que yo no tengo laburo y vos sí, tendrías un seguro médico y yo no... No sé... Si me ocurriera algo...

—Ya, flaca. Pero de momento tenés salud y vivimos en Argentina. Lo de emigrar es un proyecto nomás, una idea, un sueño loco...

—Sí, pero yo te lo voy diciendo ya, porque creo que deberíamos pensarlo, si el proyecto se va materializando, si finalmente decidimos empacar las cosas y lanzarnos a la aventura...

—Lo mejor es que vayamos viendo las cosas según salgan.

—Sí, sí, mi amor, en eso estamos de acuerdo, pero es que organizar una boda no es tan sencillo, lleva su tiempo, sus trámites...

—¿Sí? ¿Cuántas has organizado vos? ¿Estuviste casada antes?

—Burlate, burlate... Yo sólo digo que, si nos vamos, es porque vos tenés trabajo allí y yo no, y no quiero sentirme vulnerable allí, en un país que tiene tan poca cobertura social. Qué sé yo, imaginate que me quedo embarazada... Una pobre inmigrante sin laburo, nos casamos apresuradamente, nos descubren, me deportan, nuestra familia se rompe, no ves crecer a tu hijita, ella queda traumada por hacerse grande sin la figura paterna, y todo por tu negativa a firmar un papel de mierda...

—Ah, bueno, si me das una hembra no me importa... Distinto sería si fuera un varón. Por un varón yo me caso con vos hoy mismo, si es necesario...

—Si es así, mi cuerpo se abrirá para entregarte el regalo de un nene que herede tu nombre: Guillermo Esteban Kesselman...

—¿Guillermo? ¿Por qué Guillermo?

—Para no duplicar tu identidad. Será tu heredero, no tu suplantador.

—¿No será que me amás tanto que te has vuelto burguesa?

Ahí vino el avance de la declaración.

—Sí, la realidad es que te amo, tanto...

—Pero yo no necesito firmar un papel para demostrarte mi amor.

—Ni yo. No se trata de demostrar, sino de facilitar. De verdad te amo, y de verdad pienso que la vida será más sencilla si nos casamos.

—¿Y si no nos vamos?

—También lo será. Si tenemos hijos, si enfermamos, si viajamos, si compramos

un departamento, si somos estériles y pretendemos adoptar, si queremos imponer un dinero a un plazo fijo...

—¿En serio, creés eso?

—Lo creo en serio.

—...

—Y en serio creo también que no me importaría congregarse a todos nuestros amigos, los más queridos, a algunos familiares, los más cercanos, y festejar que estamos bien, que estamos juntos, que estamos felices, que tenemos un proyecto de vida en común en el que se incluyen viajes y bebés y broncas y reconciliaciones, y sueños y pesadillas, y qué sé yo...

—Pero yo no necesito demostrar nada a nadie.

—¿Oíste que dije «festejar»? Nadie habló de «demostrar», sólo vos, que sos un pelotudo antisistema para unas cosas y un carnero que no se sale de la manada para otras.

Zanjaron el tema como solían (con un enfado), pero a los pocos días encontró un pequeño paquete de regalo en el suelo de la cocina, del tamaño de una caja de fósforos, y pensó que William quería hacer las paces apelando a aquella vieja broma que ella y su madre gastaban al mundo cuando era una niña. Le enterneció que lo recordara, y le perdonó en ese instante. Despegó el papel con cuidado, sin romperlo y, en efecto, dentro había una caja de cerillas, en cuyo interior no encontró una nota pidiendo perdón o llamándola tonta o boluda, sino dos alianzas pequeñas, doradas, una con un brillante y el nombre de él grabado dentro y la otra, más grande, con su nombre, Giuliana.

—La grande es la mía —le dijo William desde la puerta.

Ahí vino la declaración.

—Te quiero, William. Tenés que saber que te amo como no voy a amar a nadie más en toda mi vida. Y no te prometo que te voy a hacer feliz a cada rato, porque sabés que mi carácter anda putrefacto, pero sí te doy mi palabra de que voy a tratar de hacer que estemos bien todo el tiempo que estemos juntos. Y si alguna vez te desenamorás de mí y querés romper esto que hacés nada más que por darme el gusto, no voy a ponerte trabas, ni a complicarte la vida ni nada. No querré la mitad de tu dinero ni te impediré ver a nuestro varoncito. Seré una tremenda esposa y una exesposa todavía mejor, ya vas a ver.

El resto de las declaraciones fueron cosa de William; declaró que no atentarían contra el presidente de Estados Unidos cuando finalmente emigraron; declaró los impuestos federales y estatales en Florida y se encargó de la renta en España; declaró la situación de los vehículos cuando los coches chocaban, (casi) siempre por imprudencia de ella que manejaba (casi) siempre despistada. De haber podido, habría rellenado su propio certificado de defunción. Causa de la muerte. Hora de la muerte.

Antecedentes. Edad. Fallo multiorgánico. 3.10 a. m. Cáncer de páncreas. 47.

Le piden pruebas de que William vivió y murió. Va al despacho y rebusca una ficha entre las fichas que llenan los ficheros de William. La busca. La encuentra. La lee. Cómo no. Hace veintiún años, William destacó la frase que ahora ella necesita para explicar que su marido existió. La prueba de que el Principito ha existido está en que era un muchachito encantador, que reía y quería un cordero. Querer un cordero es una prueba de que se existe.

Escribe una lista.

En otro folio, trata de apuntar otras diez pruebas, en este caso, que demuestren que William murió.

Copia los dos documentos en uno nuevo y lo envía por *e-mail* a la dirección en la que la mutua recibe las sugerencias y las quejas de los contribuyentes.

Estimados señores:

Soy viuda desde hace poco menos de seis meses.

Mi marido falleció tras año y medio tratando de luchar contra un cáncer de páncreas.

En ocasiones, pensamos que estábamos ganando la batalla, pero no era más que una ilusión.

Al principio, sólo fue un tumor en el colon, pero hizo metástasis el bicho cabrón.

Mi marido era quien hacía siempre las declaraciones de Hacienda a través de las cuales les enviábamos prácticamente la mitad de lo que ganábamos.

No crean que me quejo. Entiendo que los tratamientos a los que sometieron a mi esposo, ya muerto, se pagaron con esa plata. También el colegio al que van las nenas, las dos hijas que William dejó huérfanas.

La cuestión es que llevé todos los documentos a la gestoría para que un profesional me rellenase absolutamente todos los papeles susceptibles de ser rellenados, y no entiendo bien qué nuevas pruebas me andan pidiendo ahora.

Así que aquí les mando esto, por si acaso lo consideran probatorio de la vida y de la muerte de William Kesselman.

1. Fue el menor de cinco hermanos y nació ochomesino por una indigestión de la madre. Pensaron que tenía un cólico y en realidad estaba de parto. Bromeaba sobre el tema. «No sé si mi mamá me parió o me cagó», decía.

2. De chico quiso ser bombero, piloto de aeroplano, inventor, cantante, fisioterapeuta y rabino. Conforme creció, dejó de querer ser rabino, fisioterapeuta, cantante, inventor, piloto de aeroplano y bombero. En verdad quería dedicarse a recoger cartones, a beber todo el tiempo y a leer de vez en cuando, siempre que la borrachera no se lo impidiera. Pero, si le preguntaban, respondía: «Quiero ser escritor», porque era lo más parecido a decir «Quiero ser lector» que se le ocurría.

3. De adolescente se obsesionó con el billar y se pasaba las horas dándole a la bola con el taco en unos recreativos, faltando al instituto y fumando sin parar, haciéndose el grande, hasta que un día fue su padre a buscarle y le reventó el oído derecho de la bofetada que le arreó. De entonces le vino la otitis crónica, la fobia a los deportes de precisión y a la violencia. Pasó meses sin hablarse con su padre, pero al cabo del tiempo le perdonó y, secretamente, le agradeció que no le hubiera dejado irse por el camino del juego y la pendejería.

4. No quiso nunca un cordero, pero habría matado por tener en casa un hámster. A su madre la horrorizaba la idea de tener una rata piojosa en casa. Se conformaba pensando: «Bueno, cuando tenga mi propio hogar». Cuando lo tuvo, tampoco hubo espacio para el hámster ni para ninguna otra mascota, cordero incluido, porque su hija mayor era alérgica al pelo animal.

5. Aun así, o tal vez por eso, se hizo socio de cuanta sociedad protectora de animales se cruzó en su camino, y apadrinó un burro al que bautizó *Lenon* y un caballo al que llamó *Lenin*.

6. Amaba el mate y el Jack Daniel's, por ese orden, y montaba en cólera si en la casa faltaba alguna de las dos cosas.

7. Le gustaba hacer el amor a la hora de la siesta, los masajes en la espalda, las cosquillas en todo el cuerpo, la paella, el asado criollo, el vino rioja, los telefilmes, las palomitas dulces, el algodón de azúcar, las sobremesas inacabables, *Los Soprano* y *Sin tetas no hay paraíso* en cualquiera de sus dos versiones.

8. Se enojaba si estaba cansado, y se volvía intratable. Luego se le pasaba y hacía como si no se hubiera comportado un minuto antes como un energúmeno por civilizar.

9. Quiso ser pintor. Pintó un único cuadro en su vida, y se lo llevó de Buenos Aires a Florida y de Florida a España, y todavía sigue colgado en la pared de su dormitorio. Es un perro olisqueándose el trasero, de fondo rojo y trazos imprecisos. No le tenía cariño. Es una mierda, el cuadro. Pero quería tenerlo siempre presente, no fuera a olvidársele alguna vez que uno no siempre tiene la fortuna de ser lo que quiere.

10. A pesar de todo, del cuadro y demás, inventaba cuentos para sus hijas con los que trataba de hacerles vencer miedos y superar obstáculos, como aquel del dragón cagón que tenía atemorizada a una aldea medieval porque sobrevolaba las casuchas de paja y lo llenaba todo de caca. Las nenas se morían de la risa. El dragón, en realidad, se cagaba de miedo, no por romper las pelotas a los aldeanos, y todo se acababa arreglando cuando dragón y humanos se decidían a hablar y uno perdía el miedo y los otros le enseñaban a cagar donde se debía. «No le tengan miedo a nada —les decía—, y fíjense que, si el dragón aprendió a controlar su esfínter, ustedes podrán aprender lo que les venga en gana.» Las nenas se meaban de la risa. «Rían, rían, pero se lo digo en serio.» Y seguían riéndose, pero le creían.

Acá van las pruebas de su fallecimiento. Quise escribir diez, pero sólo encontré una:

1. William murió y todo lo que estaba vivo murió con William, aunque tengamos que hacer como que seguimos vivos.

Sin más, reciban un afectuoso saludo.

Giuliana Di Benedetto Kesselman

María cambia otra vez la foto de su perfil. Ahora ya no es la del día de su boda con Antonio ni la de sus pies dejando huellas en la arena de la playa. Ahora, un sol que amanece sobre un mar en calma, le advierte de que María Martín le ha mandado un mensaje y le dice, además, que el proceso del duelo para ella será totalmente distinto que para el resto.

Cada uno lo vive a su manera, le dijo Carmina Palau hace unos meses, y es cierto. Hay quien se abre como se abren las flores a los demás, y ésa es su bendita suerte: se dejan consolar, se dejan abrazar y abrazan, y dan permiso a los demás para que les sequen las lágrimas y les limpien los mocos y les asean la casa y les llenen la nevera y les entretengan a los hijos y les saquen a los perros a pasear, mientras ellos se quedan en la cama y lloran hasta que se duermen y sueñan que todo es un sueño y cuando se despiertan vuelven a llorar hasta que se quedan dormidos de nuevo con la tranquilidad de tener la casa llena de gente y las necesidades cubiertas, hasta que salen a la calle y los gestos de cariño son como un bálsamo, como una red sobre la que cae el trapecista que no ha podido ejecutar la pirueta con éxito.

Otros, como ella, se muestran cautos con los gestos de cariño, no por frialdad, sino porque temen que un abrazo pueda resquebrajar el muro de contención que se han fabricado para poder secarse las lágrimas, limpiarse los mocos, asear la casa, llenar la nevera y entretener a sus hijas hasta poder meterse en la cama y soñar que todo ha sido un sueño. Bueno. Tampoco es exactamente su caso. Ella no sueña con Will. No ha vuelto a soñar con él desde el día del funeral. Le siente a diario, a su lado, le nota, le escucha, pero en sueños no la visita, y eso le jode, porque en sueños podría sentir que todo es verdad y despierta sabe que es su mente la que la engaña para que, si el trapecista se cae, no salte al vacío sin que haya una red. Will se ha marchado. Will no está muerto. Llena la nevera. Ojalá soñara con él. Ojalá pudiera.

Muchos de sus amigos virtuales han perdido a sus seres queridos. Lo sabe porque dejan de ser ellos y se apoderan de la identidad del que se ha marchado durante un tiempo, que suele ser largo. Cuando ella se abrió la cuenta, no dudó sobre qué foto la definía. William la definía. Toda ella era William, cada milímetro de su piel, cada una de sus células, cada uno de sus huesos, cada centilitro de su sangre o de su agua, cada pensamiento, cada acción.

En alguno de los grupos a los que pertenece, han comentado el tema alguna vez y la respuesta siempre es la misma: no hay motivo para hacerlo. Hay necesidad de hacerlo. De tener sus ojos, su color de pelo, su tono de piel, su sonrisa, sus dedos como anteojos.

Por eso le sorprende tanto que en tan poco tiempo María borre la huella de su marido y le escriba un mensaje que no lee porque es demasiado largo y le da pereza, hasta que llega la madrugada y la encuentra como siempre, desvelada, y se conecta de nuevo.

María Martín Martín

02/02/2012 21:04

Llevo varios días dándole vueltas a lo que me dijiste en la puerta del tanatorio. No te debo ninguna explicación, ni te conozco de hace tiempo, ni eres mi amiga ni mi jueza. Sin embargo, Giuliana, me abrazaste, y yo sé que tú no abrazas nunca y me siento deudora por eso. Tal vez te parezca raro que quiera contarte esto. Seguramente es raro. Llevo callando toda la vida, o eso es lo que me parece a mí en este momento, que llevo toda la vida guardando silencio, haciendo lo que se espera de mí, o lo que yo suponía que se esperaba que hiciera, porque, en realidad, nadie me dijo «Ve por aquí» o «Ve por allí», pero a veces nosotros mismos jugamos en nuestra contra, nos exigimos lo que nadie nos exige. A mí nadie me dijo: «Sé infeliz, vive la vida que no quieres vivir, deja pasar un año tras otro, sé cada vez más desgraciada, siéntete permanentemente dentro de un traje que te viene pequeño soñando un sueño que te queda grande, espera a que el destino te abra las puertas que tú te cierras, finge que todo está bien; no, mejor, finge que todo es perfecto; no, mejor, finge que tú eres perfecta, quizás así nadie se dé cuenta». Finjo tanto, desde hace tanto tiempo, que ya ni sé quitarme la careta. Actúo todo el tiempo, soy capaz de seguir actuando ocurra lo que ocurra, como esos actores que salen al escenario cuando todo el mundo sabe que han sufrido una tragedia inmensa, que han perdido a su madre o a su hijo, pero en mi caso sólo yo valoro el mérito de mi prodigiosa interpretación. No me quejo. No me siento sola. Estoy acostumbrada. Llevo así media vida y he aprendido a vivir con normalidad la completa anormalidad. Pero ese abrazo, Giuliana... Tú lo sabes. Tú te has dado cuenta. Por eso quiero explicarte, contarte, yo qué sé, que las cosas pasan y pasan cuando menos te lo esperas, que acabas haciendo lo que pensabas que nunca harías, o lo que siempre habías criticado, y te das cuenta de que, de no pasarte a ti lo que te está pasando, de pasarle a otra persona, te sería fácil juzgar, y sería fácil que fueras injusta, porque las cosas suceden muchas veces al margen de nuestra voluntad..., y eso no nos hace ni mejores ni peores. Si te dijera eso, no te mentiría. Las cosas ocurren inesperadamente, te vuelven del revés, te cambian por dentro aunque por fuera seas la misma persona. Eso es así. Pero no es sólo eso lo que me pasa a mí. Yo dejé que me pasara, poco a poco; yo no calibré la envergadura que acabaría tomando ese sentimiento que nació como si no fuera nada, un deseo que no era ni siquiera malo porque entonces todos éramos jóvenes y éramos modernos y la infidelidad no se llamaba infidelidad sino relación abierta. Ya ves tú, y cuando me quise dar cuenta, no era infidelidad sino vida paralela, esquizofrenia pura, locura de amor. Lo que me dijiste, lo que dijo tu amigo, es verdad. Tony y yo estamos juntos. No me gusta usar la palabra «amantes». Es tan despectiva... No pienso en nosotros como amantes, aunque nos amemos. Pienso en nosotros como un hombre y una mujer que no supieron tomar las decisiones adecuadas en su momento y que ahora pagan las consecuencias de aquella cobardía. Suena a culebrón. Pero es que mi vida es un culebrón, y no precisamente de los buenos. Mi culebrón está lleno de mentiras completas, de medias verdades, de lágrimas, de sentimientos encontrados, culpables a veces, temerarios, otras. Pienso en Tony como alguien que entró en mi vida cuando los compromisos ya se habían adquirido. Sí. Ya sé que podría haberlos roto, que no habría sido ni la primera ni la última, que no soy mi madre ni mucho menos mi abuela, que podría haberme separado, o mejor, que podría no haberme casado con Antonio. Pero es que...

no sé ni cómo pasó, pero pasó que pasó el tiempo, mucho, de repente, te lo juro, de repente. Yo tenía diecinueve años y enrollarme con otro que no era mi novio me pareció lo más transgresor del mundo, lo más moderno. No me daba reparo que fuera compañero de clase, amigo de mi novio, un bala perdida que se acostaba con cualquiera que se le pusiera por delante, yo y cien como yo. Todo me daba lo mismo. Nada me daba miedo. Pero yo dejé de tener veinte años y todo dejó de ser excitante y divertido y me encontré con que tenía treinta y un hijo, y luego treinta y dos y dos hijos y luego treinta y siete y tres hijos, y pensaba cómo me voy a separar ahora de Antonio, con todos estos niños, con todo este lío de horarios, de clases, de pañales, de papillas, si para lo único que tengo cabeza es para encontrar un hueco entre una cosa y otra y escaparme con él, y verle, y tenerle cerca... Porque no siempre hemos estado juntos en estos... ¿treinta años? Él me tomaba, me dejaba, sin traumas. Venía, se marchaba, con la certeza de que yo siempre estaría en el mismo lugar, dispuesta. Viajó por el mundo, hizo grandes cosas, fue maestro en India, en Perú, en las chabolas que nos hacen volver la cara cuando vemos los poblados desde el coche. Y nosotros, en cambio... Antonio enseñaba matemáticas en el instituto del pueblo de al lado y su única aventura era no perder el tren de vuelta a casa para llegar a la hora de comer, y yo criaba a mis hijos y enseñaba a los hijos de otras a contar hacia atrás, venga, como los astronautas. Le admiraba. Le envidiaba.

La vida da muchas vueltas para acabar volviendo siempre al punto de inicio. ¿Y cuál es ese punto? Finalmente Tony se cansó de vagabundear y regresó a casa. Se enamoró de una cooperante a la que doblaba la edad, se casó con ella y se desenamoró casi con la misma velocidad que todo lo demás, o eso me dijo, y yo le creí porque siempre me había dicho las cosas como eran hasta entonces. «Esto no es amor —me decía—, esto es sólo sexo», y yo le decía que sí, que claro que sí. Que yo estaba enamorada de mi marido, le decía. Que no dejaría a mi marido por nada del mundo, le decía. Que tener sexo con él mejoraba mi relación, que Antonio y yo éramos una pareja abierta, moderna, libre, sin ataduras morales, hijos de la revolución de los sesenta. Que si en algún momento creía que en lo nuestro mediaban los sentimientos cortaría esa relación, le decía. Pero, en realidad, si alguna vez me hubiera dicho... Si alguna vez me hubiera dicho no puedo vivir sin ti, necesito tenerte conmigo... Y un día, después de hacer el amor, mientras me acariciaba la espalda, lo supe, por esa mirada, lo supe, Giuliana, que sentía lo mismo que yo, y desde entonces todo cambió. Más de quince años después, todo cambió. Hace quince años, todo cambió. Si antes de ese momento creí que era feliz estando con él, que estaba enamorada, que le añoraba, que le necesitaba... Ah, amiga, qué equivocada estaba, porque fue desde entonces, desde entonces... Vivir esperando, vivir añorando, vivir engañando.

Y así, con esa necesidad enfermiza, me dieron otros tantos años más. A veces pensé en dejarle. A veces le dejaba. Estaba más tranquila, más centrada. Sí. Pero era tan infeliz. Él, estar con él, pensar en estar con él, anticiparme al momento, imaginarlo, recordarlo cuando ya había pasado, figurarme cómo y cuándo sería el próximo, Giuliana, me hacía tan tan feliz que compensaba todo lo demás, la sensación, la certeza, de ser un fraude, de mentir a quienes más debería querer, y a quienes más quería, porque... ¿sabes qué? También le quería, a Antonio. No como a Tony. Pero le quería.

Los críos se hicieron grandes y empezaron las carreras. Cómo voy a separarme ahora. El mayor se echó novia, y la novia le partió el corazón porque le engañó con otro. Cómo voy a separarme ahora. El menor se puso enfermo, iba retrasado en los estudios, cómo, pero cómo, pero cómo voy a separarme. Si ya tengo cuarenta y cinco, cincuenta, cincuenta y dos. Si mi marido está enfermo. Si su mujer tiene un tumor. Si la vida nos ha dado lo que pedíamos, malditos seamos. Si ya no es preciso que lastimemos a nadie. Si el destino ya nos ha lastimado lo suficiente a todos.

Un culebrón, de los malos, ya te lo he dicho.

Me acostumbré a vivir esperando que pasara algo, que alguien tomase las decisiones por mí. Que Antonio se diese cuenta de que no le amaba, que se enamorase de otra, que Tony comprendiese que no podíamos seguir así y me diese un ultimátum, que su mujer se liase con su profesor de yoga y así fuésemos libres los dos.

Alguna vez bromeábamos: cuando seamos viudos, cuando nadie tenga que sufrir, cuando

tengamos que ponernos la dentadura postiza para decirnos «te quiero», pero no pensábamos que el destino iba a tomarnos la palabra de esta manera. Mi marido ya está enterrado. Ahora sólo queda la suya. Y luego...

Mañana, o pasado, o cuando volvamos a vernos, probablemente vuelva a llevar puesta la careta. Vuelva a ser fría, vuelva a querer ser perfecta, vuelva a ser una gran actriz. Pero, aunque no lo demuestre, yo sabré que alguien lo sabe, sabré que tú lo sabes, y podré descansar, un poco, podré sentirme un poco mejor.

¿Puedo contar con eso?

¿Puedo contar contigo?

Giuliana termina de leer y contesta de forma automática.

Giuliana Di Benedetto

02/02/2012 02:04

Sí.

No pega ojo en lo que queda de noche. Está enfadada. No con María. Bueno. También con María, pero es su enfado consigo misma lo que no la deja dormir.

Está enfadada porque se ha comprometido con María de forma precipitada, y ha permitido que María la involucre en un problema que no es suyo, y ahora no se quitará ese problema de la cabeza, como si fuera suyo, y cuando se dé cuenta de que en realidad no es suyo y vuelva a tomar conciencia de cuál es su auténtico problema, se deshinchará como un globo que explota, también precipitadamente, y le dolerá tanto que odiará a María por haberle hecho creer, durante un tiempo, que su vida era tan normal, tan anodina, que lo único que le quitaba el sueño era que una señora a la que apenas conocía llevase treinta años pegándose a su esposo con el esposo de otra, y entonces tendrá dificultades para poder mantener el compromiso que acaba de adquirir de forma impulsiva, de madrugada, conmovida hasta la lágrima por una mujer que sufre por amor. Ay.

Se duerme, al fin, hasta que la despierta el teléfono.

—¿Giuliana?

—¿Quién habla?

—María.

—¿María?

—María.

—¿María?

—Sí, María, ¿quieres dejar de repetir mi nombre?

—Pero ¿qué hora es?

Mira el reloj al mismo tiempo que lo pregunta: las diez de la mañana. Las niñas duermen hasta tarde los domingos y muchas veces ni siquiera comen, porque se les junta el desayuno con el almuerzo y se pasan el día haraganeando por la casa, en pijama, picoteando queso o palomitas, viendo dibujos en la tele o dibujándolos ellas mismas. A última hora les entran las prisas: los deberes no están hechos, la ropa sin planchar, la casa desordenada, y entonces se convierten en un pequeño campamento militar en retreta de combate; cada una sabe lo que tiene que hacer. Ana se esmera en repasar letras y sílabas en un folio que está olvidado en su mochila desde el viernes; Marie practica sumas y restas con decimales; ella extiende la ropa que se pondrán al

día siguiente, y al cabo de un rato sobreviene la calma: piden pizza para cenar, o llaman al chino, o se terminan los macarrones que sobraron ayer, y se quedan dormidas mientras ven *Violeta*.

Pero ese domingo, temprano, cuando la despierta María, aún falta mucho para que ocurra todo aquello.

—Las diez, ¿te he despertado?

—Sí, me has despertado.

—¿A las diez de la mañana?

Le entran ganas de colgar el teléfono, o de insultarla, una de dos. Sin embargo, lo que dice es:

—¿Cómo estás?

—Por eso te llamo.

—¿Estás mal?

—No...

Piensa que le va a decir algo sobre el *mail*. Sin embargo, su voz le llega tal como le advirtió, a través de la careta.

—Lo que pasa es que estoy sacando del armario la ropa de Antonio, y no sé qué hacer con ella.

No da crédito.

—¿Qué hiciste con las cosas de William?

¿Qué hizo con las cosas de William? Nada. Cada prenda sigue tal como estaba, como si fuera a regresar.

¿La ropa? Repartida: parte, la limpia, en el armario; la última camiseta que usó, bajo su almohada; el albornoz con el que se secó antes de irse al hospital cuando lo ingresaron de urgencia, tras la puerta del baño; la chaqueta que se puso aquella tarde en que salió el sol y fueron a pasear, en el perchero de la entrada, y sobre la chaqueta, la gorra de pana azul marina con la que engañaba al frío y a la calva.

¿Sus cosas de trabajo? En el despacho, tal como las dejó. Ni siquiera ha tenido que advertir a las niñas, «Niñas, no entréis aquí y no desordenéis», porque un día entró y las encontró sentadas, Marie en la silla, Ana en la alfombra de piel de vaca que se llevó de Argentina la primera vez que emigraron. Marie jugueteaba con los bolígrafos que estaban sobre el escritorio, ordenados tal como él los había dejado, y luego los devolvió al mismo lugar, todo tal como estaba. Papeles, clips, celo, rotuladores, carpetas, el listín de teléfonos, el tarjetero, la revista de motos que hojeaba de vez en cuando. Todo en el sitio preciso, como si lo hubiera dejado él.

Tan maniático del orden era. A veces bromeaba:

—Joder, si parecés el marido psicópata de la Julia Roberts.

—¿Cuál marido psicópata?

—El de *Durmiendo con su enemigo*.

—No jodás.

—No jodás vos con la bronca que montás si te uso el bolígrafo para anotar algo y no lo devuelvo al sitio.

—Bueno, mis manías...

—Ah, tus manías...

—Algún días las vas a añorar, cuando todo me dé lo mismo y no me provoqués reacción, y me vas a pedir: «¿No podrías retomar las viejas costumbres?».

Qué razón tenía. Ahora daría medio brazo, el brazo entero, los dos, por escucharle bramar desde la cocina:

—¡No me banco que me cambien de lugar las cosas!

O:

—¿Quién carajo me ha movido de sitio la agenda, la puta que las remilparió?

O:

—¿Cuándo van a parar de hincharme las pelotas y dejarán de tocar mis cosas?

Sus cosas. Cuánto quisiera oírle rezongar, ahora. Las toca, las mueve, las deja a posta de otra manera, revuelve papeles, saca libros de la librería y no los mete en el mismo orden en el que estaban, temático y alfabético, o los cedés, por género y nombre del artista, o las cartas, las facturas, los recibos de la luz, los seguros del coche y de la casa, y se queda mirando ese alboroto de papeles un buen rato, hasta que se cansa de esperar y se va a llorar un rato y luego vuelve y lo recoloca todo con el corazón haciéndose añicos dentro del pecho, sorbiéndose los mocos, diciendo en voz baja: «Ayayayayayay, ay, William, ayayayayay, pedazo de cabrón, cuánta razón tenías, pero cuánta».

¿Qué más cosas dejó William? ¿El amor de las niñas? ¿El suyo? Ahí sigue, también, intacto, como si fuera a volver a reclamarlo.

Al otro lado del teléfono, María la saca de su melancolía.

—¿Las donaste?

—¿Qué cosa?

—Pues todo, no sé, la ropa. ¿La vendiste o la llevaste a una ONG? Ahora hay mucha necesidad. Igual eso es buena idea.

A pesar de que sabe que habla la actriz, está tan convencida de que esa mujer no tiene corazón que ni se lo pregunta: «¿Qué tenés dentro del pecho?».

En lugar de eso, dice:

—¿Preguntaste a tus hijos? Igual ellos quieren conservar algo de su padre.

—¿Ellos? No creo que quieran nada. Antonio no tenía cosas de valor.

—¿El reloj, la cartera, libros?... ¿Nada que quieran conservar?

—No me lo han pedido.

—¿Y qué querés hacer vos?

—Yo quiero limpiar la casa cuanto antes.

Lo dice así, limpiar la casa, como si el recuerdo de su marido fuese una mancha maloliente.

—Pero, María... Es que no hace ni dos días que fue el funeral...

—¿Y qué?

—Pues que no te precipites. Ahora estás triste, cansada... Si te deshaces de algo de lo que no quieres deshacerte en realidad, es probable que más adelante lo lamentos.

—Qué poco me conoces.

Piensa: «Mira, eso sí es verdad. No creo que seas tan hija de puta como me estás pareciendo ahora».

Resume su pensamiento:

—Mira, eso sí es verdad.

—Mientras mi marido vivió, me dediqué a él en cuerpo y alma.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Ah, bueno, me habías hecho una impresión equivocada entonces...

—Me dediqué a él en cuerpo y alma —insiste—. Nunca le faltó nada, nunca tuvo ninguna queja, siempre estuve aquí y le apoyé cuando lo necesitó. Cuando murieron sus padres, cuando quiso dejar la docencia y se tomó un año sabático para escribir una novela, ¿quién crees que le apoyó?

—¿Tú?

—Sí, efectivamente. Yo. Y cuando luego nadie quiso publicársela y no ganó ninguno de los premios a los que se presentó, ¿quién crees que le apoyó entonces?

—¿Tú, también?

No capta la ironía, y si la capta, lo mismo le da.

—Efectivamente: yo. Paralicé mi vida. Detuve mi vida por estar con él.

—Ya, me contaste anoche cómo de detenida quedó.

Vuelve a hacer caso omiso del sarcasmo de Giuliana.

—Anoche te conté muchas cosas, y sólo te pedí una.

—...

—Y cuando estuvo enfermo... Cuando enfermó...

Pensamiento (1): «No me digas que le apoyaste».

Pensamiento (2): «Joder, pero cómo me cuesta mantenerme a tu lado si te pones así de egoísta y de mala persona».

Palabra:

—...

—Le apoyé, claro que sí.

Pensamiento (1): «Cuidado, que no te propongan para el Príncipe de Asturias de la Concordia, que te lo dan seguro si se enteran de semejante proeza».

—Pensamiento (2): ...

Palabra:

—...

—Llevaba unos meses con afonía, y yo fui la que le insistió en que fuera al médico, y que fuera al médico, venga a decírselo, y él se hacía el loco, hasta que yo misma hablé con una compañera cuyo marido trabaja en el Clínico y nos citó en el otorrino, y al día siguiente, al día siguiente, Giuliana, ya le estaban extirpando el tumor.

Esta vez, su cabeza guarda un respetuoso silencio.

—Nos dieron buen pronóstico. Esto no es nada, decían, en unas semanas se habrá olvidado del asunto. Le operaron con láser y le quedó una ronquera un poco mayor que la que tenía antes. Pero él se vino abajo, se hundió, no hacía más que pensar en la muerte, en su muerte, no hacía más que lamentarse... Y yo le animaba, le pedía que fuese fuerte, le prometía cosas... Me impliqué en su recuperación, en todo el proceso, quise saber cómo era cada momento para apoyarle, me involucré todo lo que pude, formé parte de los grupos...

—¿Qué otra cosa podrías haber hecho?

—Nada, nada más...

—Yo hice lo mismo por William, excepto lo de los grupos.

—Pero tú amabas a William, y yo no.

Pensamiento: «¿Y? ¿Crees que tienes más mérito que yo?».

Palabra:

—¿Y?

—Pues que ahora quiero recuperar mi vida, Giuliana.

—¿Y eso implica tirar sus cosas?

—No las quiero tirar. Las quiero llevar a donde sean de provecho. A Cáritas, por ejemplo. Donde sirvan de algo.

Pensamiento: «¿Donde Antonio sirva de algo?».

Palabra:

—¿Donde Antonio sirva de algo?

—Sí.

—¿Y para qué te va a servir a ti?

—¿Para qué?

—...

—Para ser feliz.

—...

—Giuliana...

—...

—Yo sé que te parezco lo peor, y es probable que lo sea. Sí. Seguro que lo soy.

Pero ¿sabes una cosa?

—...

—Que tengo cincuenta y seis años. Que tengo tres hijos que me quieren mucho y todo lo demás, pero que hacen su vida, que se van a sus casas y me dejan en la mía con mi dolor, y les da igual si es mucho o si es poco, porque piensan con razón que bastante tienen con el suyo...

Giuliana no puede evitar decir:

—Los hijos actúan por imitación.

Desde la cama escucha el sonido de la bofetada que le acaba de dar a María a través del teléfono y casi casi es capaz de verla trastabillar allá, en su casa.

Tarda unos instantes en reponerse. La imagina colocándose el cabello en su sitio, tragando saliva, apretando los puños y esforzándose en no colgar. Quién sabe por qué necesita explicarse.

—Sí. Fui una mala esposa y seguramente una mala madre. Pero aun así...

—...

—Aun así miro hacia delante, hacia el futuro, y no quiero pasar el resto de mi vida tal como he pasado la vida hasta ahora.

—...

—¿Tan difícil te resulta de entender?

—¿Y para qué necesitas que yo lo entienda? ¿Qué más te da a ti que yo lo entienda o lo deje de entender?

—...

—...

—No sé por qué, no tengo ni idea de por qué, pero es lo que me pasa... Necesito que me entiendas, que la única persona en el mundo con la que me he mostrado tal como soy de verdad no me juzgue y, si me juzga, necesito que no lo haga severamente...

—Pero ¿tú te estás oyendo?

—...

—Eres muchas cosas, María. Eres la madre de alguien, la hija de alguien, la amiga de alguien, la vecina de alguien, la cliente de alguien...

—No te entiendo...

—Dices que soy la única persona ante la que te has mostrado como de verdad eres sólo porque me has enseñado una parte de ti, y una parte no hace un todo... ¿Piensas que sólo eres la amante de Tony?

Silencio al otro lado. Un instante.

—Es lo que más me importa. A veces, lo único que me importa.

Silencio a este lado. Un instante.

María inspira un par de veces, para meterse de nuevo en su papel.

—Yo no soy como tú, Giuliana.

—No es un mérito serlo. Cada uno es como es.

—No lo digo por eso.

—¿Por qué, entonces?

—Yo no puedo llorar a Antonio como tú lloras a William.

—Pero eso no es porque no seas como yo. Imagina que hubiera sido Tony en lugar de tu marido.

—Yo quise a Antonio.

—No como a Tony, por lo que veo.

—Lo suficiente para quedarme con él. Y si no hubiera muerto, seguiría con él hasta el final. Nunca habría querido lastimarle.

Pensamiento (1): «Mejor pegársela con otro, qué buena sos».

Pensamiento (2): «Joder».

Palabra:

—...

—Yo veo tu perfil, veo a William diciéndome las cosas que tú me dices y a veces entro en el suyo.

—...

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Puedes.

—¿No te parece morboso?

Pensamiento: «Reverenda hija de la gran puta, cómo te atreves a decirme eso».

Palabra:

—No.

—¿No te da miedo que alguien piense que sigue vivo?

Pensamiento: «Para mí sigue vivo».

Palabra:

—No.

—...

—Hace poco llamó a la casa un compañero de habitación de uno de sus ingresos para saber cómo andaba Will. Tuve que decirle que se había ido. Pero por un momento... fue como si estuviera aquí todavía, como si pudiera decirle: «Espera un momento, que anda en el baño, ahora te lo paso...».

—Pienso mucho en ti, y pienso: «Joder, yo no podría hacerlo».

Le dan ganas de contestarle: «Yo tampoco podría hacerle a Will lo que tú le hiciste a Antonio».

Pero le viene a la mente la imagen de Santi besándole todo el cuerpo en aquella habitación de hotel. Le viene a la cabeza la imagen de ella arrastrando los pies como alma en pena por la paralizante tristeza de saber que nunca más tendría a Santi ni a su

lado ni encima ni dentro. Se pregunta qué habría hecho ella si la vida no le hubiera revuelto las prioridades en forma de enfermedad y de muerte y le hubiese colocado el deseo abajo y el amor arriba. Qué habría pasado de no haber tenido a Santi a miles de kilómetros, si hubiera sido tan sencillo como sacar ese papel del monedero, ese en el que está apuntado su teléfono, y llamarle. «Qué hacés. Te extraño.» Qué habría pasado. Cuántas veces habría pasado. Cuántas mentiras para cubrir las mentiras habría tenido que inventar. Cómo habría gestionado esas dos formas de amor. Cómo habría podido hacer convivir ese sentimiento nuevo con el otro, viejo y gastado. Cómo le habría sostenido la cabeza a su marido sin sacarse a Santi de la suya con microcirugía para no dejar ni un resto, ni un rastro, nada. Qué pasaría si, algún día, respondiera a la llamada. Qué le diría. «Me operé mal. Sigues ahí, ahí dentro.»

Quién es ella, se pregunta, para juzgar a María.

Lo sabe.

Lo dice:

—No soy nadie para juzgarte.

—¿Nunca te has preguntado qué habría pasado si William no se hubiera puesto enfermo?

Se pregunta si piensa en voz alta. No dice nada.

—¿Qué habría sido de vosotros? ¿Crees que, si hubiera continuado vivo, seguiríais juntos? ¿Nunca lo piensas?

Sí. Se lo ha preguntado. Muchas veces.

—Llévala a Cáritas, la ropa. La que esté en buen estado. Lo van a agradecer.

—¿Y lo demás?

—Llama a tus hijos, que se repartan lo que quieran y, lo que no quieran, que se lo repartan también. Diles que te lastima tenerlo en casa, que te trae recuerdos, que quieres que ellos compartan también lo que su padre dejó.

—¿Y las fotos?

—Dáselas a los chicos.

—Está bien.

—Sí, eso está bien.

—Necesito ser feliz...

—...

—¿Lo entiendes?

Hablan unos segundos más, del tiempo, del invierno que se va, de las fallas que llegan cargadas de ruido, de naderías, sin que Giuliana responda a esa pregunta. Sin que le diga que sí. Que la entiende y que entenderla le añade daño al daño.

Se inventa que las nenas se despertaron y cuelga apresuradamente.

Siente un pinchazo, leve, familiar, en el corazón, y acude a lo único que sabe que va a calmar un poco ese dolor.

Así que se pone una careta parecida a la que debe de usar María, enciende el ordenador, y escribe.

Giuliana Di Benedetto con William Kesselman

5 de febrero de 2012

Si las cosas hubiesen sido de otra manera, hoy tendría que decirte ¡¡FELIZ CUMPLE!! ¡¡FELICES 48!! Pero no pudo ser, así que en lugar de festejar he decidido homenajearte en el día que te vio nacer, y que a pesar del paso del tiempo tus hijas y yo seguiremos recordando como siempre, y la gente que te quiere también; imaginate que ayer llamaron Roberto y Mariano... Cumpleaños tuyos, recuerdo varios, pero el del año pasado fue especial: te habían dado el alta y estabas con muchos proyectos, con muchas ganas de seguir cumpliendo años, o al menos de llegar al festejo de los 48. Me costó mucho sentarme a escribir estas líneas, será que aún hoy no tengo consuelo para afrontar tu partida, aunque la vida sigue y nosotras con ella, por eso, como me dijo Ana ayer: «Vamos a celebrar el cumple de Tati», así que, dentro de un rato, llegará el turno de soplar las velitas y comer la tarta, y seguiremos honrando tu memoria de la misma manera que viviste tu vida: luchando hasta el final y con la frente bien alta, tratando de poner una sonrisa aunque por dentro me esté rompiendo.

Porque, ¿sabés?, así es como me siento desde que hace seis meses te vi partir, y sentí que no eras solamente vos el que dejaba de respirar... En tu caso, cuando tu corazón dijo basta, fue para poder viajar a otro... estrato, dimensión, vida, no sé ni cómo llamarlo. En cambio, para mí, a pesar de que no respiré profundamente durante varios meses, un día sentí que respirar más fuerte era la única manera de seguir adelante, y me dejé llevar (aunque a veces siento que sos vos el que me empuja).

No te voy a mentir, hay días buenos y otros no tanto, como anoche, que me largué a llorar delante de tu urna y cuando me di cuenta eran las tres y diez de la madrugada (¡ohh, casualidad!, la hora de tu partida). Pero, como dicen por ahí, la vida es movimiento, y para mí y para nuestras hijas vos representabas el movimiento en nuestra familia, así que decidimos seguir moviéndonos para honrarte cada día. No es fácil (nadie dijo que lo fuera), pero vale la pena intentarlo, porque, a pesar de todo, la vida merece la pena ser vivida, y vos fuiste, sos y serás nuestro mejor ejemplo. Comparto con vos como regalo esta canción de Fito, ¿te acordás? Nos gustaba, los Fitipaldis también. Fingiremos que la oímos juntos. *I love you so much.*

«Muchas veces me pregunto: ¿qué estamos haciendo acá?

Dejo de pensar y veo que, al final,
siempre estarás, siempre estarás en mí.

He llegado a no escucharte y tocar a fondo.

Tanta inmensidad, perdidos de verdad aquí;
y es que siempre estarás, siempre estarás en mí.

Una voz, como un sentimiento, como una canción;
algo más que me ayude a despertar,
a seguir, a no bajar la guardia, siempre a seguir,
no esperes, no te enseñaré a vivir.

Movimiento, las cosas tienen movimiento;
la oportunidad de estar en libertad,
es que siempre estarás, siempre estarás en mí;
como un soplo, como una lluvia o como un rayo de luna
oxigenarás mi vida hasta estallar...,

y es que siempre estarás, siempre estarás en mí.

Una voz, como un sentimiento, como una canción;
algo más que me ayude a despertar,
no esperes, no te enseñaré a vivir.»

En menos de diez minutos, cuarenta y siete personas han pulsado la opción del

«Me gusta» y sesenta y siete han dejado comentarios de ánimo en diferentes idiomas.
La careta ha funcionado.
Santi se va.

Pero le entra la nostalgia, y le busca en Facebook. Quiere saber cómo está, cómo le va, si ha perdido pelo o ha engordado, si comenta noticias o si comparte vídeos horteras sobre el amor. Quizás haya cambiado, en estos tres años. Quizá siga igual. Quizá le manda mensajes en la distancia, como los náufragos que lanzan botellas a la mar. «Giuliana, sigo amándote, aunque no lo diga, quiero que lo sepas a través de esta canción de James Blunt.» La tararea, como si la estuviera viendo en su perfil «*goodbye my lover, goodbye my friend, you have been the one, you have been the one for me*». Sonríe. Aunque en su fantasía él también sonríe, le imagina roto de dolor, añorándola y buscándola en los cuerpos de otras mujeres, no, de otras mujeres no, de su mujer, bueno, sí, de otras mujeres, porque a su mujer no la puede ver y mucho menos tocar, pero no se separan por los hijos y los libros que tienen en común. «Alba y yo formamos un buen equipo», le dijo aquella noche. Así los imagina, como una sociedad y no como una pareja. «Qué tal los niños», «Bien», «Qué tal el trabajo», «Bien», «Qué tal si escribimos otro libro a cuatro manos», «Pues bien».

El sueño la encuentra como cada noche durante los últimos meses, tarde y a veces nunca. Pero ahora, de vez en cuando, no siempre, está pensando en William, en lo que se llevó, en lo que le ha dejado, en ese hueco tan grande, tan hondo, tan imposible de volver a llenar. A veces, algunas veces, se duerme pensando en Santi. Al principio, sólo recordaba. Luego, empezó a imaginar. Cómo estará. Cómo le irá. Cómo pensará en ella. Y cuánto.

Teclea su nombre en su cuenta de Facebook: Santiago Parodi. No lo encuentra. Rebusca entre la lista de amigos de su lista de amigos. No da con él. Piensa que tal vez tenga un *nick*, o un avatar, y trata de averiguarlo, pero al poco tiempo se rinde a la evidencia: no sabe nada de Santiago Parodi. No puede imaginar si ha generado un perfil con su nombre al revés o en otra lengua y una foto de sus perros y cuelga *posts* con sus impresiones acerca de la física cuántica o del resultado del último partido del Boca. Quizá la haya olvidado, o se haya hecho pastor evangélico, o se haya dado al alcohol y al juego y haya abandonado la sociología. Cualquier cosa es posible, puesto que no sabe nada de él.

Tampoco es cierto. Algo sí sabe.

Sabe que le gusta el *carpaccio*, el vino tinto, el tiramisú; que bebe *gin-tonic* como

un cosaco y que es exigente con los chistes, no todos le hacen gracia. Sabe que no le gusta dormir; que tiene una capacidad pasmosa para hacer el amor una y otra vez, incansablemente; que le sientan bien los años; que su sonrisa es capaz de detener el movimiento gravitatorio de los cuerpos; que sus manos son suaves y firmes; que se ha dado la vuelta como si fuera un calcetín para dejar de ser aquel chico tan del montón que ni siquiera lo recordaba cuando se sentó a la mesa.

—¿De verdad no me recordabas?

—De verdad.

—Pero si pasamos cinco años juntos...

—Pues borrado de mi mente.

—Pero si una noche casi nos besamos...

—Yo casi me besé muchas noches con muchos tipos...

—Qué agradable...

—¿Preferís que te mienta?

—No, pero saber que era invisible para vos me llena de alegría.

—No eras invisible..., pero imagino que no me gustabas...

—Ah, ahora me siento mucho mejor. Te parecía un ñu. Eso es lo más bonito que se le puede decir a un hombre que está desnudo, rendido e indefenso a tu lado en una cama...

Se rieron.

—Yo estaba en otras cosas.

—¿En qué?

—En estudiar, en terminar la carrera, en planear cómo del fruto de mis investigaciones se conseguiría mejorar la sociedad, hacerla buena. Yo solita iba a terminar con la desigualdad, con la discriminación de la mujer, con la pobreza en el mundo... Y ya ves... Nunca pensé que acabaría como he acabado...

—¿En la cama conmigo?

—No, eso tampoco lo imaginé...

—...

—Nunca ejercí... ¿Sabés?, yo quería cambiar el mundo, y a lo máximo que llego es a cambiar el menú semanal que está colgado en la puerta del frigorífico...

¿Era eso? ¿Era eso lo que le había pasado? ¿Que era un ama de casa frustrada y decepcionada con la vida y no tuvo más remedio que acostarse con el primero que se le puso delante?

Le viene bien ese pensamiento. Que no tuvo importancia, que fue como tirarse de un puente agarrada por un arnés al tobillo. Sentir que vas a morir sabiendo que no vas a hacerlo. Que serle infiel a William fue una manera de mantenerse fiel a sí misma, a esa chica rebelde y llena de sueños que ahora sólo soñaba con tener la Thermomix en la cocina. Que no tuvo nada que ver con su esposo, ni con el amor, por más que

inmediatamente después de aquella noche se empeñase en justificarse apelando a eso, al amor, al amor recién descubierto, a ese amor que en realidad sentía desde hacía veinte años, a ese amor al que por cobardía y otras miserias no había querido rendirse hasta esa noche, y por eso había ignorado a ese chico con el que casi se besó una noche. Sentirse loca de amor por un desconocido la hacía sentir mejor que pensar que no había podido aguantarse las ganas de pegar un polvo con un desconocido que la miraba con un deseo que ya ni recordaba. Así era. La vida sexual con William se había reducido a la mínima expresión, a hacerlo dos o tres veces al mes, cuando las niñas dormían o cuando el capítulo de *Mad Men* o una película que era preciso ver en ese instante o el cansancio no impedían que se quitaran la ropa y se dedicasen un rato el uno al otro.

Ella siempre bromeaba:

—¿No creés que deberíamos hacer esto más a menudo? Estos cinco minutos podríamos sacarlos de cualquier lado...

A él no le hacía gracia. Le gustaba pensar que era un gran amante, que había conseguido resolver con éxito la ecuación del cansancio y la monotonía sexual.

—Pero, querida, si yo sé en qué piso vivís..., ¿para qué me voy a molestar en llamar a otras puertas?

A ella tampoco le hacía gracia esa manera de pensar.

—Añoro el romanticismo de los viejos tiempos.

—¿De los viejos tiempos? ¿Te referís a cuando no teníamos dos niñas y éramos quince años más jóvenes?

—Pues sí. No basta con llegar a la meta. El camino es importante también.

—Joder... Pero ¿hablás de nuestra vida sexual o de un anuncio de automóviles?

Se reían. Eso sí que no lo habían perdido. Así que qué más daba si hacer el amor les tomaba poco tiempo. Eso pensaba. Que su vida era normal. Que después de aquella noche seguía siendo normal. Que ser infiel no tenía importancia. Lo decía incluso William.

—Ser infiel no tiene importancia. Lo importante de verdad es ser leal.

A ella eso le parecía una pelotudez del tamaño de Marte.

—Una cosa es ser fiel al cuerpo de la pareja y otra al pacto que se tiene con ella, ¿entendés?

Giuliana pensaba: «Claro que entiendo: ésa es la coartada perfecta de los infieles. Me acuesto con quien me da la gana, pero no es porque no te ame, sino porque mi pene tiene vida propia y actúa según sus propios instintos».

En cambio decía:

—Claro que entiendo: los pactos a los que llega cada pareja pertenecen a cada pareja.

En su pacto particular no entraba el engaño. Ella creía tenerlo todo con William y

sus hijas. Con ese país nuevo, con esa ciudad nueva, con ese pueblo nuevo, con esa casa nueva, con esa gente nueva. Todavía no se había acostumbrado a la forma de hablar, tan diferente, a esa risa floja que le daba cuando alguien decía:

—Voy a coger el metro.

O:

—Vamos a coger turno en el médico.

O:

—Voy a ver a Concha.

Era tan feliz que, a veces, le daba miedo pensarlo. Marie tenía cinco años y Ana olía a bebé. Lo piensa. Recuerda ese olor, y ese olor le devuelve a William con ella entre sus brazos, y siente un dolor tan insoportable en medio del pecho que, para no morir ahí mismo por rotura súbita del corazón, tiene que recuperar otro recuerdo.

Por eso piensa en Santi. Pero no en la piel de Santi, húmeda y brillante, ni en los besos de Santi, ni en las manos de Santi abrazándola, rodeándola, abarcándola, ni en el sexo de Santi, tomando posesión de lo que debería haber sido suyo tanto tiempo antes, como en la canción de James Blunt que le dedicaba en el Facebook imaginario. No. No piensa en él hacia atrás. Sólo hacia delante. Piensa en él porque pensarlo es como inventarlo, como inventar una vida distinta. Una vida sin dolor.

Qué habría pasado. Qué habría pasado si...

Tecllea su nombre en Google y le salen doscientas tres entradas. Casi todas hacen referencia a conferencias, charlas y, sobre todo, libros. Tiene catorce. De ellos, la mitad están escritos con Alba Vaccaro, su esposa. Se le nota la mano porque todos hablan de sociología política y tienen unos títulos horrorosos, tan originales como:

La revolución de la sociedad argentina

Del criollo al gaucho. Historia de una evolución social

Las políticas demográficas en la Patagonia

Sexo y comunicación

Los roles sexuales en la sociedad argentina

Le entra la risa. Le recuerda, aquella noche, y se imagina que su vida es un infierno. No un infierno de gritos y platos que se estrellan contra la pared, qué va; lee esos títulos y le viene a la cabeza la imagen de Santi desnudo junto a ella, sobre ella, en ella, sin roles ni reglas. Ay. Se figura que su vida es un alarde de educación y de organización.

—Dime, Santiago, ¿te parece bien que cojamos esta noche, cuando todos los niños duerman?

—Sí, Alba, por supuesto.

—Veamos. La mayor se va a la cama a las nueve, y los gemelos, a las ocho y media. Cenaremos algo rápido y a las diez podemos estar frente a la televisión, que reponen *La guerra gaucha*.

—Me parece buena idea.

La mujer consulta la agenda, pasa unas hojas hacia atrás.

—Mmmm, hoy te toca a vos arriba.

—Es que me hice daño en las lumbares en el gimnasio. ¿Te importa si cambiamos?

—No, querido, lo siento, los roles son los roles.

—Pero es que me duele.

—Te aguantás. No hemos escrito un libro para saltarnos las reglas sólo porque te duela la espalda, querido.

Se ríe. Tal vez no sea así. Tal vez le deje cambiar la postura. Pero es una mujer mandona, eso seguro. Lo sabe porque desde 2010 escribe solo y los títulos son mucho mejores. *Socializad@s*, *Sociología para internautas*, *La sociología en tiempos de los dummies*.

Se lo compra, el de los *dummies*, y eso refuerza su teoría de la separación, porque se lo dedica a sus cuatro hijos, que se llaman Enzo, Roberta, Mauro y Bianca, que le dan sentido a la vida, y de su esposa ni una palabra. Ja. Ella eligió los nombres, seguro. Santi es más de llamarlos Tony, Lucía, Antonio y Blanca, seguro. Más normal, menos pretencioso. Ella, además, tiene cara de soberbia. Lo sabe porque también se compró por catálogo *Sexo y comunicación*, para ver qué tal; le echó una ojeada, pero lo dejó arrinconado de inmediato porque no era lo que esperaba. ¿Y qué esperaba? Pues lo obvio: un análisis riguroso y exhaustivo de las cosas que se dicen para llevar a otro ser humano a la cama, de la evolución en el tiempo, de los giros en función de la geografía, de las versiones por culturas, algo útil, algo que ayudara a las jóvenes de hoy a identificar si un tipo les ofrecía amor verdadero o un polvo salvaje. Santiago Parodi, que convirtió aquella noche en una maratón de sexo y risa, habría escrito ese libro. Pero, ah, Alba Vaccaro no. Ella, con esas gafas de montura al aire que apenas si se notan en el retrato y dejan ver la frialdad de los ojos azules mirando con condescendencia a su marido, que está a su lado sonriente, feliz de haber escrito ese libro que a ella parece provocarle fastidio porque ni sonrío ni nada ni ha querido soltarse el pelo rubio, que lo lleva en una cola o un moño, porque no se ve, ha preferido escribir un tostonazo sobre el sexo en los medios de comunicación, ya ves, qué boludez, qué falta de originalidad, tantos árboles talados para eso, para satisfacer el ego de esa mujer que no se daba cuenta de que su esposo se dormía soñando con otra, como se lo había dicho bien claro aquella noche en el hotel: «Casi todas las noches, bueno, muchas noches, me duermo pensando en vos, preguntándome qué habría pasado si me hubiese atrevido a...».

Depresión

Lee en el periódico que han detenido a una pareja de venerables ancianos en Florida, muy cerca de donde ellos vivieron, porque contrataron a un sicario para que matase al esposo de ella para poder vivir plenamente su amor. El sicario cumplió lo pactado y guardó silencio durante treinta años, pero, ya en la cárcel por el atraco a una gasolinera, le habían detectado un cáncer de colon. El sicario había hecho (a Dios) una promesa: si se curaba y no moría, confesaría todos sus crímenes para dejar este mundo en paz cuando le llegara la verdadera hora de la muerte. Así lo hizo. Abrazó la fe y delató a todos cuantos le habían contratado en el pasado, Glenn y Lucy incluidos.

Los vecinos andan entre horrorizados e incrédulos, porque Glenn y Lucy se pasaban las mañanas dando vueltas a la manzana con sus respectivos andadores, haciendo carreras entre ellos y muriéndose de la risa; pasaban las tardes en el porche tomando té y hablando de sus cosas animadamente mientras veían ponerse el sol. Los domingos no faltaban a su cita en la iglesia, participaban en actos benéficos, donaban comida y ropa para los necesitados, y esperaban plácidamente la muerte después de una vida hasta cierto punto larga (ochenta y cuatro y ochenta y nueve), algo cansados quizá por haber criado a tres hijos y ayudado en la crianza de siete nietos. Relee la noticia, horrorizada e incrédula ella misma.

Se los imagina en el porche de la casita blanca con la bandera del país ondeando en la pared, y se los imagina confabulando para quitar de en medio a quien les impedía la felicidad de estar juntos. Se los imagina jóvenes, desesperados por esa pasión que les tenía comidas las entrañas, planeando fugas descabelladas, elucubrando el mejor modo de que Lucy le pidiera a su marido ese divorcio que no le querría conceder por nada del mundo. Al marido de ella se lo imagina estampándola contra el suelo de un bofetón: «A mí no me dejas ni muerta». Los imagina pensando y repensando un plan, dudando, indecisos, aceptando la idea de vivir la vida sin amor, desdiciéndose. «Eso es imposible, no puedo vivir sin tenerte, no puedo cumplir ciento diez años sin que seas mía, no puedo dejarte con un hombre que te maltrata», «Ni yo podría consentir que siguieras viviendo con una mujer a la que no amaras». Los imagina así, dale que dale, hasta que llegan a la única salida que les parece posible. «¿Y si lo matamos?» «Ay, no, no me parece bien.» «¿Y te parece bien que te pegue?». «No, eso tampoco me parece bien.» «Pues lo matamos.» «Pues vale, va, le

damos muerte.»

Marie la saca de sus pensamientos.

—¿De qué te ríes?

—¿Yo? Yo no me río.

—Te estás riendo.

—Ah, bueno, de una cosa que trae el periódico.

Marie lo mira por encima de su hombro.

—¿De esto te ríes?

—Bueno...

—¿De un crimen?

—No, no me río del crimen. Es que me acordé de una cosa.

—Mami, estás mal de la cabeza.

—Sí, eso es verdad...

Sí, eso es verdad. Bien de la cabeza, no está. En el fondo, los comprende.

Sí, eso es verdad. Se acordó de una cosa. Se acuerda muy a menudo de una cosa.

Se acuerda de que ahora moriría, pero hubo un tiempo en el que quizá también habría matado por amor. Fue hace mucho, una vez que anduvo liada con un hombre casado. Ese hombre casado era su profesor de historia del pensamiento político (I). Era su primer año de facultad y ella era virgen. Se había besado con tres chicos, uno le había tocado las lolas por encima de la ropa y ella había correspondido tocándole un poco la bragueta, pero se asustó y no quiso seguir. A ver. No es que se asustara de lo que se intuía por debajo de ese pantalón. Se asustó de sí misma y de su facilidad para romper planes, porque desde pequeña había tenido claro que ella no quería saber nada de los hombres hasta haber terminado al menos dos carreras, sociología y ciencias políticas, y estar ya asentada en un trabajo, con un apartamento luminoso en Villa Ortúzar, que era su barrio favorito porque ahí vivía su tía Mila. En realidad no era su tía. Era la exesposa de su tío Toño, el hermano pequeño de su madre, y era la mujer más moderna que conocía. Era escritora de novelas románticas. Celia Blanco, se llamaba. Ahora le da risa pensarlo, porque recién llegada a España supo que así se llamaba una actriz porno. Se ganaba, bien, la vida con libros titulados *En los brazos del deseo*, *Muerta de amor*, *La joya de la corona*, y la colección «Rebelde en...», que llevaba a sus protagonistas a pasear su rebeldía por lugares exóticos, peligrosos o cosmopolitas, según el caso. La tía Mila tenía dos vidas, la de las novelas, donde era fogosa y romántica, y la de la realidad, donde fumaba como una carretera y aseguraba a quien quisiera oírle que el amor había jodido la felicidad del ser humano. Su madre decía que eso era así porque a la tía Mila le gustaban las mujeres. En realidad era al tío Toño a quien le gustaban las mujeres, todas, de cualquier talla, de cualquier edad, de cualquier condición, y la tía Mila le dejó, cansada de aguantar infidelidades y humillaciones.

—Vos no te enamorés y estudiá, y vas a ver que al final de todo vas a ser feliz.

—Pero, tía, si la gente no se enamora no vas a vender más libros.

—La gente es imbécil y quiere vivir en la mentira. Pero vos sos mi sobrina favorita y quiero que seás feliz.

—Yo también quiero ser feliz, tía.

—Pues entonces, no te enamorés, carajo.

Ahora la tía Mila tendrá cerca de setenta años, o más, y vive sola en una residencia para ancianos, El Aleph, en Barrio Norte. Barrio Norte no está mal, pero la tía Mila era una enamorada de Villa Ortúzar, «Con esta luz —decía—, me mata esta luz». De vez en cuando se mete en la web de El Aleph porque cuelgan fotos y ahí la ve, con los brazos en alto haciendo gimnasia, o celebrando el cumpleaños de una señora que tiene el pelo rosa y una coronita de reina. Ay, la tía Mila, que le decía «Estudiá, estudiá, estudiá y no perdás el tiempo con los hombres», y que ahora espera la muerte haciendo calceta en un patio andaluz más sola que la una, tal vez lamentando haberse hecho caso a sí misma hasta el final.

No sólo era por el reiterado consejo de su tía. Qué va. Ella no andaba interesada en el amor. A ella lo que le importaba era estudiar, progresar, ser una mujer independiente y libre con un departamento cercano al de su tía para pasear juntas y fumar como cosacas, y ya, si eso, enamorarse después.

Pero el amor es un invitado inoportuno que llega cuando no se le espera. Ésa era una frase que no faltaba en ninguna de las novelas de Celia Blanco. Y así fue como Giuliana se enamoró de un hombre casado que era su profesor, que es una forma como otra cualquiera de embarcarse en una relación que no va a llevarte a ningún lado.

El profesor se llamaba Humberto Raposo y daba unas clases inacabables e insufribles, porque no hay nada más farragoso y pesado que la historia del pensamiento político, pero tenía unos ojos azules enormes que hacían más ameno lo que contaba de Anaxágoras o de Aristóteles o de santo Tomás o de san Agustín.

Ella notó que la miraba desde el principio. Bueno. Ella notó desde el principio que le devolvía las miradas, porque la pura verdad es que se olvidaba incluso de tomar apuntes, tan concentrada como estaba en mirarle y mirarle y no dejarle de mirar. Perdió peso. Ella, no él. Él estaba todo el tiempo igual. Pero ella adelgazó y descuidó otras asignaturas porque no tenía capacidad para ser brillante en todas.

Ahora lo recuerda todo como en una nebulosa, como si aquel año hubiera transcurrido en sólo un día, y le hubiera conocido y al instante siguiente se hubiera enamorado y un segundo después le hubiese besado en su despacho de la facultad, y al cabo de un minuto y medio o dos ya estuvieran haciendo el amor como animales en cualquier sitio que les brindase algo, un poco, de intimidad, el ya mencionado despacho, el cuarto de las escobas, el baño, una habitación de hotel, un congreso

inventado, y en unas horas ya hubieran consumido toda esa pasión y ya se dispusieran a hablar de amor, y al final de la jornada no les quedase más remedio que reconocer que lo suyo era imposible, no sólo porque él fuera su profesor, sino porque estaba casado con otra mujer que le había dado ya dos hijos y tenía el tercero en camino; como si de madrugada hubieran roto, y hubieran dicho «Quedamos como amigos», y antes del alba ella hubiera comprendido que tan fácil no era terminar, pero en un par de días más ya lo hubiese superado.

Le hace gracia recordarlo, cuando lo recuerda, porque aquella historia le parece insignificante vista desde la distancia. Y sin embargo... Ni siquiera lo recuerda bien. No duró un año, sino tres.

Aquel amor por Humberto casi le cuesta la salud (porque dejó de comer), la carrera (porque dejó de estudiar), las amistades (porque las pocas personas que lo sabían no lo veían con buenos ojos y el resto no comprendía sus idas y venidas al campus y por el campus), la salud nuevamente (porque seguía sin comer y enfermó de tristeza cuando lo dejaron), la carrera otra vez (porque la tristeza le impidió estudiar con normalidad), las relaciones (porque a todos los comparaba con él y salían mal parados), los pocos amigos que le quedaban (porque ella apartó de su lado a todos los que trataban de abrirle los ojos con respecto a Humberto), la autoestima (porque luego le fueron con el cuento de que cada año se llevaba a la cama a una o a varias alumnas). En fin.

Tampoco recuerda cómo lo superó. No fue en un par de días, eso desde luego, de la misma manera que no fue en un día como su amor nació y creció. Qué va.

Tardaron meses en decidirse. Meses de consultas tontas al terminar la clase, de pretextos cada vez menos elaborados para verse en el departamento, de artículos que él quería mostrarle, de propuestas de colaboración en investigaciones que luego firmarían los dos juntos, como aquella idea de analizar la respuesta de la universidad y de los universitarios como grupo social durante la dictadura de Videla. Fue haciendo el guión de aquel trabajo que nunca llegaron a hacer cuando se besaron la primera vez, en un despacho minúsculo, con los brazos apoyados en una mesa llena de papeles y la gente alborotando por el pasillo del que los separaba una pared construida a base de papel de fumar, tan fina, tan endeble, que cada vez que había barajado la idea de besarle la había descartado por temor a que les viesan desde el otro lado como si el ladrillo fuera de cristal.

Él le pidió perdón.

—Perdón.

Ella no aceptó las disculpas.

—No tengo nada que perdonar.

Hablaban en susurros, y en voz baja él continuaba disculpándose.

—No he podido evitarlo.

Como respuesta, fue ella quien le besó.

—Tampoco yo pude evitarlo.

En realidad eso fue lo que ocurrió, que no pudieron evitarlo. No pudieron evitar que ella se quedase embarazada; que abortase; que él le contagiase una gonorrea; que sugiriera que se podía haber infectado con cualquier otro hombre; que así ella comprendiera que era la única que se había enamorado en esa pareja; que abriese los ojos y se diera cuenta de que le compartía con su esposa y con media facultad; que se sintiese estúpida; que se enterase de que se había hecho fama de puta; que se sintiese (más) estúpida (todavía); que rompiera con él; que no dejase de llorar en una semana seguida y en dos meses en días alternos.

Durante un tiempo largo que ahora se le antoja corto, le pareció que aquella herida jamás dejaría de doler, aunque por fuera no quedase ni rastro de la cicatriz. Se preguntaba si los demás se habrían dado cuenta de lo que pasó y, en caso de que así fuera, si lo recordarían o ya lo habrían olvidado, si se lo tendrían en cuenta como seguía haciendo ella, si la castigarían como se castigaba ella misma, si otros chicos con los que salía la trataban mal, con poco respeto, porque daban por hecho que era un putón, y si todas sus relaciones acababan fracasando por escoger siempre la peor opción al considerar que no merecía mucho más.

Piensa a menudo en Humberto, no sólo cuando lee en el diario las locuras que cometen las parejas que quieren estar juntas, o cuando María le manda un correo hablándole de su amor por el amigo de su marido muerto, o cuando se pregunta si acabará como la tía Mila, medio loca de atar y sola como la una haciendo gimnasia sueca en un geriátrico. Qué va.

Piensa a menudo en Humberto porque le da por preguntarse si dentro de un tiempo, tal vez veinte años, o quizá más, esta herida que le duele tanto, este dolor que le impide dormir y respirar, que le hace fantasear con otras vidas, imaginarlas, para encontrar algo de paz, este dolor será como aquel de Humberto. Un recuerdo, nada más.

Tarda casi dos meses en saber que Pepe Bau es homosexual. No es que le importe. Si se lo preguntó fue porque se le escapó, porque creyó que tenía que llenar un espacio que se había quedado vacío de palabras, o porque pensó que a su amigo le haría gracia, que se reirían como se venían riendo de casi todo desde que comenzaron a intimar.

—¿Te acuerdas de lo que me preguntaste el otro día?

—¿Cuándo?

—El día del funeral del marido de María.

—¿Qué cosa?

—Te acuerdas a la perfección.

—Bueno, es que no fue precisamente el otro día.

—Ya.

—Ya.

Es un mes de abril frío y lluvioso. La primavera se resiste a llegar. En uno de esos domingos fríos de esa primavera extraña, va con Pepe a tomar una cerveza en una terraza de la playa. Las niñas se han pedido dos coca-colas y unas patatas bravas, pero se han ido a jugar a la arena y los refrescos se han aguado, porque el hielo se ha derretido, y ya no quedan patatas, porque se las han comido ellos sin darse cuenta, hasta que llega el camarero y les dice:

—¿Más patatitas? Que cuando vengan sus hijas menudo berrinche van a coger al ver que se las han zampado sus papás...

Ella sonríe y Pepe ríe abiertamente.

—Claro que sí, señor, traiga más patatas para nuestras hijas, que se lo merecen todo.

A ella la broma no le hace gracia.

—No te pongas así, coño. Que parecemos un matrimonio de verdad, aquí, tomando el sol en la playa, con nuestro periódico, nuestra bolsa de pan y nuestras niñas haciendo castillos en la arena y todo...

—Añoro a William. No me gusta hacer bromas sobre ese tema, la verdad.

—¿Te acuerdas de lo que me preguntaste el otro día?

—¿Cuándo?

—El día del funeral del marido de María.
—¿Qué cosa?
—Te acuerdas a la perfección.
—Bueno, es que no fue precisamente el otro día.
—Ya.
—Ya.
—Pues sí.
—¿Sí, qué?
—Que sí, que soy homosexual.
—Ah.
—¿No querías saberlo?
—No me quitaba el sueño.
—Entonces, ¿por qué me lo preguntaste?
—Qué sé yo... Porque no tengo cultura del silencio, vos mismo lo dijiste ese día.
—¿Nunca lo habías pensado?
—No.
—¿Nunca, hasta que te lo dijo María?
—Es que yo no voy por ahí preguntándome: «Mirá ese tipo, ¿será trolo o qué?».
—¿Trolo?
—Gay.
—Pues sí, lo soy.
—Pues muy bien.
—¿No te molesta?

Se quedan callados un rato. Marie los saluda desde la arena y le devuelven el saludo y a Giuliana le da la sensación de que, si las mira el tiempo suficiente, podrá darse cuenta de que esa misma mañana, mientras preparaban los trastos para ir a la playa, su hija mayor le ha dicho:

—¿Sabes una cosa? Me gusta mucho Pepe.
—Sí, es muy divertido, y se nota que le gustan los niños.
—No, me gusta para ti.
—¿Para mí?

—Alguna vez tendrás que volver a tener novio, ¿no? Yo creo que a papá le gustaría.

No quiere empezar el domingo llorando, así que no le responde: «Sí, a papá le gustaría, lo sé porque me lo intentó decir tres o cuatro veces, hacia el final, pero no lo dejaba terminar cuando empezaba a hablar y lo interrumpía y cambiaba de tema».

Si esa conversación que no va a producirse se produjera, tendría que explicarle a su hija que no quería que lo dijera en voz alta porque era tan absurdamente supersticiosa que pensaba que, si hablaban de «eso» antes de tiempo, «eso» ocurriría

antes de tiempo, y porque tenía las lágrimas retenidas tras un dique que era frágil que podía romperse y derramarse y provocar inundaciones de consecuencias catastróficas, y tendría que contarle además que, a pesar de todo, no pudo evitar que una noche, en el hospital, cuando estaban solos, le dijera:

—Mirá, Giuli, esto es un hecho, yo me marché antes que vos, y tenés que continuar adelante, y en ese continuar hacia delante está la realidad de que te vas a volver a enamorar, y tenés que hacerlo, cuanto antes, mejor, porque lo que más necesitan tus hijas de vos es que estés feliz, y vos, cuando te enamorás, es como si florecieras. Así que, por favor, no me guardes luto demasiado tiempo.

Y que ella se enfadó al oírlo y que él, agotado por el esfuerzo de hablar tanto rato, se quedó dormido tan profundamente que ella pensó que había muerto y que lo último que habrían compartido habría sido una bronca, otra bronca, y que llamó a la enfermera con el pulsador, tantas veces que casi lo fundió, y que la enfermera llegó corriendo y le dijo, algo enfadada: «Señora, cálmese, que su marido está dormido y lo va a despertar», y que cuando se despertó le dio millones de besos por toda la cara y le dijo: «No sé si me enamoraré pronto o tarde, pero sí sé que no será como con vos, y sé también que no quiero discutir más, porque el día menos pensado vas y te morís, y lo que quiero es que te llevés mi sonrisa y que me dejés tu sonrisa también, así que ya está bien de decir boludeces», y él sonrió, y le devolvió los besos que pudo devolverle y le dijo: «Te acordás de ese chiste en el que el moribundo le pregunta a su mujer: “Decime la verdad, ahora que me voy a morir, ¿me pusiste los cuernos?”, y ella le responde: “Sí, hombre, y si no te morís, ¿qué?”». Y a ella le hizo tan poca gracia que a punto estuvo de enojarse, pero recordó lo que acababa de decirle a William y se esforzó en sonreír, y sonrió.

Tendría que contarle que en realidad no se ha enamorado de Pepe Bau, pero que alguna vez se ha preguntado cómo sería la vida si se enamorase de él, y la respuesta le daba ganas de dar un paso al frente, pero también de dar un paso atrás: fácil, sería, la vida, si se enamorara de Pepe Bau.

Hace muy poco que se frecuentan, pero en este poco tiempo han ido al cine, a comer, a cenar, al teatro, al cine otra vez y una vez más sin las nenas; han ido a ver las últimas nieves de la temporada y se han tirado por la ladera nevada con un plástico, porque han olvidado el trineo, y luego la ha ayudado a acostar a Marie mientras ella acostaba a Ana, porque se habían dormido como dos troncos en el viaje de vuelta, y luego han tomado un par de cervezas mientras cenaban una pizza congelada; él ha intentado repararle el frigorífico y ha ido con ella al hipermercado a comprar otro cuando ha comprobado que no sabía arreglarlo; ha aguantado sus ataques de llanto o de ira al otro lado del teléfono con paciencia de amigo de años; la ha ayudado a ponerse o quitarse la chaqueta; le ha sostenido el bolso si no ha llegado a tiempo para ayudarla a ponerse o quitarse la chaqueta; ha explicado a Marie cómo

se hacen las divisiones con decimales y ha enmarcado un dibujo de Ana en el que se ve a un gordo calvo y un garabato flaco con una madeja blanca sobre la cabeza, y sobre el gordo pone «Tati» y sobre el flaco pone «Pepe», y lo ha colocado sobre la mesa de su despacho, tal como la pequeña le ha pedido, y luego ha hecho una foto con el móvil y se la ha enseñado cuando la ha vuelto a ver.

Pero no siente nada por él, por suerte. Ahora que sabe que es gay se alegra, porque en ocasiones le ha parecido intuir que él sí se había enamorado de ella.

Se lo dice, con la cerveza en la mano.

—¿Molesta? Qué va. Me siento aliviada al saber que no estás enamorado de mí.

—Si me gustaran las mujeres, serías la número uno, eso seguro.

—Como en una película.

—Una de Hollywood, de esas de dos perdedores que se encuentran y se toman la revancha de la vida.

—Yo no me siento una perdedora. Con William lo tuve todo...

—Bueno, es una idea para un guión.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—No hace falta que me lo digas: querrás saber si me separé por eso, si me casé sabiéndolo, si lo sabe mi ex, si tengo pareja, cómo me di cuenta...

Se ríen.

—Más o menos.

—No es porque sea viejo, porque no soy tan viejo, cincuenta y seis, ya lo sabes, es porque recibí otra educación, porque soy el menor de cinco hermanos, porque mi padre era guardia civil... Yo qué sé... Y no culpo a mis padres, ojo.

—Odio a la gente que justifica todo lo que le pasa por sus padres.

—Hay casos y casos, eso es verdad, lo que nos pasa durante la infancia es importantísimo para nuestra vida adulta, y eso no lo puede negar nadie.

—Pero de ahí a decir: «Yo no sé amar porque mis padres no me amaron», «Yo soy un asesino múltiple porque mi padre me pegaba»..., pues qué quieres que te diga, me parece una justificación demasiado fácil.

—Es posible, aunque lo que dices también es una visión simplista, si me permites que te lo diga. Los seres humanos funcionamos por imitación, la educación se basa más en el ejemplo que en la palabra. Por ejemplo, si un padre le dice «No se pega» a un niño que ha pegado a otro y acompaña su bronca con un bofetón, ya me dirás tú qué es lo que va a aprender ese niño.

—Mira, yo soy reservada y tímida y, según me decía William, hasta antipática, pero mi madre es un portento de las relaciones públicas y mi padre es un ser tan callado que creo que no dijo su primera palabra hasta los veinte años, o así. Y los padres de William están cortados por el mismo patrón: serios, que no severos, educadísimos, y ya viste cómo era Will..., un monologuista frustrado, siempre

dispuesto a hacer reír y a reírse... ¿A qué padre echamos la culpa de eso?

—Sigo pensando que el carácter va en el ADN.

—Exacto, nacemos con un carácter y, por mucho que queramos imitar a nuestros progenitores, si no se da, no se da...

—Somos el fruto de la educación que recibimos, eso no me lo puedes negar.

—No lo niego. Pero me resisto a creer que, sintiendo lo que sentías, lo viviste de la manera que lo viviste por la educación que recibiste, porque, entonces, ¿qué hay de los demás homosexuales?

—Pero es que en cierta manera sí es así, sí lo hice por la educación que recibí, por mi entorno. Por eso, porque era lo que hacía todo el mundo, porque no acababa de entender la naturaleza de mis sentimientos, porque eran otros tiempos y de esas cosas no se hablaba nada más que para insultar. No tenía ningún amigo homosexual, aunque mis amigos seguramente también habrían dicho lo mismo: «En mi entorno no hay maricones», y ya ves tú. A mí nunca me gustaron las chicas, para nada, es que ni como amigas, pero no tenía ningún interés en que se burlaran de mí, en que me hicieran daño... A uno del barrio lo mandaron preso a Badajoz y a su pareja, a Huelva, porque uno era activo y el otro pasivo. Esas cosas ocurrían y yo no quería que me pasaran a mí, así que me casé a los veintidós, virgen en todos los sentidos, y treinta años después comprendí que no tenía ningún sentido vivir una vida que me hacía profundamente infeliz y condenar a otra persona a vivir una vida que la hacía profundamente infeliz.

—¿Te enamoraste de un hombre?

—Qué va. Si te digo la verdad, creo que no sé lo que es el amor.

—Pero ¡qué dices!...

—Sé lo que es el amor a mis hijas, eso seguro. Las quiero por encima de todas las cosas, haría y daría cualquier cosa por ellas. Y también quiero a mi ex, la he querido mucho mientras hemos estado casados, incluso después del divorcio... Cómo iba a ser traumático..., si nunca hemos estado enamorados, si ninguno de los dos sintió nada más que alivio al romper...

—No me lo creo.

—Sí... Ella era hermana de la amiga de mi hermana, prácticamente crecimos juntos y éramos amigos. Nos gustaban las mismas cosas, las mismas películas, la misma música, los mismos cantantes... Amparo quería estudiar, que tampoco es que estuviera muy bien visto por entonces, y creo que yo era el único que la alentaba a que hacerlo. «Estudia, Amparo, estudia, y sé lo que quieras ser», le decía. Y ella me decía: «¿Verdad?, ¿verdad que ésa es nuestra mayor responsabilidad? Ser lo que queramos ser, luchar por no ser lo que los demás quieran que seamos»... Y yo, claro, le decía que sí, no defraudarnos a nosotros mismos es nuestro mayor acto de responsabilidad...

—...

—Pero, en realidad, yo tampoco siento que me haya traicionado a mí mismo. No soy hombre de grandes pasiones, y creo que la vida que tengo me gusta, me llena. Incluso estando casado. Era agradable, Amparo me hacía la vida fácil, no teníamos grandes peleas, no teníamos grandes conflictos... De vez en cuando, muy de vez en cuando, yo le era infiel, como tantos hombres a tantas mujeres, pero en lugar de irme de putas, o de liarme con la mujer de un amigo, o de acostarme con una rubia a la que acababa de conocer en un bar...

—¿Y Amparo lo sabía?

Se encoge de hombros.

—Nunca hablamos de esto. Nunca hablamos de sentimientos, de nuestros sentimientos.

—¿No os decíais «te quiero»?

—Claro que nos lo decíamos, continuamente. Y nos llamábamos cariño y amor mío y mi amor. Pero decir las cosas no implica sentir las cosas. Es más, a veces, decir las cosas lo que hace es devaluarlas.

—¿Entonces? ¿Por qué os separasteis?

—Porque las niñas ya eran mayores y tenían unos novios que eran un horror, todos las puteaban, las engañaban, no las tomaban en serio, y las pobres se agarraban unos disgustos tremendos, y entonces, no sé por qué, un día pensé, me pregunté: «Coño, ¿y si yo tengo algo que ver?, ¿y si ellas están buscando un hombre como el que tiene su madre, que la putea y la engaña y no la toma en serio?».

—Pero cómo vas a tener vos algo que ver...

—¿Tus padres se querían, Giuliana?

—Claro que se querían.

—¿No has buscado tú, de alguna manera, reproducir su relación?

—Yo también he tenido parejas que me han tratado mal, ¿no me estarás queriendo decir que mi papá es gay?

Se ríen.

—No, aunque no pongo las manos en el fuego por nadie.

Se ríen de nuevo.

—Con o sin razón, Giuliana, en ese momento miré a mi alrededor, miré la vida que había construido, y pensé por primera vez que, aunque el hecho de que estuviera construida sobre una mentira a mí no me importaba, eso no significaba que no fuera importante.

—No comprendo.

—No quiero ponerme sórdido ni ordinario. Pero a mí me bastaba con inventar una reunión en Madrid o un viaje a Barcelona y pasar la noche con uno que acababa de conocer en un local de ambiente, o llamar a un servicio de contactos para hombres,

o decir «Me voy al centro a hacer una gestión» y meterme en un cuarto oscuro si no tenía tiempo para hacer un viaje, y con eso, con esas cuatro o seis o quince veces al año, yo tenía suficiente. Y luego volvía a casa, y nada me costaba esfuerzo, todo me parecía bien. Pero entonces pensé: «Joder, ¿y si Amparo sí necesita que alguien la quiera desesperadamente y siente que se va a morir sin ella y sin sus besos?, ¿y si soy un pedazo de hijo de puta que la estoy condenando a vivir sin algo que ella de verdad necesita?»...

—Pero, mirá, si ella lo hubiera necesitado tal vez te lo habría pedido... Quizás ella también tenía suficiente con lo que le dabas.

—¿Sí? ¿Con una vida sin discusiones, con hacer el amor una vez cada trimestre, como si fuera la declaración del IVA?

—No todo el mundo tiene la misma necesidad.

—Sí, eso es posible. Pero es un hecho que nuestros niveles eran distintos. Yo sigo como estaba. Incluso, sería capaz de casarme contigo si tú quisieras, no me importaría.

—¿Perdón?

—En serio, si tú me dijeras: «Mira, me siento sola, me van a deportar, mis hijas precisan una figura paterna y tú les pareces bien»... Pues yo diría: «Vale», y lo haría con la excepción del sexo trimestral, porque ya sabes mi secreto gracias a tu amiga María.

Sonrisa forzada.

—Cuidaría de ti, te ayudaría, ayudaría a las niñas.

—¿Me estás pidiendo en matrimonio?

—No. Te estoy proponiendo una solución que no me parece mala.

Se ríe, con ganas.

—Pero ¿una solución a qué problema? ¿Crees que mi problema es que no sé qué modelo de electrodoméstico escoger, o que no sé cómo explicar a mi hija mayor cómo hacer los deberes, o que necesito que el otro lado de la cama se mantenga caliente para poder dormir?

Se ríen, los dos.

—Claro que no. Estoy pensando en voz alta. Lo que te digo es que, si llegase el caso, no me importaría hacerlo, no me parece una mala manera de vivir, incluso creería que he mejorado, porque eliminaría la parte de la mentira. Yo no necesito amor, ni darlo ni recibirlo. Es así.

—Eso no puede ser verdad. Eres un hombre afable, afectuoso, te deshaces con las niñas, te vuelves loco con ellas.

—Sí, pero eso es cariño, no amor. He querido a mis hijas y las quiero por encima de todas las cosas de este mundo, pero no he amado nunca a nadie, ni tampoco me han amado a mí ni he echado de menos ese sentimiento.

—¿Y tu mujer?

—Yo pensaba que ella era, en cierta manera, como yo. Pero, al medio año de separarnos, Amparo empezó a salir con un compañero de trabajo y ahora es otra mujer. Está más joven, más guapa, viaja continuamente... Es feliz, ¿entiendes? Y eso me hace sentir bien pero también mal, porque me doy cuenta de que le robé esa felicidad durante los treinta años que estuve con ella. Me digo: «Joder, me casé con una mujer de veinte años que ha tenido que esperar a los cincuenta para saber lo que es la plenitud, le he robado media vida».

—...

—Procuro no pensarlo demasiado, porque pensarlo me hace sentir un ser miserable, y sé que no lo soy en el sentido exacto de la palabra. Yo lo que soy es un ser mísero, que no es lo mismo. Yo tengo suficiente con meterme en un chat de vez en cuando y tener sexo con alguien con quien no me une nada y a quien nunca más volveré a ver, y no quiero que deje de ser así, no quiero vivir de otro modo.

Dice lo primero que se le ocurre.

—Cada uno es como es.

—En efecto. La mía es una mala manera de ser, porque he hecho que otras personas vivieran como yo sin ser como yo. He dejado víctimas colaterales de mi...

—Pero no por mala fe. Tal vez por cobardía.

—No, ojalá.

—¿Cómo, ojalá?

—Si hubiera sido por cobardía, habría sido por algo, habría habido un motivo. Yo vivo por..., no sé, por inercia, porque ya estoy aquí. Pero, si yo desapareciera de este mundo, si hubiera muerto yo en lugar de Will..., el mundo seguiría girando, sin mí.

Se quedan callados un rato. Miran el cielo, gris, que se confunde con la línea del mar que se pierde en el horizonte.

Giuliana dice algo, al cabo de unos minutos.

—El mundo siempre sigue girando, se marche quien se marche.

La mutua contacta de nuevo con ella. Le escriben un *mail* en el que le dan un número de teléfono al que llamar con una clave de referencia que contiene toda la información de su caso.

Como por la mañana se ha peleado con Marie —porque no se quería levantar para ir al colegio, no se quería vestir, no quería desayunar, no quería cargar la mochila, no quería ir caminando, no quería ir en coche, no quería que su hermana le hablase, no quería que ella le hablase, no quería que le diese el sol, no quería dejar a su madre vivir—, ésta andaba arrastrando los pies y han llegado cuando Paco, el conserje, estaba cerrando las puertas del patio, y casi se cae por acelerar el paso.

Le dice:

—No te pego porque no soy de pegar, porque, si fuera de pegar, te reventaba la cabeza de un guantazo.

Su hija mayor la mira y le dice:

—...

Ana la observa desconcertada, temerosa, y dice:

—...

Las tres tienen los ojos llenos de lágrimas cuando se alejan. Giuliana sabe que tiene razón, que no puede permitir que una preadolescente enfadada domine su vida y la amargue. Pero se acuerda de cuando era un bebé, de sus primeros dientes, cómo lloraba, todo lo babeaba, todo lo mordía para aliviarse; sus primeros pasos, cómo se caía, y cómo lloraba cuando se caía, y cómo buscaba sus brazos cuando se caía; sus primeras palabras, ininteligibles, y cómo se enfadaba si no la entendían si decía «pan» y le daban pan, porque lo que en verdad quería era leche, pero sólo sabía decir «pan». Conoce a su hija y sabe que, si llora y patalea, es porque algo le duele, y sabe de sobra qué es lo que le duele, así que se marcha a casa arrastrando, un poco, los pies. Si Will viviera, sabría que anda así porque está triste, derrotada. Pero, si Will viviera, no tendría motivo para andar arrastrando, un poco, los pies. O tal vez sí. Antes la vida también la sobrepasaba por motivos que ahora le dan hasta risa.

Por estar gorda, eso era lo que más.

Por no encontrar trabajo. No. Por no encontrar un trabajo de poquitas horas, lo justo para salir de casa y airearse un rato y luego volver a ser una estupenda mamá.

Por sentirse una inútil por no tener ninguna inquietud profesional.

Por estar gorda.

Por tener sueño.

Por no ser capaz de controlar la ansiedad que le provocaba el sueño y dedicarse a comer porquerías a cualquier hora.

Por estar gorda.

Cuando Will enfermó, ella perdió peso. No mucho. Lo justo para que la ropa le quedase holgada y pareciese aún más gorda que cuando estaba más gorda. Eso también la irritaba, aunque ya no se sentía sobrepasada por esa angustia.

Alguna vecina le decía:

—Estás más delgada.

Alguna madre del cole le decía:

—¿Te vienes a comprar ropa conmigo?

Alguna dependienta de ropa infantil le decía:

—En la segunda planta está la sección de señora. Baje y aproveche la Semana Fantástica para comprarse algo de su talla ahora que ha adelgazado.

Pero ella no tenía tiempo para nada más que no fuera estar con Will, estar con las niñas, estar en la casa, estar en el mundo haciendo del mundo un lugar cómodo y confortable para los que más quería.

María Martín, que ya por entonces le caía bien al cabo de un rato de caerle mal, le aconsejaba:

—Si tú no estás bien, no vas a poder cuidar de nadie.

Y ella, ya por entonces, la miraba y pensaba: «Que te den por el orto, cretina».

Pero decía:

—Es que la vida no me da para más.

El resto de las mujeres del grupo de Onco también andaban algo fachosas. La única que iba siempre hecha un primor era María. Ahora sabe bien por qué, pero entonces esa manía de arreglarse y de hacer notar a las demás que no estaban arregladas le rompía las pelotas.

Ahora arrastra los pies al caminar porque le rompe el alma no saber soportar el dolor de su hija, no saber hacer del mundo un lugar acogedor para el dolor de su hija, perder la paciencia de esa manera, amenazarla, lastimarla así, de modo que cuando llega a la casa con su caminar cansino y enciende el ordenador y se conecta a internet para ver qué se cuentan las de «Madres argentinas en el exterior» y, si se da el caso, comentar lo que le pasa para que las demás le digan cuatro cosas que la hagan sentir mejor, y le entra el correo de la mutua, decide no llamar, sino ir directamente a la delegación, porque tiene ganas de bronca y mejor pagarla con un desconocido irrespetuoso con su dolor que con su propia hija, sangre de su sangre, pero cómo ha podido decirle eso, «te reviento la cabeza», por el amor de todos los dioses del mundo

de los que creen en cualquier dios.

Hace tres colas; espera casi cuatro horas. Llama al colegio y advierte que ha tenido un grave problema y que debe dejar a las niñas en el comedor, y pone su voz más compungida para que hagan una excepción con sus hijas teniendo en cuenta que son las pobres hijas de una pobre viuda. Las dejan, pero le dicen que ha de procurar avisar con más tiempo. Ella fuerza el drama:

—Es por un asunto de William...

—No nos des explicaciones, Giuliana, entendemos que estás sola con todo esto... Sólo, por favor, procura tener previstos estos contratiempos, por la intendencia del comedor...

—Claro, claro, pero es que a veces es tan difícil prevenir los imprevistos... De ahí su nombre...

—...

—Bueno, muchas gracias, avisen por favor a las nenas que no es nada grave, sólo un papeleo que se demoró.

—Perfecto.

—Me piden que demuestre que William murió, ¿pueden creerlo?

—La burocracia...

—Más bien la burrocacia...

Se ríen. Se desean suerte. Se dan las gracias. Se despiden.

Por fin, después de pasar la mañana imaginando la cantidad de impropiedades que le soltará al pobre que la atiende, le toca. La recibe un hombre de mediana edad, tan amable, tan educado, que le sabe mal decirle todo lo que había pensado decirle: insensible, cruel, inhumano, desalmado, eso para empezar, y si le venía bien, si el hombre le entraba al trapo, ya ir subiendo, chanta, sorete, la concha de tu madre que te remilparió, etcétera. Pero el hombre la recibe con una sonrisa.

—Perdone por la espera, señora. Dígame en qué puedo ayudarla.

Se traga los insultos, aunque su amabilidad le da más ganas de insultarle.

Piensa: «Joder, será cabrón, ahora ya no puedo desahogarme con él».

Dice:

—Mire, mi marido falleció, mi gestor se encargó de la declaración de la renta y el resto del papeleo, y ahora me piden que demuestre que, en efecto, soy viuda.

—Sí, es un error lamentable.

Piensa: «¿Cómo un error, señor? Ahora dígame que a las doce es mediodía».

Dice:

—¿Cómo un error, señor? Ahora dígame que a las doce es mediodía.

Se pone contenta. Le dan ganas de palmearse la espalda y gritar: «¡Hurra por Giuliana, que al fin ha conseguido decir algo de lo que piensa!».

Sonríe. El hombre, que no sabe a qué se debe su sonrisa, sonríe también.

—Mire. Usted sabe que hay gente que comete fraudes de forma continua, y que hay veces que se descubren y hay veces que no se descubren.

—¿Me está llamando delincuente?

—No, por Dios, señora. No me malinterprete. Le estoy explicando que cruzamos datos de personas como modo de detección de estos fraudes, y los cruzamos aleatoriamente, por eso hay delitos que se escapan y delitos que no se escapan. Y en ese cruce de datos, no sólo se descubren infracciones, o no sólo infracciones graves. También se detectan pequeños errores, omisiones, fallos en las formas... Y me temo que esto es lo que ha ocurrido en su caso: que han fallado las formas, y por eso también le pido disculpas.

—No le entiendo.

—Pues que han fallado nuestras formas. Lo que le pedimos es, simplemente, que adjunte la partida de defunción de su esposo. Pero no me parece bien que en un caso como el suyo la comunicación sea la misma exacta que cuando falta cualquier otro documento. No deberíamos olvidar que tratamos con personas.

—Pues eso venía yo a decirles, justamente.

—Pues queda dicho, señora. Y le recomiendo que ponga usted una queja formal.

—¿Servirá de algo?

—Lo que seguro que no sirve de nada es que no se queje. Las palabras se las lleva el viento, pero los papeles... A lo mejor también, pero a lo mejor los lee alguien que, como poco, se avergüenza de lo hecho.

—Venía dispuesta a insultarle...

—No me extraña.

—... pero se me ha olvidado la documentación...

El hombre se ríe, y mientras el hombre se ríe ella piensa que no sabe cómo se llama, que no es de mediana edad, sino más joven que ella, que tiene el pelo rizado y los ojos pardos, que lleva un anillo en el pulgar, que le sobran algunos kilos pero su amabilidad le vuelve atractivo.

—No se preocupe. Puede traerla mañana, o el día que quiera. No tiene que hacer la cola. Pregunte por mí, déjelo a mi atención en un sobre, y yo me encargaré de que no vuelvan a importunarla con este asunto.

—¿Y si se lo traigo a la hora de almorzar y lo invito a un café? La verdad, ha sido usted muy amable, y después de haberme pasado casi seis horas insultándole mentalmente es lo mínimo que puedo hacer.

Sonríen, los dos. Al día siguiente, cuando se encuentran sonríen de nuevo, toman el café y se intercambian los teléfonos, y así se entera de que se llama Manolo, porque en la media hora les ha dado tiempo para compartir medio bocadillo de tortilla de patatas y unas aceitunas partidas, dos cervezas y dos cortados, pero no de decirse los nombres. Él le escribe un Whatsapp y le dice que se alegra de que la mutua haya

metido la pata, porque así ha podido conocerla. Ella le contesta que se alegra de no haberle insultado. Él le pide que le diga algunos insultos argentinos. Ella le escribe los habituales, boludo, pelotudo, y él le pide más, porque esos ya los conoce. Pasan otra media hora tonteando, insulto va, insulto viene, hasta que ella le dice que no le sorprende que se formen las colas que se forman en la oficina si los trabajadores se la pasan flirteando con desconocidas por el celular, y él le responde que si eso es lo que hacen, flirtear. Ella contesta con el emoticono de una cara ruborizada y él la invita a ir al cine al día siguiente. Ella responde que sí, pero tiene dudas, y cuando da por terminada la conversación, se mete en internet para buscar enfermedades que pueda fingir al día siguiente y así no ir a la cita.

Sin la protección de la virtualidad, se vuelve cobarde. Cualquier distancia la protege de las demás relaciones, sean de la naturaleza que sean, le da seguridad para hablar de sí misma y de sus sentimientos. Con Carmina Palau o con Amalia Alba, porque en su trabajo está implícita la capacidad de escucharla sin juzgarla, sin opinar. Con la gente de Facebook, porque no son reales, no tienen cara y a veces ni nombre, porque nadie se llama en realidad Campanilla Plazas ni Vi Vi Na ni Piedad la Meiga. Con el Whatsapp, porque puede cortar la conversación cuando le dé la gana, coquetear con un tipo al que acaba de conocer y con el que mañana puede sufrir amigdalitis, o indigestión, o cefalea. En las distancias cortas, se pierde y se vuelve torpe. Lo sabe porque le pasó en la piscina. Por eso dejó definitivamente el deporte, porque en el carril de al lado siempre se ponía un hombre a nadar, tan ridículo con su gorrito y su bañador pegado al cuerpo y esas gafas de rompetechos, lo mismo que ella, pero que le sonreía cuando se cruzaban en la escalera o cuando caminaban juntos hacia las duchas. Uno de esos días, se quitó el gorro y tenía el pelo negro, rizado, y sin las gafas no estaba tan mal. Otro día lo vio en el aparcamiento y sin la licra su cuerpo ganaba. Tal vez le miró más rato de lo normal, o él malinterpretó su mirada, o no la malinterpretó y se dio cuenta de que al cambiarse de ropa encontraría las bragas un poco mojadas, la cuestión es que ese día la siguió hasta la sauna, se sentó a su lado y le puso la mano en la pierna, como pidiendo permiso para continuar. Se lo dio, pero sólo durante cinco milésimas de segundo. Salió a escape del cuartucho, no porque se asustara de él, sino porque se acojonó de sí misma, de lo que se le pasó por la cabeza sin esa barrera de seguridad.

No volvió a la piscina. No estaba preparada para seguir nadando a contracorriente.

Quizás enferme y tampoco vaya al cine, pero se hace la hora y se presenta en el bar y allí se quedan, en el bar, pese a que él, que es metódico y organizado aunque Giuliana no lo sepa ni quiera saberlo, ha comprado anticipadamente dos entradas para ver *El gran año*. Cuando se hace la hora, no se lo dice, lo de las entradas, porque se lo están pasando bien y la nota cómoda y la encuentra hermosa y la intuye solitaria y

piensa que quizás esa noche, con suerte, se la pueda follar. Se equivoca.

A ella le parece que él es menos amable y más divertido que cuando está en el trabajo. Cuenta chistes todo el tiempo y la hace reír y, aunque mientras se arreglaba pensaba en William y se preguntaba si se sentiría cómoda al salir con un hombre que no fuera él, durante la cita se sorprende pensando que hay momentos, que duran poco, tal vez un par de minutos, en que se olvida de que es lo que es, una viuda, y se comporta como lo que es, una mujer joven que también necesita pasarlo bien, olvidarse por un instante de que su vida es un drama, y no hablar de ausencias que duelen cada día más, ni de niñas que se despiertan en mitad de la noche con un ataque de llanto, ni de facturas que aparecen por los cajones y te traen recuerdos de la tarde en que fuiste a comprar una vitrina para el comedor y acabaste peleándote en la planta de muebles de El Corte Inglés porque no te ponías de acuerdo con el modelo y luego tardaste tres días en hacer las paces y cuando hiciste las paces ya ni te acordabas del verdadero motivo de la discusión, más allá de si comprabas la estantería Brasilia o la Urban Chic Rolly Valley, porque en realidad tu relación no era tan buena ni tan brillante ni tan perfecta como te empeñas en recordarla ahora, porque en realidad, antes, antes de la enfermedad, antes de Santiago Parodi, antes, muchas noches William dormía en el sofá, enojado, o tú en la habitación de las niñas, harta de enfados, con el pretexto del ronquido de él o de las toses de ellas, y la verdad, la pura verdad, la auténtica verdad, es que no sabes si a estas mismas horas estarías tomando una cerveza con otro hombre aunque William no hubiera muerto porque no serías su viuda sino su exmujer.

Se hace la hora de cerrar. Ellos no se dan cuenta, pero el camarero se lo advierte:

—Señores, ¿no tienen ustedes casa?

Se ríen.

—Pues vayan, que ya es hora.

Se ríen más, porque les hace gracia la forma de echarles y porque se han tomado tres cervezas y dos chupitos de orujo y el mundo se ha vuelto un lugar amable, acogedor.

Giuliana, tal vez por el alcohol o tal vez porque Manolo le inspira confianza, ha logrado saltar la barrera protectora del mundo virtual, y la realidad no le parece tan mala cosa para no relacionarse con ella.

—Demos un paseo, para despejarnos.

Él asiente. Caminan con paso descuidado por la calle Colón, casi sin coches y vacía de gente. Hacen como que miran escaparates, él le señala un reloj de *running* que quiere comprarse porque es aficionado, aunque lo tiene algo dejado por falta de tiempo.

—Si me compro el reloj, como vale una pasta, me lo tomaré en serio y correré otra vez y perderé este michelín que no hay forma de que se me vaya.

Vuelven a reírse.

Ella le dice:

—Ay, no sabes la falta que me hacía...

—¿Qué?

—Reír, pasármelo bien, sentir que no existen demasiadas preocupaciones.

Como si fuera una señal, él inicia la maniobra de aproximación, muy muy muy despacio, para tener tiempo de reacción si ella le rechaza.

Como ella no le rechaza, él continúa adelante y la besa muy muy muy despacio, para tener tiempo de reacción si ella le rechaza.

Como ella no le rechaza, sino que abre tímidamente su boca, él acepta la invitación y entra. La abraza, primero con ternura y con algo más de pasión un segundo después. Ella le acoge. Él vuelve a entrar. Le acaricia la cabeza y la espalda y se detiene a la altura de las caderas, por si acaso ella le rechaza. Pero no, y como no le rechaza, continúa un poco más y le deja caer la mano en el culo mientras la otra comienza a moverse y le acaricia el cuello y el mentón y baja, despacio (por si acaso), hacia uno de sus pechos.

Ella tiene los ojos cerrados y piensa que por primera vez en diez meses no piensa, sólo siente, pero ese pensamiento es como el pecado que lleva la penitencia, y todo lo que había tardado horas en sacar de su cabeza, William, la ausencia, la culpa, la pena, la tristeza, el dolor, se le vuelve dentro en un segundo, la tristeza, la pena, el dolor, la culpa, la ausencia, William.

Y abre los ojos.

Conduce llorando todo el camino. Aparca en la puerta. Abre el bolso. Saca las llaves, y marca en el móvil el número que tiene apuntado en un papel con el logotipo de un hotel y que está tan arrugado que un día de estos se le romperá y se quedará sin poder volver a llamar porque se niega a guardarlo en la agenda del teléfono aunque sabe que no es verdad, porque hace más de tres años que se lo ha aprendido de memoria.

Espera a que salte el contestador.

—Soy yo.

Llora con fuerza.

Se calma.

—Perdoná, perdoná... Perdoná que te llame a estas horas...

Vuelve a llorar, con fuerza.

Vuelve a calmarse.

—Perdoná que te llame tanto... Pero es que no sé a quién llamar.

Traga saliva.

—No es verdad. Tengo a quién llamar. Pero es con vos con quien quiero hablar, es con vos, sólo con vos...

Llanto.

Calma.

—Siento que sólo vos me vas a entender...

Llanto.

Calma.

Llanto.

—Quiero contarte que intenté estar con un hombre y no pude. Pero no te lo puedo contar, porque nunca me vas a atender el puto telé...

Se corta.

Llanto.

Llanto.

Llanto.

El tiempo pasa deprisa. No debería ser así, porque su sensación a diario es que los segundos se enredan unos con otros y se hacen largos, eternos. Las noches no tienen fin, las mañanas son interminables y las tardes, tediosas. Los fines de semana se resisten a avanzar y todo el tiempo es domingo, con las niñas preguntando sin parar qué vamos a hacer hoy qué vamos a hacer hoy qué vamos a hacer hoy, o peleándose entre ellas por el mando de la tele, o riñendo porque quieren el mismo trozo de pizza o abrazándose hasta hacerse daño porque se quieren taaaaaaaantooooo que han de abrazarse justo así, gritando su amor de manera tan fuerte como su abrazo, hasta que terminan por dañarse y entonces vuelve la bronca. Sin embargo, a pesar de que los días tienen mucho más de veinticuatro horas, más de mil cuatrocientos cuarenta minutos y, desde luego, infinitamente más que los ochenta y seis mil cuatrocientos segundos que dicen tener, el tiempo pasa deprisa.

Si vive no se da cuenta. Sólo lo nota cuando vuelve la vista atrás, cuando repasa su historial en Facebook y, junto a las decenas de fotos de soles que dan los buenos días y de lunas que dan las buenas noches, de citas de escritoras que animan a amar y de poetas que luchan contra el desamor, encuentra felicitaciones como ésta:

Giuliana Di Benedetto

19 de marzo de 2012

Día del Padre... Feliz día, Tati, a pesar de tu partida seguís siendo el mejor papá del mundo para nuestras princesas, y lo seguirás siendo por siempre, porque así lo decidiste desde el día en que nos enteramos de que íbamos a ser papás, ¿¿te acordás?? Todavía me acuerdo del día que nació Marie, llevaste la cámara para filmar ese momento mágico, y no pudiste hacer nada más que llorar de emoción ante semejante acontecimiento como fue el nacimiento de nuestra primera hija. Una de las enfermeras filmó los primeros llantos de la nena. Y con Ana ya tenías más experiencia, pero la misma emoción, y como me decías siempre, ser papá te hizo mejor persona. Por todo eso y mucho más te deseamos FELIZ DÍA, TATI, se te extraña mucho por aquí, te echamos mucho de menos y te recordamos a cada momento (pensar que hoy hace 234 días que te fuiste y que para nosotras, para mí, es como si aún estuviéramos en el primer día, en la línea de salida siempre, siempre ahí con esa mirada atónita). *I love you...*

O como esta otra:

Giuliana Di Benedetto

29 de abril de 2012

¡Ayyyyy, cuántas emociones se me juntaron hoy!, qué loco, pensar que un día como hoy hace

doce años uní mi vida a un hombre excepcional, al que elegí como padre de mis hijas, y ese día le dijimos al mundo que habíamos decidido unir nuestras vidas para siempre. Qué putada, porque también un día como hoy pero hace diez meses ese hombre partía a la eternidad, y a esta hora yo estaba con mis hijas en el crematorio recogiendo sus cenizas. De verdad que a veces ni yo me lo creo, pero las cosas son así y hay que afrontarlas como sea, por eso hoy te he traído con mi pensamiento, con la ilusión de poder sentirte un poco más. ¡Feliz aniversario, Pitu!, porque, aunque se diga «hasta que la muerte los separe», sé que a nosotros dos ni eso nos ha separado, te amo y te amaré como siempre...

O declaraciones de intenciones, del tipo:

Giuliana Di Benedetto

17 de mayo de 2012

Mucha gente me ha dicho que soy una mujer fuerte, y yo siempre les digo lo mismo: que mis hijas me dan la fortaleza diaria para seguir, a pesar de que hay días, casi todos los días, en que de lo único que tengo ganas es de quedarme dentro de la cama y desaparecer, pero no puedo, no debo, ellas no lo merecen y además me acuerdo de la frase que William siempre decía: «Tenés que hacer lo que hay que hacer (*You have to do what ever you have to do*)», y hoy encontré esto y me gustó, y creo que describe muy bien a la gente que pasa por mi misma situación o por otras situaciones límite que te pone la vida:

«Alguien una vez me preguntó cómo yo tenía mi cabeza tan alta después de todo lo que había pasado. Le dije: “Es porque no importa qué, yo soy una sobreviviente, no una víctima”». Patricia Buckley

O maneras deportivas de infundirse ánimos:

Giuliana Di Benedetto

24 de junio de 2012

Las cosas que una se entera leyendo Wikipedia... Ayer 23 fue el Día Internacional de las Viudas (no hay nada que festejar, pero es para «dar un reconocimiento especial a la difícil situación de las viudas y sus hijos», según la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas), también ha sido el Día E o del idioma español, lengua que hablamos unos quinientos millones de personas; y hoy cumple veinticinco años un grande, el + grande: Leo Messi. A eso le sumo la vuelta de RIVER a la primera división del fútbol argentino en el día de ayer, ya que LO IMPORTANTE NO ES CAER, SINO SABER LEVANTARSE, como decía siempre Will, y como me repito a diario desde que se marchó, y como en todo este tiempo no dije nada al respecto, creo que hoy me merezco una línea: A TODOS LOS QUE SE RIERON DE RIVER LES DIGO QUE EL DESCENSO A CUALQUIERA LE PUEDE TOCAR, NO IMPORTA LO GRANDE QUE SEAS, pero lo importante es no dejar nunca de pelear y no rendirse, aunque los demás no piensen lo mismo. Y con esto doy por finalizada mi intervención en este tema, así que no contestaré ningún comentario.

No quiero olvidarme de otro enorme deportista que hoy ha llorado como un niño, ya que era tan grande la emoción que no pudo contener las lágrimas: FERNANDO ALONSO. Tati, sé que donde estés habrás disfrutado con esa remontada de diez puestos de Alonso, ¡y encima en Valencia! ¡¡¡Buen domingo!!!

Y al leerlo comprende que no es verdad lo que dice, que han pasado doscientos días, trescientos, pero no como si todavía estuvieran en la línea de salida. Les duele igual, pero también les duele más, y también les duele menos. Hay días en los que piensa que no ha llorado y otros que se los pasa cocinando con cebolla para poder disimular. Hay días que se suman unos a otros y se solapan y hay días que pasan

rápidos porque no han estado tan mal. Pero sean como sean, los días, de repente ya es verano, ya es verano y no podrán cumplir los planes que hicieron el año pasado, cuando William aún vivía y pensaba que podría vencer la enfermedad y se dijeron:

—¿Y si en agosto nos vamos de crucero?

Estuvieron mirando navieras y en un alarde de optimismo reservaron una *junior suite* en un barco que salía de Valencia y llegaba a Roma pasando por Túnez, Génova y Split. Tenían tanta ilusión que en el hospital, cuando le quedaban veintisiete horas de vida y no lo sabían, le dijo:

—Si llega el día del crucero y ha pasado algo, andá igual con las nenas.

—Lo mismo te digo. Si yo no puedo ir porque me ha bajado el período o algo, agarrá a las nenas y embarcá sin mí.

—No, yo lo digo en serio.

—Y yo.

—No digo que me vaya a morir, digo si estoy ingresado o algo, como ahora, si surge un imprevisto...

—Qué repesado sos...

—Leí un haiku el otro día, y me acordé del crucero.

—¿Me lo vas a recitar?

—Sí.

—Dale.

Carraspeó y le entró la risa. Aun así, consiguió ponerse serio y dijo:

—«Y aunque nada brote en primavera ni se marchite en otoño, todo está bien.»

A ella se le formó un nudo en la garganta.

—Así que, flaca, pase lo que pase, embarcate en ese crucero con las nenas.

No sabían que las horas que les quedaban por vivir juntos estaban contadas. Quién lo sabe. De saberlo, ¿qué habría hecho?, ¿qué habría dicho? Se lo pregunta muchas veces y casi siempre tiene la misma respuesta. Quizás abrazarlo más, o compartir más recuerdos, o decirle algo distinto por si acaso era cierto que había una vida después, para que se lo llevase y le hiciese compañía mientras la esperaba. O nada. No habría podido hacer nada distinto a lo hecho, nada más que sonreírle, gastarle bromas, reírle las suyas, fingir que tenía ganas de hacer pis para que no la viera llorar, dormir a su lado, sin soltarle la mano, hacerle caso al oncólogo cuando le dijo:

—Giuliana, si fuera mi esposa la que estuviera en esa cama, yo no me separaría de ella ni un instante. No podemos centrarnos en la curación, pero sí en el acompañamiento, en disfrutar cada segundo.

—¿Pero tan cerca estamos ya?

—...

—Pero en otras ocasiones hemos salido adelante, no es la primera vez que me

dice algo así...

—El cuerpo humano tiene una resistencia limitada, Giuliana, y William está haciendo esfuerzos extraordinarios para estar aquí.

—William es un hombre extraordinario.

—No me cabe duda, Giuliana.

Las niñas estuvieron con él esa tarde. Las acercó Lourdes, su vecina. Si cierra los ojos, puede ver a Ana pintando en un folio, apoyada en el sofá, un gato y tres gatitos y un plato de leche, el dibujo que desde entonces está junto a la urna con las cenizas de William. Y puede escuchar a Marie contándole que esa tarde le ha tocado ser la jefa de la mesa en el comedor y que, aunque sabe que está mal, ha aprovechado la coyuntura para castigar sin patio a Álvaro Ibáñez, porque se mete con ella desde infantil. La risa de William, la escucha también.

—¿De dónde sacaste la palabra?

—¿«Coyuntura»?

—Sí, nunca te oí pronunciarla.

—De la televisión, obviamente.

—Obviamente, obviamente...

Por la noche, hablaron de las nenas, sin soltarse de la mano, sin dejar de sonreír. Fuera llovía, a mares, una de esas tormentas de verano, y de vez en cuando una ráfaga de viento lanzaba las gotas de lluvia contra el cristal.

Ella encendió una lámpara y puso encima su *pashmina* roja, que daba una luz anaranjada. Sacó del armario un *tupper* con la cena, un sándwich de atún y huevo duro y una ensalada de pasta que le habían llevado las niñas y que le había preparado Lourdes. De poder elegir, también querría haberse marchado así, con esa luz tenue, con la música que sonaba, bajito, en el Spotify del móvil, *Spiegel im Spiegel*, de Arvo Pärt, una y otra vez. Le miró y le devolvió la mirada con una sonrisa. Volvió a mirarle y estaba dormido. Así se fue. Dormido. Nunca más ha vuelto a escuchar a Arvo Pärt, ni a pensar cuando llueve que le gusta la lluvia, ni a comer ensalada de pasta ni sándwiches de atún y huevo duro.

Cuando lo recuerda es cuando se da cuenta de que el tiempo no se ha detenido, cuando vuelve el verano y no tienen adónde ir porque ella tampoco ha sido capaz de volver a hacer planes a largo plazo. Como mucho, planea qué hacer de un día para el otro. Mañana al cine, al circo, a la feria, al Oceanogràfic.

Al acuario van varias veces, porque les gusta y porque les sale barato. Hace dos años que Ana cumplió los tres, y ella y Marie muestran en la entrada sus carnés de donantes de sangre y del Círculo de Lectores y, además de ahorrarse algo de dinero, se mueren de la risa con la complicidad de su pequeño delito.

También van, a menudo, para visitar a las belugas. Las belugas son argentinas, como ellas, y están desubicadas, como ellas también, aunque eso es algo que sólo

Giuliana lo piensa. Hay una que también sabe lo que es la pérdida, porque perdió a su cría al poco de parirla. Van a hacerles compañía y las miran con respeto mientras la gente se fotografía delante de la tanqueta. Se ríen y hacen bromas porque dicen que hay una que está triste, que se pasa el rato dando la espalda al público y mirando una falsa ventana de su piscina.

Oyen cosas como:

—Dicen que está deprimida. Pues si tuviera que aguantar a mi jefe, sabría lo que es una depresión.

O:

—Pero si no tiene que pagar hipoteca ni nada, si vive como Dios.

O:

—¿Pero la gente de verdad piensa que estos animales tienen sentimientos?

Y Giuliana tiene ganas de abofetear a quienes dicen eso o, al menos, de increparlos. Pero se calla, y, como mucho los golpea con la mochila o con la funda de la cámara de fotos.

—Huy, perdón, fue sin querer.

Se hacen fotos, ellas también, y cuelga una en Facebook. Pero no con la beluga baja de moral. Pone una en la que están con las focas y hace bromas con sus pesos. «Las focas animales con las focas humanas», escribe, y automáticamente quince personas le dan al «Me gusta» y veinte comentan lo guapas, lo graciosas, lo simpáticas que están, pero una persona, una de las mamás argentinas por el exterior, le dice:

—¿No te parece que la nena mayor está mucho más delgada?

Así que la pesa, y sí, ha adelgazado cinco kilos desde que empezó el curso. Se alarma. Se alarma, sobre todo, porque no se ha dado cuenta tampoco de eso, igual que no se ha dado cuenta del tiempo que pasa, igual que no se dio cuenta de que William se fue aquella noche, igual que no se dio cuenta de lo que se escondía tras su delgadez, en aquella otra vida en la que la felicidad sí era posible.

—¿Tú te sientes bien, Marie?

—Sí, no me duele nada.

—¿No te duele la barriga?, ¿no tienes ganas de vomitar?

—No.

—¿Comes bien?, ¿no tiras la comida ni la vomitas?

—Que no, mami.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—¿Cómo es posible que hayas adelgazado tanto?

—¡Qué sé yo! Habré dado un estirón.

—No, eso no, porque la ropa te queda bien. Más alta no estás.

—Pues a lo mejor es que mi destino no es ser gorda, alébrate por eso.

—No puedo alegrarme.

—Eso es cierto.

—¿Qué cosa?

—Que no puedes alegrarte.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho: que no puedes alegrarte. Que siempre estás enojada.

—No estoy enojada. Estoy triste.

—Es lo mismo. Da igual si estás enfadada o apenada, lo importante es que no estés alegre.

Interviene Ana:

—Eso es verdad, mami. Siempre estás triste.

Se enfada.

—Es que... no puedo ni contar con vuestra comprensión.

Marie mira al cielo. Ana responde:

—¿Crees que eres la única que echa de menos a papá?

—¿Cuándo te has hecho adulta, vos? ¿No era hace un rato que corrías con un pez de peluche en la mano para que te persiguiera un pingüino?

Se ríen, un poco.

—¿Y qué podemos hacer, chicas?

Las niñas se lanzan a dar ideas, algunas tan descabelladas como adoptar un animal o un niño, lo que más sencillo resulte, y otras tan acertadas como la que propone Marie:

—Podrías procurar mostrarte tan alegre con nosotras como cuando estás metida en Facebook.

—...

—No te enfades, pero a veces abro tu ordenador y leo lo que escribes. Me gusta mucho leerte.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Porque ahí haces bromas, te ríes, pones emoticonos con caras graciosas, pareces contenta...

Giuliana la escucha en silencio.

—Me gusta leerte —repite—. Pero también me pone triste, porque me da la sensación de que eres otra, que eres una persona cuando estás ahí y otra... tan diferente cuando estás en la vida real.

Lo que le dice su hija mayor le llega como una bofetada, zas, no, como una bofetada no, como un golpe en la boca del estómago que hace que pierda el equilibrio y se estrelle contra el suelo.

Busca algo que decir.
No lo encuentra.
Se queda callada.

Pasa la noche en vela, una más, mirando la pantalla del ordenador.

Las primeras horas hace lo de siempre, lee periódicos, ve tráileres de películas, brujulea por páginas que recomiendan cosas que hacer en verano con niñas pequeñas, toma nota de lugares a los que ir, de restaurantes con animación, de piscinas lúdicas para estar una tarde, de parques acuáticos que la pillan cerca para pasar el día, de parques temáticos que están más lejos, de hoteles próximos a los parques temáticos para hacer noche, de casas rurales en la montaña para estar una semana, etcétera. Cuando ya ha hecho lo que nunca hace, planes, se castiga un poco mirando ofertas para cruceros con salida inmediata y se lastima imaginando que se embarcan las tres en uno que navega por el Mediterráneo o por los fiordos noruegos o ese que está tripulado por los personajes de Disney que Ana le lleva pidiendo desde que aprendió a hablar.

Al cabo de un rato, busca información sobre el cáncer de páncreas y su incidencia en los niños y también consulta sobre la somatización de los síntomas de las enfermedades de parientes fallecidos en parientes que les sobreviven. Le duele el corazón sólo de imaginar que Marie esté enferma, y le duele más todavía imaginar que no lo esté pero que añore tanto a su padre que haya desarrollado la capacidad de sentir lo que él sintió antes de morir.

Piensa en William y lo imagina una noche cualquiera haciendo lo que ella hace, investigando en las páginas que hablan sobre el cáncer, sobre la sintomatología, sobre la supervivencia; lo imagina tecleando palabras clave en el buscador, abriendo enlaces que le llevan de un lado a otro, leyendo testimonios de hombres que se curan y siendo testigo del dolor que dejan los que no lo consiguen. Puede ver cómo tragó saliva cuando llegó al lugar en el que hablaba de los tratamientos paliativos. «Si los tratamientos no dan resultados —dice esa web—, lo importante es que usted esté cómodo», y también dice: «Es importante que usted deje de hacer cosas que no desea y se concentre en hacer las que siempre quiso hacer».

En la misma postura en la que ahora está ella, se lo figura sobrecogido al saber la cercanía del final. «En cierta manera este momento es una oportunidad para reenfocarse en las cosas más importantes de su vida», dicen. O sea, deje sus asuntos en orden porque pronto se va a morir.

Nunca hablaron del miedo. ¿Sentiría miedo, William, por encima de ese buen humor que salió de la nada para llenarlo todo? Porque William tenía mal carácter hasta que enfermó. Era mandón, intransigente, propenso al enfado, aunque por fuera era todo lo contrario, se la pasaba sonriendo, pacificando, haciendo amigos con cada palabra, pero, al llegar a casa, si se enojaba, gritaba, daba portazos, se largaba sin decir adónde iba. Y cuando regresaba, a veces con el mismo malhumor con el que se había marchado y otras como si no hubiera pasado nada, ella, que también tenía torcida la forma de ser y si se sentía tensionada convertía la convivencia en algo prácticamente imposible, no se quedaba atrás, menos romper objetos, porque los apreciaba a todos y no quería parecer histérica, y marcharse de casa de mala manera, porque no quería dejar a las nenas en estado de abandono ni aunque fuera una tarde. Gritaba y lloraba y lanzaba frases apocalípticas referidas al fin de su matrimonio, a lo efímero de su amor, a lo feliz que sería si no estuviera junto a un ser tan endemoniado como él. Se peleaban tanto, tan seguido, que muchas veces confundían un enfado con otro al hacerse reproches, y entonces les daba la risa y zanjaban el tema, o lo zanjaban porque las nenas estaban cerca y podían oírlos, o daban el brazo a torcer por puro cansancio. A él las disputas le desgastaban más. Ella entendía que formaban parte de su coreografía de pareja.

—Vos y yo no dejaríamos de pelear ni muertos —decía.

Pero sí. Dejaron de discutir con el primer diagnóstico, en aquella pequeña consulta del sótano del hospital cuyas ventanas daban a ras del suelo y sólo se veían los pies de la gente que pasaba por el jardín.

William dijo:

—Qué lugar tan feo. Aquí traen a la gente para castigarla y para darle malas noticias.

Pero las noticias no fueron tan malas, entonces. Les hablaron de una operación limpia, de una recuperación rápida. Los animaron con estadísticas llenas de pacientes curados, de vidas completamente iguales a las de antes, mejores que las de antes.

—Joder, si tendríamos que estar agradecidos al puto cáncer. Me va a doler un poco, pero va a mejorar nuestras vidas a base de bien —dijo William al salir.

Nada de lo que se dijo en ese minúsculo despacho, feo, oscuro, fue cierto. Tal vez en otros pacientes, seguro que en los que entraron antes, en los que pasaron después, pero no en su caso. William no se recuperó. Pasó un año y medio luchando, plantando cara, peleando, y perdió, como en el poema de Lucía Sánchez de Saornil, de la que jamás había oído hablar hasta que leyó la ficha que William tenía sobre su lectura. «Junio, 2010. Precursora del ultraísmo y pionera en la transparencia del deseo homosexual en España. No he leído de ella nada más que un reportaje en un periódico, pero su figura me llama la atención y no quiero olvidarla. Anarquista y libertaria, murió defraudada por todos en Valencia, víctima de un cáncer. Su derrota

la resume este verso que se me ha clavado en el alma: “Has jugado y perdiste: eso es la vida”. Sobre su tumba, su compañera, que se llamaba América, mandó escribir este fragmento de uno de sus últimos poemas, que había escrito ya enferma: “Pero... ¿es verdad que la esperanza ha muerto?”. Nota: buscar por todos los medios la obra *Poesía conocida*, editada por Pre-Textos y por el IVAM.»

¿Perdería la esperanza, William, alguna vez, en algún momento, a pesar de esa pátina de seguridad en la que envolvió sus últimos años? ¿Pensaría alguna vez: «Así que esto es todo, he luchado y he perdido, así que la vida era eso»?

Quizá no.

—Nunca me he sentido más vivo que ahora —decía—. Me acuerdo muchas veces de ese viaje que hice a Gijón a un peritaje, ¿recordás?

—Sí.

—En el avión, a mi lado, se sentó una mina repesada que me contó su vida, que si tenía un novio allí, que si aquí tenía una tienda de todo a un euro, que si tenía cáncer de mama con metástasis en los huesos...

—¿Qué?

—Sí, eso mismo dije yo, con esa misma mirada, y ¿sabés qué me contestó? Que todos nos estábamos muriendo, pero que ella lo sabía y por eso no perdía ni un minuto.

—Joder.

—Pues algo así me pasa a mí, que de pronto he tomado conciencia de que el tiempo no es infinito. Ya me cansé de pelear, flaca, de andar malhumorado, malcarado, de gritar, de enojarme... Ahora lo que más quiero es disfrutar la vida, disfrutarte, disfrutarlas... Vivir sin temor, pero sin desperdiciar tiempo ni energía en boludeces.

Eso decía y ella le creía y, si no le creía, fingía creerle. ¿Sentiría miedo, William? Sí, seguro. ¿Por qué no hablaron nunca de eso? Del miedo de ella. Del miedo de él. Giuliana no quería decirle lo mucho que temía perderle, lo mucho que la asustaba un futuro sin él. No quería mencionar el terror a no estar a su altura, a no sostenerle, a no servirle de apoyo, a dejarse caer y en su caída arrastrar a los dos, a los cuatro. Por eso callaba y fingía contagiarse de su buen humor, de su buen talante, de su optimismo. Nos vamos de crucero el verano que viene. Nos vamos a Argentina para Navidad. Nos vamos a Disney en Semana Santa. Estaré a tu lado la vida entera, no te dejaré sola, confiá en mí. Y ella asentía, con falsa firmeza, y hacía las maletas y las deshacía y escuchaba planes nuevos y los alentaba y sólo se enfadaba cuando él filosofaba sobre las ideas de la vida y la muerte. «No temo a la muerte», decía, y seguro que decía la verdad. Pero y a lo demás, ¿le temía? Al dolor de estar sin ellas, de que ellas estuvieran sin él, de que la vida continuara a pesar de su ausencia, de no estar presente el día en que a Ana se le cayera el primer diente, o cuando a Marie le bajara

la regla, de no poder ir a las reuniones del colegio, de no decirle a Marie «Si alguien te hace daño, le romperé las pelotas, princesa». El miedo a ser un recuerdo, una anécdota, «Tuve un padre y se murió», a no llevar a sus hijas a los conciertos, a no recogerlas de la discoteca, a no enfadarse porque siempre llegan tarde, porque beben, porque no estudian, porque son desobedientes y quieren hacerse un *piercing*, a que no recordaran su voz y no la reconocieran cuando su madre les pusiera un vídeo, uno cualquiera, en el que él saliese diciendo algo y ellas tuviesen que decir: «¿Pero de verdad ese señor era papá?».

¿Tuvo miedo, William, de que ella se enamorase de otro, de que le superase, de que le reemplazase en su vida, en su cuerpo, de que otras manos recorrieran los caminos que él había abierto años atrás? ¿O tuvo miedo de que no lo hiciera, de que se quedase estancada en la pena y la apatía, envejeciera sola con dos perros y un gato, fuera huraña y arisca, sus hijas la vieran siempre triste, sólo sonriera cuando viviera una vida imaginaria, una vida irreal?

Se conecta a su página de Facebook, cuelga una foto de William y escribe.

Giuliana Di Benedetto

14 de junio de 2012

«No siempre quien sonrío es feliz. Existen lágrimas en el corazón que no llegan a los ojos.» Jane Austen

Hace tiempo que estoy aprendiendo a evitar que muchas de esas lágrimas lleguen a los ojos. No es fácil, pero hago el intento cada día, aunque algunos como hoy son muy difíciles, incluso para intentar... Es más fácil decirlo que sentirlo... Hoy encontré la foto que te saqué en la cocina un día de abril de 2011, cuando sentíamos que las cosas podían mejorar, que había una posibilidad de seguir adelante, peleándola como sólo vos sabías hacerlo... Siempre así, siempre fuerte, es como te recuerdo, aunque sé que tuviste momentos negros de desánimo que no siempre compartiste conmigo y que yo, bajo esa apariencia de respeto a tu silencio, tampoco quise compartir para no contagiarnos el miedo... Cuando lo pienso, y aunque sé que no vale de nada, es de lo único que me arrepiento: de no haberte cogido la mano y haberte dicho: «Joder, es que creo que no voy a saber vivir si te vas, que no voy a saber hacerlo si te vas»...

Si te vas... Hoy ha sido la primera vez que he pensado que te has muerto y no que te has ido, no sé lo que significa, si lo hará todo más sencillo o si será más duro saber que todo esto no me lleva a que vayas a regresar... Pero se me hace imposible pensar que las cosas se van a poner peor.

Es difícil escuchar a tu hija mayor decir que te extraña y que por ese motivo llora; es difícil tratar de ayudar a que tu hija menor te recuerde vivo, pleno de vida, que no seas solamente Tati a secas; es difícil creer que en algún momento la vida pueda darme otra oportunidad para volver a ser feliz, y que esa felicidad sea tan intensa como la que vivimos juntos; es difícil creer que vale la pena seguir, aunque no escuche tu voz ni pueda acariciarte la frente ni pueda sentir tu mirada. En estos meses más de una vez me sentí estafada por la vida, y recuerdo lo que vos siempre me decías: «La vida no es justa, es así».

Volvimos a ver a la beluga, la pasamos genial las nenas y yo. Porque de eso se trata, ¿no? (aunque a veces me sienta culpable de poder disfrutar buenos momentos sabiendo que vos ya no estás como nosotras quisiéramos, porque, estar, seguís estando...).

A veces me siento perdida, llena de rabia. Pienso en no volver a verte sonreír, no volver a verte compartir tiempo con tus hijas, no volver a verte disfrutar de una comida, de una salida, de una charla, de esos momentos cotidianos que nos recuerdan que seguimos estando vivos y que vale

la pena vivir por y a pesar de los obstáculos que se nos presentan cada día. Joder... Qué falta nos hacés, y pienso que vos también nos echás de menos. *I love you so much*.

Recibe, casi al instante, siete mensajes, todos de ánimo, de aliento, «Aquí nos tienes», «Eres una mujer valiente», «No estás sola», etcétera. Va al baño y a beber agua, y cuando regresa lee cinco más en la misma línea, «Te queremos», «Te adoramos», pero uno, además, es de admiración:

Ana Zangaro

Eres admirable, Giuliana, lo que haces por tus hijas, ese ejemplo que les das, te lo van a agradecer toda la vida.

Lo lee, varias veces, hasta que de pronto comprende lo que ha de hacer.

En su portada ya no estará más William con unos anteojos de mentira hechos con sus manos mientras toma el baño en la piscina de Claudia y Marcelo y su hija pequeña le dice: «Tati, te voy a sacar una foto», sino la beluga argentina con la que tanto tienen en común, y en su perfil, coloca la foto de un poema de Benedetti. «Más que besarla, más que acostarnos juntos, más que ninguna otra cosa, ella me daba la mano y eso era amor.»

Cuando deja de llorar, vuelve a meterse en la página de viajes y saca tres pasajes de avión para que en siete días su madre la abrace y le diga:

—Ya, hijita, ya está, ya verás que pronto todo se te va a pasar.

Aunque es todavía de noche, saca el teléfono y llama.

Espera los tonos, hasta que salta el contestador.

Habla en susurros, para no despertar a las nenas.

—Sí, lo sé, soy una pesada. Y una tonta.

Sonríe.

—En todo este tiempo, no he dejado de esperar que te pusieras al teléfono, o que me devolvieras la llamada.

Sonríe de nuevo.

—Pero ya comprendí que eso no va a pasar.

Deja de sonreír.

—Así que te llamo para decirte que no voy a llamarte más. Que tiro el papel donde me apuntaste el número y que, como me lo he aprendido de memoria, voy a hacer lo posible por olvidarlo también, para no tener forma humana de contactar con vos nunca más. A menos que me contactés vos... Cosa que dudo. Chau.

Espera un instante, incapaz de colgar, hasta que se corta la comunicación.

Cierra los ojos.

El aniversario de la muerte de William la encuentra en brazos de su madre. No ha recorrido más de diez mil kilómetros para eso, para llorar con la cara escondida en su regazo como si fuera pequeña. Pero, mientras su madre la acuna y le acaricia el cabello sin hablar, mientras su madre le da pequeños y suaves golpes en la espalda al son de Carlos Gardel, mientras su madre la cuida y la esconde del mundo allí adentro, mientras su madre la mantiene aislada con sus brazos como si sus brazos fueran un escudo protector, una barrera invisible contra el dolor, da por bien empleadas las veinte horas de avión, las protestas de las nenas, la maleta perdida con la ropa de más abrigo, la incomodidad del *jet lag*, la pena de recorrer los lugares que había recorrido la última vez de la mano de su marido, los pésames que se dan tanto tiempo después como si la muerte de Will acabase de suceder, el reencuentro con sus suegros, a los que no ha vuelto a ver desde que los despidieron en el aeropuerto cuando embarcaron para Florida y que la abrazan con esa delicadeza del que lo ha perdido todo y está a punto de desvanecerse, de desaparecer, de fundirse con el aire. Va a visitarlos con las niñas, y mientras ellas juegan en el jardín de la casa, se le encoge el corazón al pensar cuántas veces jugó ahí mismo el pequeño William sin pensar que tendría hijas y que sus hijas repetirían sus juegos, que se balancearían en el columpio hecho con la rueda del camión del hermano menor de su padre, el tío Josué, y se revolcarían en el arenero donde de chico le prohibían jugar porque el gato del vecino se escapaba para mear y cagar a toda hora, sobre todo durante la noche, y luego el niño se aparecía en la cocina con una mierda de gato en cada mano.

Aunque su familia no quiere dejarla sola y es obvio que hacen planes y turnos para ejecutar los planes que han hecho antes, se escapa y sale a pasear a menudo y hace cosas que le apetece hacer, como caminar sin rumbo fijo o sentarse en un bar a tomar un café sin hablar con nadie, y también hace cosas porque cree que William las haría y así le siente más cerca, como entrar en librerías y dedicar horas a hojear libros que no va a comprar y fantasear con cuál de todos ellos se llevaría William si estuviera vivo, si aquella mañana en aquel sótano en aquel hospital aquella doctora que los atendió en aquella consulta no hubiera dicho:

—Me temo que no tengo buenas noticias. William. Tienes cáncer colorrectal.

Si, tras la cirugía y las interminables sesiones de quimioterapia, aquella otra

mañana en aquella otra consulta aquel otro doctor no les hubiera dicho:

—Me temo que no tengo buenas noticias, William. Hay metástasis en el páncreas.

Si, tras la cirugía y las interminables sesiones de quimioterapia y las inacabables visitas al hospital para hacer analíticas y pruebas varias sobre el estado del tumor, aquel otro doctor en aquella otra consulta no hubiera dicho:

—Me temo que no tengo buenas noticias, William. Deberíamos ir pensando en los tratamientos paliativos.

Si, en lugar de todo aquello, aquella primera vez hubiera ocurrido así:

—Es una almorranas.

O:

—Es una fisura.

O:

—No es nada, deje de engordar el gasto en la sanidad pública y no incordie más.

Y entonces no habría habido más veces, y ahora tomarían juntos medialunas y cafés en el London City y él hablaría de cuando Cortázar había escrito allí *Los premios* como si lo hubiera escrito él mismo, o él mismo hubiera visto al escritor con sus propios ojos, con un confite en una mano y una pluma en la otra. Le enfadaría oírle. Le enfadaba oírle. Ojalá le oyera.

Le habla de eso a su madre, el día del aniversario, de las pequeñas miserias que no supo evitar.

—Pero eso es la vida, querida.

—Joder, mami, esperaba algo más de ayuda por tu parte...

—¿Ves? Cuando yo me muera, ¿qué vas a hacer? ¿Te mortificarás pensando que en este momento en lugar de abrazarme y darme besos te molestó que yo no me pusiera profunda y te dijera una obviedad?

Se ríe.

—Eso es lo que te digo, ¿viste? Hacés cosas, decís cosas... No siempre es lo mejor que podés hacer o decir, lo más oportuno... Pero yo creo que vos hiciste lo que pudiste con Will.

—Vos sos mi mamá, qué vas a decir.

—No lo trataste mal, nunca te encontró en la cama con otro hombre, le diste dos hijas, te desviviste por ellas, fuiste una buena madre, una madre fuerte, luchadora, una niña que tenía montones de sueños y los aparcó para seguirle en los suyos...

—Pero le guardé rencor por eso.

—Y quién no lo haría...

—Y se lo hice notar todos los días de su vida.

—Seguramente. Pero también le harías notar otras miles de cosas que le compensaron en todos los días de su vida, por eso estuvo a tu lado hasta el final, y estuvo feliz.

—Ya, eso me lo dijo a mí también muchas veces, pero no me consuela.

—No te torturés con eso, no tiene sentido. Tenés que concentrarte en tus hijas, en salir adelante, en recuperarte y en estar bien. Sos muy joven, todavía podés enamorarte, casarte otra vez, tener más bebés, enviudar de nuevo...

Se ríen.

—No, yo ya tuve mi ración en esta vida. Tuve mi ración de felicidad, que por lo que se ve era corta, y tengo mi ración de dolor.

—Pues no hagás que dure eternamente.

—Y cómo se hace eso, mami...

La madre mueve la cabeza.

—Yo enterré un hijo.

Se les rompe el corazón a las dos. Oyen cómo se les resquebraja en mil pedazos.

—En una caja blanca, tan pequeña... —A la madre ya no le tiembla la voz—. Tan pequeña...

—...

—Me dolían los pechos, por la leche que él ya no podría mamar, tenía fiebre, y el dolor... Ese dolor que no se iba con ningún calmante, esa ausencia tan grande... Me preguntaba cómo podía dejar ese hueco un bebé tan chico, si sólo lo había acunado nueve días... Y cómo extrañaba su olor, el olor de su boquita, de su piel... Y tu papá, que es de tan poco expresar, con esa tristeza en la mirada que te partía ese pedacito del alma que aún se te mantenía entera. Yo creía que no podría seguir viviendo.

—Pero seguiste, siguieron, los dos.

—Seguimos los dos, sí, y a los dos se sumó tu hermano Lautaro, y a Lautaro se le sumó Laura y a Laura te sumaste vos...

—...

—Y esa herida está ahí, y ese hueco está ahí, y a veces duele mucho, y a veces duele muchísimo, y a veces..., a veces llega la noche y te sorprendés porque te decís: «Mirá, si hoy no pensé en él ni lo imaginé con cincuenta años y dos hijos y un doctorado en físicas y una esposa que no me la banco...».

Giuliana mira hacia la ventana para que su madre no vea que se ha puesto a llorar.

—Aunque te girés, veo que estás llorando. ¿Ya no te acordás de que los padres tenemos superpoderes?

Le ofrece su regazo.

—Vení acá, dale.

La obedece y llora. Le llena la bata de mocos y lágrimas.

Allí mismo, en sus faldas, piensa lo que escribirá poco más tarde.

Giuliana Di Benedetto

29 de julio de 2012

Hace un año que escribí esto:

«En la madrugada del 29 de julio de 2011, a las 3,10 a. m., hora española, me despedí de este

mundo, ya que no quise sufrir más, llevándome en mi alma y mi corazón todo el amor de mi mujer y de mis hijas, junto con todo el cariño de todos ustedes, que me apoyaron para luchar desde el momento en que caí enfermo.

No hubo tiempo para muchas cosas, entre ellas ver crecer a mis hijas, compartir mi vejez con Giuli, y muchas muchas más, pero hubo momentos hermosos que compartí con ellas, y eso nunca lo olvidaré.

Gracias por todo de nuevo, gracias de verdad, ahora sí que pude alcanzar la paz y el descanso que necesitaba, disfruten de cada día y celebren la alegría de vivir, no estén tristes, que esto es un hasta luego, ya nos encontraremos en algún lugar y compartiremos más momentos hermosos.

Los quiero mucho».

Pasaron ya 366 días desde ese 29 de julio de 2011... y aquí seguimos plantándole cara a la vida. Y digo esto porque, como mujer adulta que soy y a mis cuarenta y tres años y después de haber pasado por esta situación, me resulta muy difícil no llorar, no conmovirme ante el llanto de mi hija mayor cuando me dice que extraña mucho a su papá, y otras tantas situaciones que me llenan de preguntas, entre las cuales la más sonada es ¿POR QUÉ? Aunque, como digo siempre, es inútil seguir preguntándome lo mismo cuando sé que no hay respuesta para ello, o al menos no la tengo. De esos últimos días en la vida de Will, tengo muchos momentos guardados en mi memoria y en mi corazón, y ayer por la noche quería escribir, pero el sueño y mi mente se negaron a que lo hiciera; son recuerdos difíciles, tristes en su mayoría, porque habría preferido otro final para un tipazo como él, que, a pesar de tener un carácter jodido y temperamental, dio siempre lo mejor de sí para su familia, sus amigos, sus compañeros de trabajo, sus allegados, incluso para los desconocidos. Los que lo conocieron saben que disfrutaba ayudando a los demás, ya sea con un consejo, una charla, un café.

En lo personal, estoy mejor, igual que las nenas, la cotidianidad tiene esas cosas, y hemos aprendido que la mejor manera de sobrellevar todo esto es poniéndole ganas, desde el momento en que nos levantamos hasta cuando apoyamos la cabeza en la almohada. Seguir adelante aunque a veces duela, aunque a veces nos sintamos con pocas fuerzas, aunque a veces creamos que él aparecerá de nuevo para decirnos que todo está bien...

Quizás algún día entienda el porqué de tu partida, mientras tanto nosotras seguiremos honrando tu nombre y tu memoria, porque vos te lo merecés y porque a nosotras nos hace bien, y también a tus padres. Hoy los vi. Recordarte juntos nos hizo bien.

Y quedate tranquilo, que no estamos solas... Y menos hoy. Estamos en casa, volvimos a casa, lo sabés, aunque también sabés, desde antes que yo, porque yo recién me he dado cuenta, que en realidad nuestra casa está donde estemos nosotras, donde estés vos, porque vos estás a nuestro lado. Pero yo necesitaba volver, volver aquí para reír de nuevo, para no estar sola, para no dejar caer sobre mis hombros todo el peso de esto que pesa tanto, que duele tanto también. No sabés lo bien que me ha hecho hoy estar con mi mamá, sentir su calor, sentir el calor de toda la gente que me ha abrazado. Y qué decir de mi papá, con sus silencios, con sus sentimientos cautivos, más que nunca a flor de piel cuando mira a sus nietas. A menudo lo sorprendo mirándome y sé que se pregunta si estoy bien y sé que quiere abrazarme y no se atreve, lo miro y sé de dónde me viene ese temor a romperme, a derramarme, a volverme una plañidera si empiezo a llorar, a no saber cómo parar. Pero le sostengo la mirada y le sonrío, y con la sonrisa le digo: «Estoy bien, papi», porque es verdad, Will, no estoy bien, pero también estoy bien. No estoy bien si pienso en vos, pero estoy bien si pienso en la gente que tengo la fortuna de tener, gente como mis papás, mis primos, mis amigos de primaria y de la universidad, gente a la que vos ya conocías y yo no y ha tenido la delicadeza de no tomar en consideración ese carácter mío, que vos sabés que no es antipatía sino timidez, y se me ha quedado cerca, cerca de mí y cerca de lo que más me importa, las nenas.

Gracias a todos por los mensajes, correos, llamados que han llegado desde todas las partes del mundo, Will, todos acordándose de vos, todos mandándonos fuerzas. Gracias por ese café compartido hoy por la tarde, por pasar por la casa para saber cómo estamos. Pensaba que es una pena que no hayás podido disfrutar de la compañía de tanta gente que se ha cruzado en mi camino, pero siento que tu muerte sirvió para que cada uno de ellos se acercara a nosotras, y

sé que vos estás detrás de todo esto, como siempre estuviste en cada aspecto de nuestras vidas. Te seguimos amando como el primer día, y te seguiremos extrañando mucho más. *I love you so much.*

Varias semanas más tarde, resume esos dos meses en cinco carpetas que se llaman «Viaje a Argentina (I), (II), (III), (IV) y (V)».

En la primera, coloca las fotos de la peripecia en avión. A la ida, Ana y Marie juegan a cartas en el primer avión, están enfadadas en sus asientos, la azafata se cuela por una esquina de la foto porque se acerca para decirle que les pida a sus hijas que no griten porque molestan al resto del pasaje, posan con la corona de reinas del McDonald's del aeropuerto de Roma, y hacen la señal de la victoria y fingen que besan el suelo en el de Buenos Aires. En esa carpeta están también las imágenes que Marie tomó de su madre abrazando a sus padres, de su abuelo recogiendo la boina del suelo y sacándose algo del ojo con el dorso de la mano, una mota de polvo, un mosquito, tal vez una lágrima. A la vuelta, hay menos imágenes. Ana y Marie duermen en sus asientos, juegan a cartas, juegan con las bandejas de la cena y ponen caras de menudo asco de comida.

En la segunda, están las del reencuentro con sus compañeras de la escuela secundaria. Hay doce fotos, llenas de abrazos, besos, botellas de vino llenas, botellas de vino vacías, más abrazos, más besos, vasos llenos con *gin-tonic* y vasos vacíos, más abrazos, más besos, etcétera.

En la tercera, coloca las que se tomaron el día de la reunión familiar en casa de los primos Mariana y Alberto, en la que se dieron cita un total de cincuenta y ocho personas. Fotos de asado criollo, de copas que chocan, de manos que se toman, de besos y de abrazos. Composiciones estudiadas: atrás los altos, delante los bajos; atrás los viejos, en el centro los de edad mediana, delante los jóvenes, a la vanguardia los niños y los bebés; atrás los abuelos, delante los padres, delante los hijos, delante los nietos, y así.

En la cuarta, mete las de la reunión con los compañeros de la facultad. Son bastante parecidas a las de las compañeras de secundaria, pero aquí hay más gente porque la mayoría fue con sus parejas.

La quinta la reserva para su familia. Salen sus padres dándose un beso en los labios, el primer beso en los labios que ella recuerda haberles visto; sus hermanos llevándola en la sillita de la reina; sus hermanos y ella tirados en el piso porque se han caído mientras la llevaban en la sillita de la reina; sus dos hijas jugando un

partido de fútbol con sus siete primos, los tres de Lautaro y los cuatro de Laura; los nueve niños rotos de sueño, dormidos en sus sacos, en una fiesta de pijamas improvisada en el salón de la casa; Ana dándole un beso a su abuelo; Marie dándole un beso a su abuela; ella abrazando a sus padres; su padre sosteniendo a una perra que ha recogido de la protectora, una perra vieja, desdentada y fea que se llama *Perra*.

Ha colgado sólo unas cuantas, una representación. En total ha hecho quinientas cincuenta y dos, y en todas sale contenta. En todas está contenta, principalmente porque lo ha estado, contenta, y porque de los malos momentos no se tomaron fotos.

No hizo fotos de cuando las niñas se despidieron de la urna de las cenizas de su padre ni de cuando fueron a verlas nada más llegar.

No hizo fotos de cuando se encerró en el baño a llorar en brazos de su madre; ni de cuando su padre se sentó a su lado en la cama y la vio moquear durante tres horas y media sin decir ni muy, cuando por fin ella cerró el grifo, le acarició la cabeza con esos dedos grandes cubiertos de pelos blancos y trató de decir algo pero se le quebró la voz y no dijo nada y salió del cuarto, y ella lloró durante un buen rato más.

Tampoco retrató lo mal que le sentaron las copas de la primera reunión con las compañeras de secundaria, ni su vomitona en el baño del bar, ni la resaca del día siguiente.

No sacó fotografías de la bronca que armaron dos de los primos que acudieron a la comida sólo por verla, aunque llevaban tres años sin coincidir y sin hablarse porque uno le había robado al otro dinero o la novia o una idea para montar un negocio, dependiendo de quién fuera contando el cuento; ni de las lágrimas que le costó despedirse de toda esa gente a la que hacía años que no veía, pero que, de pronto, revelaron su importancia vital para ella y para sus hijas, como si fueran una pieza clave, la que faltaba, del puzle que era su vida. De hecho, hasta ese momento, nunca lo había pensado así: que su vida era eso, un rompecabezas, una caja de juegos llena de pedazos que tenían que encajar unos con los otros aunque hasta un instante atrás estuvieran desperdigados por el cajón, sin que nadie les hiciera ni caso.

La cena en la que se reunió con los compañeros de la universidad concluyó sin que fotografiara la tremenda decepción de no reencontrarse con Santi entre los viejos amigos. La tristeza infinita de reconocer que quizá todo ese viaje se había armado nada más que para ese momento, el de entrar en el bar y tenerle enfrente y comprender si de verdad se conformaba con vivir una fantasía de loco amor o era posible empezar donde lo habían dejado. La desilusión de la derrota del sueño y de la realidad cuando le contaron que Santi se había separado de su esposa años atrás, a la vuelta de uno de sus viajes, para largarse con otra mujer.

—Su esposa era insufrible —le dicen.

Ella asiente para sus adentros. No le sorprende.

—Lo tenía controlado, era una sargenta —le explican.

Tampoco le causa sorpresa.

—Él se pensaba que no nos dábamos cuenta, pero no le caíamos bien y no quería quedar con nosotros.

Eso también lo intuía.

—Hasta que se cansó de aguantarla, ¿sabés? Y la dejó por una alumna.

Ahí ya sí se queda impresionada.

—¿Cómo, con una alumna? Pero eso no puede ser...

—Bueno, no quedó claro que estuvieran juntos cuando él era su profesor. Pero lo bien sabido es que dejó a su mujer por ésta, quince años más joven.

—Joder.

—Y se hizo gallego, como vos.

—¿En qué sentido?

—Pues en el único sentido posible: dejó el país y se fue a España con su nueva esposa, porque ella trabajaba allá, en la embajada de Argentina.

—¿Y él? Estoooo, ¿y sus hijos, su trabajo? Para él era importante todo lo que tenía acá...

—No tan importante como las lolas de una veinteañera... Se agarró una excedencia. Esto pasó hace... unos dos o tres años.

—¿Mantienen contacto con él?

—No mucho... Nos mandamos *mails* de vez en cuando, nos felicitamos en las fiestas, poco más. ¿Y vos? ¿No lo has visto, en España?

—No... Ni sabía que compartíamos continente, lo ubicaba acá...

—Claro.

—Aunque lo llamé, alguna vez. Pero no di con él.

Finge que se está orinando. Cuando sale, todos la notan contenta, pero se dan cuenta de que ha llorado y dan por hecho que es por Will. Ella asiente, aunque no es verdad. Tampoco ha llorado por que haya comprendido que el Santi real no ha estado a la altura del Santi que la visita en sus sueños, el que vive en su memoria, el que sigue tal y como lo dejó: desnudo, entregado, rendido en aquella habitación. «No te vayas, huyamos juntos. Atrevámonos.» ¿Se lo dijo, de verdad? ¿O es así como ella prefiere recordarlo? Qué más da. Bueno. Por eso, un poco si ha habido llanto. Pero, sobre todo, ha llorado por una pregunta. ¿Y ahora qué? ¿Y ahora con quién va a soñar que existe una vida mejor? Y ha sido entonces cuando se ha dado cuenta de lo que acababa de pasar y se ha detenido un instante.

No es que haya vacilado. No es que haya dudado ni que haya pensado que se va a mentir a sí misma una vez más al decirse que mientras pueda seguir soñando podrá seguir viviendo. Es que ha recordado el epitafio de aquella poetisa que tanto llamó tiempo atrás la atención a su marido y ha querido sentir ese instante, disfrutar ese

breve espacio en el que el dolor ha hecho un hueco, pequeño, minúsculo, por el que se ha colado un hilo infinitesimal de vida, porque conoce la respuesta. No. No es verdad que la esperanza haya muerto.

Pone el Spotify a todo volumen y escribe un *post* para avisar a sus parientes y amigos de que ha colgado las cinco carpetas con las fotos del viaje.

Giuliana Di Benedetto

3 de septiembre de 2012

Miren lo que he leído: la duración media de un abrazo entre dos personas es de tres segundos, pero los investigadores han descubierto que, cuando dura un poco más, sólo unos segundos más, se produce un efecto terapéutico sobre el cuerpo y la mente. Dicen los científicos que un abrazo sincero produce oxitocina, ya saben, la hormona del amor, y por eso abrazar nos relaja, nos hace sentir seguros, y calma nuestros temores. Leo que esto sucede cada vez que tenemos a una persona en nuestros brazos, como cuando acunamos a un niño, o cuando acariciamos un perro o bailamos agarrado con alguien, o un amigo nos sostiene con su hombro. Aquí están estas fotos, que contienen tantos abrazos. Por eso, al verlas de nuevo me he dado cuenta de cuánto bien me ha hecho estar con ustedes y he comprendido que la cau

Escucha sonar el móvil y detiene la escritura, pero continúa porque recuerda que lo tiene dentro del bolso colgado en el perchero de la entrada y que no llegará a tiempo para atenderlo.

sa es que ustedes me hacen feliz y me han traído esa sensación de vuelta.

Mi vida sigue siendo un tobogán de sensaciones, a veces más tristes, a veces menos tristes. Añoro a Will cada segundo de cada minuto de cada hora de cada día. Pero ustedes lograron que me diera permiso para que ese dolor comparta espacio con el amor infinito que me hacen sentir.

Los amo.

En su teléfono, un mensaje aguarda a que Giuliana recuerde que ha olvidado escucharlo.

—Hola, Giuliana, habla Santi. Santiago Parodi... Me contaron las chicas de la facultad lo de William... Lo siento muchísimo, de verdad... ¿Cómo estás? Pienso mucho en vos. Quiero hablar con vos, verte. Llamame. Me dijeron que me habías llamado. Cambié de número. Llamame a éste, no al que te di aquella tarde. Llamame, te lo ruego. No sabés cuántas veces he recor...

Se corta la comunicación.

Aceptación

La playa está en calma.

Giuliana se baña con Marie mientras, en la arena, Ana come unos pedazos de sandía que han comprado poco antes en la frutería de Manolo, cerca de casa.

Manolo les ha escogido la pieza con una sonrisa. Está feliz de verlas felices. Se lo dice:

—Tenía tantas ganas de veros así...

Ríen, con complicidad.

—¿Vais a la playa?

Le dicen que sí y él le da un plátano a Ana.

—¿Te acuerdas cuando eras pequeña?

Ana asiente.

Sonríen todos, por el recuerdo de Ana robando las frutas de la frutería y comiéndoselas a toda prisa como si el frutero y su mujer, María José, no la hubieran visto, mientras Manolo les dice que se la cortará en varios pedazos para que quepan en la nevera portátil y cuando se la coman esté fresca y buena.

Desde la orilla, Giuliana se lo pregunta:

—¿Está rica la sandía?

Ana hace un gesto con el pulgar levantado, y William sonrío al verlo.

Se saca el auricular del oído y, mientras cae hacia su hombro desnudo, todavía algo mojado del último chapuzón, le llega la voz de Gino Paoli, que canta *Senza fine* desde el Spotify del móvil. «*Senza un attimo di respiro, per sognare, per potere ricordare, ciò che abbiamo già vissuto, senza fine, tu sei un attimo senza fine, non hai ieri e non hai domani, tutto è ormai nelle tue mani, mani grandi, mani senza fine*», dice Gino desde su clavícula. Él no habla italiano, pero, tras tantos años de convivencia con Giuliana, tantas veces la ha oído tarareándola que entiende la letra.

Sonríe a su hija pequeña y Ana le devuelve la sonrisa.

—Qué guapa estás, princesa, con ese biquini de las Monster High...

Levanta la mirada y observa a Giuliana. Se coloca las manos alrededor de la boca y con ellas fabrica un altavoz.

—Vengan las dos ahora mismo.

Giuliana y Marie obedecen, risueñas. Su esposa está algo más delgada que el

verano anterior, pero se resiste a usar biquini y sigue llevando el mismo bañador estampado, horroroso, que podría llevar su madre. Se lleva la mano a la sien e imita a un soldado.

—A sus órdenes, mi general.

La abraza y la tira al suelo. Las niñas los siguen. Se rebozan en la arena, se les cae la sandía y se llena de tierra, lo mismo que el teléfono, pero no se enfadan ni se molestan ni les parece que podrían haber tenido más cuidado para poder seguir comiendo fruta, para que el móvil no se estropease, para que no se les llenase el cuerpo de partículas minúsculas de arena y piedras que luego tardarán días enteros en quitarse de ahí y les picarán y les picarán y no los dejarán dormir.

Will la besa.

Las niñas se ríen.

Marie dice:

—Puaj, qué asco, parecen de una peli de amor...

Ana dice:

—Paren ya, que no quiero tener un hermano pequeño.

Giuliana quiere decir algo, pero dice:

—...

William dice:

—¿Qué?

—¿Lo estoy haciendo bien, Will?

Él encoge los hombros.

—A veces lo hacés bien, otras veces no lo hacés tan bien...

—Eso me temo.

—Nadie espera que seás perfecta, Giuli.

—¿Y qué es lo que se espera de mí, entonces?

—Que lo intentés. Que no tirés la toalla. Que sigás hacia delante, siempre, siempre hacia delante...

—Pero es difícil.

La abraza.

—Suerte que hoy estás aquí... Si estás, todo es más fácil.

—Lo sé, lo sé.

Se besan y él le acaricia el pelo.

—Vas a tener que despertar, mi amor.

—¿Tan pronto?

Will le hace un gesto con la mano y vuelve a colocarse el auricular dentro del oído. Allí sigue Gino: «*Non m'importa della luna, non m'importa delle stelle, tu per me sei luna e stelle, tu per me sei sole e cielo, tu per me sei tutto quanto tutto quanto io voglio avere, senza fine*».

*Él sonrío.
Ella abre los ojos.
Ya es de día.
Pienso que en este momento
tal vez nadie en el universo piensa en mí,
que sólo yo me pienso,
y si ahora muriese,
nadie, ni yo, me pensaría.
Y aquí empieza el abismo,
como cuando me duermo.
Soy mi propio sostén y me lo quito.
Contribuyo a tapizar de ausencia todo.
Tal vez sea por esto
que pensar en un hombre
se parece a salvarlo.*

ROBERTO JUARROZ, *Poesía vertical*



CARMEN AMORAGA (Pincaya, Valencia, 1969) es licenciada en Ciencias de la Información y ha desarrollado diferentes labores como periodista para radio y televisión. Ha sido columnista en el diario *Levante* y colaboradora en tertulias en *Punto Radio*, *Radio 9* y *Canal 9*. Actualmente es asesora en relaciones con los medios de comunicación en el rectorado de la Universitat de València y publica artículos en *Cartelera Turia*. Con su primera novela, *Para que nada se pierda*, obtuvo el II Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla. Posteriormente, ha publicado *La larga noche*, Premio de la Crítica Valenciana. Con su novela *Algo tan parecido al amor* fue finalista del Premio Nadal 2007. En 2010 se ha consagrado definitivamente al ser finalista del Premio Planeta con su novela *El tiempo mientras tanto*. Premio Nadal 2014 con *La vida era eso*.